

ESPIRITUALIDAD BÍBLICA

Mons. Dr. Juan Straubinger

Mons. Dr. Juan Straubinger es ampliamente conocido entre los exégetas y los amantes de las Divinas Letras, en general, por la difusión de sus obras bíblicas populares, libros, folletos, artículos.

Espiritualidad Bíblica –como dice el autor en el Prólogo- es una colección “en volumen” de “una serie de trabajos y estudios, en parte nuevos, en parte extraídos del acervo doctrinal que durante muchos años hemos venido publicando en las páginas de la Revista Bíblica y en otros periódicos, ora bajo seudónimos, ora con nuestra propia firma”.

Los temas de ésta obra son muy diversos, pero todos bíblicos y todos espirituales. De ahí el título de “Espiritualidad Bíblica”, dado por el autor.

Se divide en cuatro partes: Espíritu y Vida. Hacia el Padre. El Misterio del Hijo. Escatología. Y luego, para terminar, un pequeño apéndice.

Cada una de estas cuatro partes se subdivide en pequeños capítulos de tres y a veces más puntos de meditación.

En verdad, nos encontramos ante un libro espiritual, de meditación, nada vulgar, que hace gustar las dulzuras y melosidades bíblicas y denota, al mismo tiempo, la profunda espiritualidad bíblica de su autor, lo mismo que su anhelo de desentrañarnos el contenido de la Palabra de Dios y presentárnosla popular, sencilla, sabrosa.

En más de una página de éste libro, escrito en la madurez de edad de su autor, nos ha recordado pensamientos y modos de expresión de los últimos libros publicados por el poeta uruguayo, Juan Zorilla de San Martín. Y quizás sea mucha la semejanza que existe entre ambas almas espirituales, acostumbradas a la meditación de la Palabra Divina, y a la oración constante.

Por otra parte, es de elogiar la excelente presentación del libro en

cuanto a papel y tipografía

Ojalá esta obra del ilustre popularizador de la Biblia sea meditada y leída, sobre todo, en tiempos de ejercicios espirituales, por las almas deseosas de penetrar en los sublimes misterios bíblicos.

P. Elías Clemente Dell'Oca, C. Ss. R.

(De una 'Recensión' publicada en Revista Bíblica, al ser publicado éste libro por primera vez, en 1949)

INDICE

AL LECTOR

1. ESPÍRITU Y VIDA

- 1) En qué consiste la Espiritualidad Bíblica
- 2) Recibir
- 3) Infancia Espiritual
- 4) Examinad los espíritus
- 5) El espíritu es el que vivifica
- 6) La Biblia, Maestra de la vida
- 7) Biblia y Psicoanálisis
- 8) De Grecia a Cristo
- 9) El caso de Pedro
- 10) La sabiduría considerada como serenidad
- 11) Bienaventurado el rico
- 12) Aspirad al amor
- 13) Compasión

2. HACIA EL PADRE

- 1) El Padre Celestial en el Evangelio
- 2) Dios justo y misericordioso
- 3) Misericordioso y benigno es el Señor
- 4) Hacia el Padre por el Hijo
- 5) Da gloria a Dios

3. EL MISTERIO DEL HIJO

- 1) Jesús, centro de la Biblia
- 2) Primogenitura
- 3) Hermana y Esposa
- 4) La gratitud de Jesús
- 5) Creer en el conocimiento de Cristo
- 6) Lo que Jesús da y promete
- 7) Orar con Cristo

4. ESCATOLOGÍA

- 1) Los cinco misterios de San Pablo
- 2) ¿Qué dice la Sagrada Escritura del Anticristo?
- 3) El olvido del Apocalipsis
- 4) La Bienaventurada Esperanza

5) El problema Judío a la luz de la Sagrada Escritura

6) Anticreación

APENDICE

1) Evangelio y Catequesis

2) Un documento bíblico trascendental

AL LECTOR

Hemos recogido la sugestión de varios amigos de la Sagrada Escritura que deseaban ver conservados en volumen una serie de trabajos y estudios, en parte nuevos, en parte extraídos del acervo doctrinal que durante muchos años hemos venido publicando en las páginas de la Revista Bíblica y en otros periódicos, ora bajo seudónimos ora con nuestra propia firma. La razón que nos ha parecido más convincente es que las revistas no suelen quedar como elementos de consulta, en tanto que los estudios de orden bíblico, siendo por su asunto de interés permanente, no deben desaparecer como sucede con los artículos de simple actualidad o pasatiempo y conviene sacarlos del estrecho marco de los suscriptores periódicos para entregarlos al público en general.

Hemos incorporado a este libro también algunas “Respuestas” de la Revista Bíblica, ampliándolas y enfocando mediante ellas los problemas espirituales que aquí se tratan. La sección "Respuestas" ha sido una de las más activas de la Revista, y muchos nos han expresado el interés con que leían, y a veces recortaban, para aprovecharlos, esos breves repertorios donde repartíamos los raudales de luz y de consuelo que la divina Escritura prodiga siempre, tanto al alma afligida por las pruebas, cuanto a la que se debate en la duda y a la que, aún sólo a título de curiosidad, busca saciarse con los tesoros de la sabiduría ocultos en las páginas, tan ignoradas, de la Revelación.

No obstante la amplia diversidad de los temas, es indudable, como nos observaba uno de los benévolos lectores, que todos guardan, como la Biblia misma, la unidad que les viene de su común principio que es el divino Espíritu, y de su único fin que es la gloria del Padre por **Jesucristo**; y también la armonía que les viene de haber nacido todos en un solo ideal nunca abandonado hasta ahora por el favor de Dios: difundir el amor y el goce de las Sagradas Escrituras, multiplicando los frutos que ellas producen a través de su progresivo y nunca exhausto entendimiento, que es como decir de su siempre creciente admiración.

El Autor (1949)

[Regresar al Índice](#)

ESPÍRITU Y VIDA

¿EN QUE CONSISTE LA ESPIRITUALIDAD BIBLICA?

I

El corazón del hombre -el mío también- es una tecla desafinada. ¡Ay del que está confiado creyendo que a su tiempo sonará la nota justa, verdadera, necesaria! Le esperan las caídas más terribles, tanto más dolorosas cuanto más sorprendidas.

Sólo en estado de contrición permanente puede vivir el hombre que heredó la condición de Adán. "Si no os arrepentís pereceréis todos", dijo Jesús (Luc. XIII, 3). La vida espiritual es siempre, necesariamente, un renacer en que el hombre viejo muere para revestirse del otro, del creado según Dios en Cristo, en la justicia y santidad de la verdad (Ef. IV, 24), es decir, para adquirir conciencia de la Redención, o sea para aplicarse, mediante la gracia, esa justicia y esa santidad que procede solamente de Cristo, de su verdad y de sus méritos, sin los cuales nada nuestro puede existir (Juan I, 16), y que no se nos aplican de un modo automático, maquinal, como a una cosa muerta, sino cuando adquirimos conciencia de ello, renovándonos en el espíritu de nuestra mente (Ef. IV, 23). Este es el verdadero sentido de la observación de S. Agustín: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti".

El salvarse es, pues, siempre vida nueva, "novedad de vida" (Rom. VI, 4) que se produce sobre la muerte del yo anterior. El que no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios" (Juan III, 3). Sólo puede salvarse el mortal después de despojarse del hombre viejo y convertirse a nueva vida. ¿No es esto lo que dice Jesús cuando enseña a renunciarse a sí mismo para poder ser discípulo de El?

Ahora bien, todo el problema teórico y práctico está en esto: **nadie renuncia a una cosa mientras cree que ella vale algo; y en cambio está muy contento de librarse de ella en cuanto se convence de que no vale la pena. Todo es, pues, cuestión de convicción. Nadie quiere convertirse si se cree santo.**

II

Con frecuencia se oye repetir que el hombre está creado a la imagen y semejanza de Dios... Pero, ¿acaso nuestra madre Eva y nuestro padre Adán fueron fieles y nos transmitieron aquella noble herencia y no fuimos al contrario propiedad del príncipe de las tinieblas (Col. 1,13) como botín de la batalla que él ganó en el paraíso? Se dirá, con toda razón, que Cristo lo venció en la Cruz (Col. 2, 15; I Juan 3, 8) y nos compró por un precio (I Cor. 6, 20) y que hemos sido bautizados en su sangre.

Ojalá lo creyéramos de veras. ¡Ahí está el punto! También dice S. Pablo que los bautizados en Cristo lo hemos sido en su muerte y en Él hemos muerto al pecado (Rom. 6, 2 ss.) y San Juan dice que el que permanece en Dios no peca (I Juan 3, 6). Inmensas, estupendas verdades para el que vive esa Redención de Cristo, es decir, para el que no busca su propia justicia sino la que nos viene de Él (Rom. 3, 26-27; IX, 30; X, 3-4; Filip. 3, 9).

Pero ¿acaso el Bautismo es un mecanismo que transforma nuestra carne? ¿Acaso no seguirá flaca y débil hasta la muerte? El hombre nuevo la vence maravillosamente, como enseña San Pablo en los dos últimos capítulos de la Epístola a los Gálatas: la vence por el espíritu, es decir, *viviendo estas verdades sobrenaturales de la fe*. Pero esta fe no se nos incrusta de un modo material y pasivo. **El que creyere y fuere bautizado se salvará, dice Jesús, y el que no creyere se condenará (Marc. XVI, 16), esto es, se condenará aunque hubiese sido bautizado.**

Con esto volvemos al pensamiento inicial: esta vida de fe sólo la vive el *hombre nuevo*. Y el hombre nuevo no existe mientras no muere el viejo. Y el hombre viejo no quiere morir y no muere mientras no le deseamos la muerte, convencidos de que es nuestro peor enemigo.

Por ello y para gozar de inmediato la gratuita Redención de Cristo, viviendo la vida nueva del espíritu según la "ley del espíritu de vida" (Rom. VIII, 2), no basta -pero es indispensable-, admitir la caída del hombre, el cual, lejos de conservar esa imagen y semejanza de Dios con que fué creado Adán, tiene que reconquistarla en estado de contrición, aplicándose permanentemente los méritos de Cristo y "salvándose" de un

mundo en que Satanás reina, como lo dice no solamente San Pablo en II Cor. IV, 4, sino el mismo Cristo, en Juan XIV, 30.

El día en que nos persuadimos de esta verdad, tan trágica como elemental, adquirimos el verdadero concepto de nosotros mismos, y del mundo, y de todo lo humano, y entonces sí proclamamos con inmenso gozo esas verdades espirituales infinitamente dichosas, que antes nos parecían raras o duras, como éstas: “Muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, aparezca, entonces vosotros también apareceréis con El en la gloria” (Col. III, 3-4).

[*Regresar al Índice*](#)

RECIBIR

I

El alma cristiana ha sido definida como “la que está ansiosa de *recibir* y de *darse*”. Es decir, ante todo alma receptiva, femenina por excelencia, como la que el varón desea encontrar por esposa. Tal es también la que busca -con más razón que nadie- el divino Amante, para saciar su ansia de dar. Por eso el tipo de esta perfección está en María: en la de Betania, que estaba sentada, pasiva, escuchando, es decir recibiendo; y está sobre todo en María la Inmaculada, igualmente receptiva y pasiva, que dice *Fiat: hágase en mí*; que alaba a Dios *porque se fijó en Ella*, que se siente dichosa porque *Otro hizo en Ella grandes cosas*; y que, en su Cántico, proclama esa misma dicha *para todos los que están vacíos*, porque se llenarán de bienes ("*esurientes implevit bonis*"), en tanto que los llenos quedarán vacíos.

María Virgen es la receptiva por excelencia, la que recogía todas las palabras divinas repasándolas en su corazón (Luc. II, 19 y 51). Y su Hijo la proclama dichosa por eso, más aún que por haberlo llevado en su seno y amamantado: porque escuchó la Palabra de Dios y la guardó en su Corazón (Luc. XI, 28). **Este arquetipo de alma cristiana, que vemos encarnado en María Santísima y en María de Betania, no es otro que el tipo de la Esposa, la Sulamita del Cantar.** "Yo soy toda de mi amado y él está vuelto hacia mí". (Cant. VII, 10). Es decir, él da y yo recibo; él habla y ya escucho; él me da y yo me le doy.

Recibir y darse. Este tipo receptivo es el que Dios busca siempre en la Sagrada Escritura: primero en Israel, a quien Yahvé (el Padre) llama tantas veces su esposa; luego, en la Iglesia, a quien el Hijo amó y conquistó para esposa (Juan III, 29; Ef. V, 25 y 27; Apoc. XIX, 6-9; XXII, 17); y también, exactamente lo mismo, en cada alma; no sólo en los arquetipos que hemos visto en las dos Marías, sino en cada uno de los cristianos: porque a todos y a cada uno dice San Pablo: "Os he desposado a un solo Varón para presentaros como una casta virgen a Cristo" (II Cor. XI, 2).

II

Pero hay más. En la doctrina paulina del *Cuerpo Místico*, solamente suele pensarse en Jesús como Cabeza de la Iglesia toda, y no se recuerda un pasaje fundamental donde San Pablo revela y enseña que Cristo es igualmente *cabeza de cada uno de nosotros*, y lo dice *como cosa que no debe ignorarse*: "Quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, como el varón es cabeza de la mujer" (I Cor. XI, 3). Y en otra parte expresa el mismo concepto: "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo" (I Cor. V, 22 s.); como diciendo: Todo te lo da el Esposo, como a una reina, y sólo piensa que tú seas toda suya, es decir, que no le des tus bienes (que nada valen), sino tu corazón, que tampoco valdría nada en sí mismo, pero que para El vale mucho, tan sólo porque El te ama.

En esta última frase de San Pablo, después de decir: "Vosotros sois de Cristo", agrega algo asombroso: "Cristo es de Dios"; con lo cual se nos da la suma prueba de cuanto venimos diciendo sobre esa exigencia de Dios que no pide sino que nos vaciemos para que El nos llene. Tal es el sentido de la condición que Jesús puso a sus discípulos: negarse a sí mismos, o sea no venirle con suficiencias propias. Y esto lo practicó El mismo con el Padre, pues nos dice San Pablo que no obstante su condición de ser igual a Dios, **se despojó a Sí mismo tomando la forma de siervo** (Fil. II, 6 s.).

Y de aquí que Jesús nos resulta, frente al Padre, el modelo sumo de esta espiritualidad de niño o infancia espiritual, cuya actitud es exactamente la de *recibir* y de *darse*. El que no tiene nada, recibe; y no da, sino que *se da a sí mismo*, a falta de otra cosa que dar. De aquí viene el encanto con que recibimos a un niño que nos tiende los brazos para que lo tomemos en los nuestros. ¡Feliz el alma que delante del Padre puede estar siempre en esta actitud, a ejemplo de Cristo! Para eso, para enseñarnos este secreto, El, a quien el Padre dio el tener la vida en Sí mismo (Juan V, 26), desapareció hasta anonadarse delante del Padre:

"Nada puede hacer el Hijo sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19).

"El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace" (íbid. 20).

"Yo por Mí mismo no puedo hacer nada" (íbid. 50).

"El que cree en Mí no cree en Mí sino en Aquel que me envió" (Juan XII, 44).

"Porque yo bajé del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me mandó" (Juan VI, 38).

"El Padre, que está en Mí, El hace las obras" (Juan, XIV, 10).

"Yo no busco mi gloria. Hay quien la busca (el Padre)" (Juan VIII, 50).

Recordemos, en fin, que se pasaba las noches adorando a su Padre (Luc. VI, 12). Y que al final de todos los tiempos, cuando el Padre le haya sometido todas las cosas, el mismo Hijo se sujetará al Padre para que El sea todo en todo (I Cor. XV, 28). Eso es, pues, Dios: el Padre, el Creador, el Señor, porque su Nombre es Yahvé, es decir "*El que es*" (Ex. III, 14).

III

Y nosotros, los que "*somos nada*" (Gál. VI, 3), tenemos esa otra vocación propia de nuestra insuficiencia: la de ser niño. ¡Dichosa insuficiencia, que nos hace recibir del Padre los mimos de un hijito!

¿Pensará alguien que puede haber en esto *falta de virilidad*? Todo lo contrario. Juan, el contemplativo, fué el único que estuvo al pie de la cruz, "con María, su Madre". Fué llamado "hijo del trueno", y tuvo que ser contenido porque quería mandar fuego del cielo sobre los enemigos de Cristo. ¿O pensará alguien que puede haber en esto falta de actividad o de fruto? Nada más lejos de la realidad. María, la contemplativa, fué la única que ungió al Señor estando aún en vida, y la que estuvo también con Juan al pie de la Cruz, y la primera que fué al santo Sepulcro, y la que evangelizó la Resurrección a los Apóstoles, fugitivos e incrédulos.

Es que las obras vienen del amor, y éste de la fe, o confianza. Y sin ese amor "en vano dará uno a los pobres todos sus bienes o arrojará su cuerpo a las llamas" (I Cor. XIII, 3).

Porque Dios quiere ser servido como a El le agrada y no como a nosotros nos parece. Y lo que a El le agrada es *dar*, por lo cual nos quiere siempre dispuestos a *recibir* de El como pobres, y no a alardear como ricos. ¿No es ésta la primera de las Bienaventuranzas? Y si Jesús declara que es más dichoso dar que recibir (Hech. XX, 35), ¿no ha de ser el Padre el primero que quiere gozar de esa perfección? De ahí que nada le ofenda tanto como el dudar de su amor por nosotros. De ahí que Jesús declare la

fe como medida de sus dones: "Según vuestra fe, así os sea hecho" (Mat. IX, 29). De ahí que en esta actitud de recibir y darse, como una esposa, está el más alto grado de la espiritualidad cristiana: lo que se llama, en mística, "matrimonio espiritual".

[*Regresar al Índice*](#)

INFANCIA ESPIRITUAL

I

En San Mateo XVIII, 1-4 y en San Marcos X, 14-15, etc., Jesús declara que los mayores de su Reino serán los niños y que no entrarán en ese Reino los que no lo reciban como un niño. *Como un niño*. He aquí uno de los alardes más exquisitos de la bondad de Dios hacia nosotros, y a la vez uno de los más grandes misterios del amor, y uno de los puntos menos comprendidos del Evangelio; porque claro está que si uno no siente que Dios tiene corazón de Padre, no podrá entender que el ideal no esté en ser para El un héroe, de esfuerzos de gigante, sino como un niño que apenas empieza a hablar.

¿Qué virtudes tienen esos niños? Ninguna, en el sentido que suelen entender los hombres. Son llorones, miedosos, débiles, inhábiles para todo trabajo, impacientes, faltos de generosidad, y de reflexión y de prudencia; desordenados, sucios, ignorantes, y apasionados por los dulces y los juguetes.

¿Qué méritos puede hallarse en semejante personaje? Precisamente el no tener ninguno, ni pretender tenerlo robándole la gloria a Dios como hacían los fariseos (cfr. San Lucas XVI, 15; XVIII, 9 ss.). Una sola cualidad tiene el niño, y es el no pensar que las tiene. Eso es lo que arrebató el corazón de Dios, exactamente como atrae el de sus padres; es lo que Jesús alaba en Natanael (San Juan I, 47): la *simplicidad*, el no tener doblez. Simple quiere decir "sin plegar" es decir sin repliegues ocultos, sin disimulo, o sea sin afectar virtudes, ni ocultar las faltas para quedar bien, sino al contrario, mostrándose a su madre con sus pañales como están, sabiendo que sólo ella puede lavarlos, y entregándose totalmente a que su padre lo lleve de la mano, porque cree en el amor de su padre; y por eso, no dudando de cuanto él le dice, no pretende tener para sí la ciencia del bien y del mal".

II

En el momento en que la malicia entra en el corazón del niño, pierde automáticamente la docilidad, porque la serpiente sembró en él, como en Eva, la duda contra su padre. Así empezamos todos a desconfiar de la

bondad, del amor y de la sabiduría de nuestro Padre celestial, y entonces su Reino ya no puede ser nuestro.

Entonces empezamos a ambicionar sabiduría y *virtudes propias*, como los fariseos. Cuando el niño comienza a valerse por sí mismo, deja de necesitar a sus padres y naturalmente se aleja de ellos, es decir, pierde ese contacto permanente que con ellos tenía mientras necesitaba que lo lavasen, lo vistiesen, le diesen de comer y lo llevasen de la mano. Ese contacto que era, al mismo tiempo que el sumo bien para el niño, la suma alegría para sus padres.

Con respecto a Dios, esa autonomía o suficiencia no nos llega a ninguna edad, porque sin Cristo no podemos nada, ni saber, ni pensar, ni obrar, ni menos gloriamos de nuestros méritos o virtudes. De ahí que Santa Teresita quería no crecer nunca, quería seguir siendo siempre niña delante de Dios.

El niño se deja formar, como María, que primero dice: *Hágase en mí según tu palabra* (Luc. I, 38) y después de haberse entregado, "bienaventurada *por haber creído* (Luc. I, 45), proclama que todos la felicitarán "porque el Poderoso, el Santo, el Misericordioso hizo en ella grandezas" (Luc. I, 48 y ss.). No hizo Ella grandezas, sino que se las hicieron.

El día en que el hombre deja de ser niño y se siente capaz de hacer por sí mismo algo sobrenaturalmente bueno, se coloca automáticamente fuera del Reino de Dios, según lo vemos en las palabras de Jesús. Porque El nos dijo que nadie es bueno, sino Dios solo (Luc. XVIII, 19). Y Dios no quiere rivales que le disputen su santidad. Quiere hijos pequeños, hermanos del Hijo grande Jesucristo (Rom. VIII, 29) que en todo vivan de lo que les dé su Corazón paterno, como lo practicó Jesús, que no daba un paso sin repetir que todo lo recibía del Padre.

El que quiere rivalizar con Dios en virtudes, es porque quiere rivalizar con El en méritos y en gloria, como nos lo enseñó Jesús en la parábola del fariseo y el publicano. Y en esta materia, la "negación de sí mismo" tiene que ser total y absoluta. Por eso la humildad cristiana consiste en ser así, como los niños... y en no ser como esclavos.

[Regresar al Índice](#)

EXAMINAD LOS ESPIRITUS

I

Si bien reflexionamos, veremos que todos tenemos esa natural tendencia a creer que estamos en la verdad, simplemente porque nos la enseñó así nuestra madre inolvidable o nuestro querido padre o nuestro sabio párroco, etc. Pero Dios nos enseña, por boca de San Pedro, que hemos de estar *dispuestos para dar en todo momento razón de la esperanza que hay en nosotros* (I Pedro III, 15), es decir de la fe que profesamos; pues la esperanza se funda en la fe, en las cosas que no se ven (Rom. VIII, 24). Es, pues, como si dijera: Examinad el espíritu que tenéis, si es bueno o malo, si merece fe o desconfianza.

Con lo cual vemos que no es recta delante de Dios esa posición antes recordada que tiene un móvil puramente *sentimental* o *humano*, y que no significa certeza en el orden sobrenatural. Pues nuestra madre, por ejemplo, puede haber sido muy querida pero muy ignorante, y por lo demás, los hijos de una mahometana o de una japonesa shintoísta, etc., piensan sin duda con igual honradez que sus padres y sus maestros no pudieron engañarlos. Y como la fe no es tampoco una argumentación filosófica, sino el asentimiento prestado a la Palabra de Dios revelante, ¿qué haremos para examinar los espíritus, sino buscar todo el tiempo la confirmación de lo que creemos o esperamos o su rectificación en caso necesario para sanear verdaderamente nuestra fe de cualquier deformación proveniente de creencia popular o supersticiosa?

II

Más de una persona que quiere ser piadosa, **se dedica a una piedad sentimental**, y está convencida de que no será oída por Dios, sino recitando tal fórmula determinada, y esto delante de tal imagen determinada y no de otra, y en tal día y no en otro, y cree esto con tanta firmeza como si lo hubiese leído en el Evangelio, mientras ignora casi por completo las **Palabras de vida** que allí nos dejó nuestro divino Salvador.

A tal persona no le falta lo que se llama devoción es tal vez la más piadosa de la parroquia, pero sí, la recta *espiritualidad*. No sabe distinguir entre lo esencial y lo secundario, y así se trastorna en ella el orden de los valores, de modo que los de poco valor le parecen más importantes que

los de primera categoría. Es porque esa alma se deja llevar, sin darse cuenta, de un espíritu pseudo-religioso, que es precisamente la mejor arma del diablo para corromper las almas piadosas.

Peor es el caso de los que tienen una *religiosidad enfermiza*, como aquella que San Pablo estigmatiza en II Tim. IV, 5-4, diciendo que habrá hombres, que "no soportarán más la sana doctrina, antes bien con prurito de oír se amontonarán maestros con arreglo a sus concupiscencias. Apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas". El Papa Benedicto XV cita este pasaje en la Encíclica "Humani Generis", donde exhorta a los predicadores a no ambicionar el aplauso de los oyentes, y agrega: "A éstos les llama San Pablo halagadores de oídos. De ahí esos gestos nada reposados y descensos de la voz unas veces, y otras esos trágicos esfuerzos; de ahí esa terminología propia únicamente de los periódicos; de ahí esa multitud de sentencias sacadas de los escritos de los impíos, y no de la Sagrada Escritura, ni de los Santos Padres". Agradecemos al Sumo Pontífice la franqueza con que azota aquí las faltas que algunos hacen en la predicación, con lo cual da a entender que las aberraciones espirituales de los fieles tienen su paralelo en las desviaciones de los predicadores.

La religiosidad de esta clase de cristianos es un problema. *"Tendrán, como dice San Pablo, ciertamente apariencia de piedad, mas niegan su fuerza"* (II Tim. III, 5), o sea, su espíritu. A la gran masa le gusta tal deformación de la religión, porque exige poco: solamente algunas "apariencias" piadosas, las más baratas posibles: en lo demás, libertad para vivir la vida, pues esos hombres son *"amadores de los placeres más que de Dios"* (II Tim. III, 4). ¡Con qué claridad San Pablo ha visto nuestro tiempo! Y le dio también el nombre que le corresponde: tiempo de apostasía, apostasía práctica, por supuesto, ya que las "apariencias" de piedad impiden la apostasía formal. La apostasía disfrazada es para el Apóstol de los Gentiles "el misterio de la iniquidad", del cual habla en II Tes. II, 7 ss., para abrirnos los ojos sobre los espíritus que nos engañan bajo forma de piedad y aparatosa religiosidad, incluso apariciones.

III

¿Cómo podemos reconocer los falsos espíritus? ¿Cómo descubrir "los poderes de engaño" (II Tes. II, 11), que "con toda seducción de iniquidad" (íbid. v. 10) y vestidos de "ángel de luz" (II Cor. XI, 14) corrompen la grey

de Cristo, no exteriormente, sino interiormente, como lo describe el Apóstol en el segundo capítulo de la II Carta a los Tesalonicenses, y Jesucristo en la parábola de la cizaña (Mat. XIII, 24 ss.)?

El mismo Dios nos brinda en la Sagrada Escritura las armas defensivas contra los espíritus que falsifican la piedad, diciéndonos que hay que examinarlo todo para ver si es de Dios o de los espíritus malos. *“Examinadla todo y quedaos con lo bueno”* (I Tes. V, 21). *“No queráis creer a todo espíritu, sino examinad si los espíritus son de Dios”* (I Juan IV, 1).

Lejos de tener esa llamada fe del carbonero, que acepta ciegamente cuanto escucha (cómodo pretexto para no estudiar las cosas de Dios), debemos imitar a los primeros cristianos, que escuchaban a San Pablo en Berea, y siendo "de mejor índole que los de Tesalónica, recibieron la palabra con gran ansia y ardor, examinando atentamente todo el día las Escrituras, para ver si era cierto lo que se les decía" (Hech. XVII, 11).

A los judíos que no le reconocían como Mesías, dice Jesús: *“Escudriñad las Escrituras. . . ellas son las que dan testimonio de Mí”* (Juan V, 39). Lo mismo diría El hoy a los que no conocen su fisonomía auténtica de Dios-Hombre o le destronan de su única posición de Mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II, 5).

Escudriñad las Escrituras, leed los Evangelios, las Cartas de San Pablo, estudiad rasgo por rasgo la personalidad de Cristo, rumiad cada una de sus palabras, que son luz y vida, imbuíos de su espíritu, y os inmunizaréis contra todo intento de desfigurarle o sustituirlo por apariencias. El atento lector del Evangelio está prevenido contra los falsos apóstoles y las apariencias de piedad y sabe que Cristo es el centro de toda la religión cristiana, y cuanto más una devoción se acerca al centro tanto más es cristiana. Enfocando todas las cosas con la luz del Evangelio descubre él lo que es verdad y lo que es apariencia. Demos gracias a Dios que nos ha dado la antorcha de su palabra para orientarnos.

San Juan nos da un método muy sencillo para conocer y discernir los espíritus. Dice el Apóstol predilecto: *“Todo espíritu que confiesa que Cristo ha venido en carne, es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios, sino que es el espíritu del Anticristo”* (I Juan IV, 2-3). Es decir, todo lo que redunde en honor de Jesucristo y contribuye a la glorificación

de su obra redentora, viene del buen espíritu: y todo lo que disminuye la eficacia de la obra de Cristo o lo desplaza de su lugar céntrico, procede del espíritu maligno, aunque se presente disfrazado como ángel de luz y obre señales y prodigios, (Mat. XXIV, 24; II Tes. II, 9). Pues todo falso profeta tiene dos cuernos como el Cordero (Apoc. XIII, 11), es decir, la apariencia exterior de Cristo, y sólo pueden descubrirlo los que son capaces de apreciar espiritualmente lo que es o no es palabra de Cristo.

[*Regresar al Índice*](#)

EL ESPIRITU ES EL QUE VIVIFICA

(Juan, VI, 64)

I

Guardémonos de seguir un camino legalista, por el cual podríamos incurrir en las tremendas condenaciones del Señor contra los que imponen cargas pesadas sobre los demás (Mat. XXIII, 4) y cierran con llave ante los hombres el Reino de los cielos (íbid. 13). Son conductores ciegos, que cuelan un mosquito y se tragan un camello (íbid. 24); pagan el diezmo del comino y descuidan lo más importante de la Ley, la justicia, la misericordia y la fe (íbid. 23). No es con la carne como se vence a la carne, sino con el *espíritu*, según lo dice claramente el Apóstol: "Caminad según el espíritu, y no realizaréis los deseos de la carne (Gál. V, 16). Y así será hasta el último día, de modo que en vano pretendería la carne ser eficaz contra la carne.

Esto vuelve a confirmarse en II Cor. X, 3-4: "*Pues aunque estamos en carne no militamos según la carne, ya que las armas de nuestra milicia no son carnales; mas son poderosas en Dios para demoler fortalezas*". Y es porque, como dice el Señor, lo que da vida es el espíritu, "la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he dicho son espíritu y vida" (Juan VI, 64).

La carne es necesariamente opuesta al espíritu y no hay transacción entre éste y aquélla, pues, como dice Jesús a Nicodemo: "*Lo nacido de la carne es carne, lo nacido del espíritu es espíritu*" (Juan III ,6). La carne es siempre flaca. Bien lo sabemos por la experiencia en carne propia, y más aún por lo que dijo Cristo en la hora trágica de Getsemaní: "*El espíritu dispuesto está, mas la carne es, débil*" (Mat. XXVI, 41).

II

Lo que vale ante Dios es el espíritu, "*la carne para nada aprovecha*" (Juan VI, 63; Vulg. VI, 64). Hay, pues, que vencer la carne, dicen de consuno los ascetas y no faltan "*sistemas*" y "*métodos*" para realizarlo. Sin embargo, donde falta el espíritu no hay victoria sobre la carne; la mejor técnica falla sin las armas del espíritu, y en vez de convertirse en hombre espiritual, ese que confía en la técnica corre el peligro de ensoberbecerse y creerse mejor que los demás, como el fariseo del Templo, que a pesar de sus muchos ayunos y diezmos perdió la humildad y juzgó de otros.

San Pablo, quien más que nadie conocía la lucha entre el espíritu y la carne y confiesa que en su carne no había cosa buena (Rom. VII, 18), nos indica también dónde y cómo podemos alcanzar la victoria: *“gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor”* (Rom. VII, 25), injertados en el cual formarnos un nuevo ser espiritual y nos despojamos del hombre viejo (Rom. caps. VI-VIII).

Para llegar a tan feliz estado el Apóstol de los gentiles nos exhorta a recurrir a la *Palabra de Dios*, la cual para él es *“la espada del espíritu”* (Ef. VI, 17). El mismo Jesús nos señala esa palabra como formadora del espíritu que vence a la carne, pues *“el que escucha mi palabra y cree en Aquel que me envió, tiene vida eterna”* (Juan V, 24), o sea, está bajo la ley del espíritu y deja de ser esclavo de los apetitos carnales; *“porque la Palabra de Dios es viva y eficaz y más tajante que cualquiera espada de dos filos, y penetra hasta dividir alma de espíritu, coyuntura de tuétanos y discierne entre los afectos del corazón y los pensamientos”* (Hebr. IV, 12).

De ahí que lo que debe enseñarse para transformar esencialmente los espíritus es la palabra divina, la cual nos capacita para conocer a Dios y tener vida eterna, pues en esto consiste la vida eterna, en conocer a Dios y a su Hijo y Enviado Jesucristo (Juan XVII, 3).

Esta palabra de Jesús irradia nueva luz sobre nuestro tema. La vida eterna consiste en conocer a Dios, y el conocimiento viene "del oír" (Rom. X, 17), o sea de la palabra. Así por medio de la Palabra de Dios subimos por los peldaños de la espiritualidad.

Cada nueva noción sobre Dios que descubrimos en la Sagrada Escritura, nos perfecciona en la espiritualidad, acrecienta nuestro conocimiento de Dios y aumenta nuestra devoción al Padre. Esta devoción al Padre "fué la de Jesús" (Mons. Guerry), y debe volverse nuestra si queremos ser sus discípulos. No seamos temerosos de hablar con El y mostrarle nuestra desnudez. ¿Con quién podríamos tener mayor intimidad? Jesús, nuestro Mediador (Juan XIV, 6; Hech. IV, 12; I Tim. II, 5) nos confirma mil veces este carácter paternal de Dios que nos anima a tener confianza incondicional en Su Palabra.

Puesto que el recto espíritu viene del *conocimiento* y éste de la palabra, se sigue que la tarea primordial del predicador y catequista es *difundir la divina palabra*. No hemos de limitarnos a presentar a Cristo como a un personaje importante que hubiese venido a traer a la humanidad progresos en el orden temporal, con respecto al paganismo antiguo, en la condición de las mujeres y los niños, etc. Cristo es ante todo el Enviado de su Padre, a quien El mismo adora, y de quien no puede ser separado porque habla de El continuamente.

Tampoco podemos renunciar a la *espiritualidad del Antiguo Testamento*: pues Cristo es el Mesías prometido por los antiguos profetas de Israel, y por lo tanto, si de veras queremos comprenderlo, hemos de conocer las profecías y figuras de Cristo en el Antiguo Testamento, ya que el cristianismo no ha sido preparado por lo que se llama cultura clásica grecorromana, que no es sino paganismo humanista. Cristo ha venido a mostrar y a dar la vida eterna, y no a arraigarnos en este mundo pasajero con un ideal de felicidad temporal. El es quien enseña que ésta no existirá nunca en el mundo, pues la cizaña estará siempre mezclada con el trigo hasta que El venga, y los últimos tiempos serán los peores. Hemos, pues, de guardarnos de tomar a Jesús como un simple pensador o sociólogo que hubiese querido, como los demás, mejorar la condición de este mundo.

Claro está que el mundo no aguanta la espiritualidad auténtica que viene de la Palabra de Dios. En nuestra traducción del Nuevo Testamento según el texto original, vertimos el pasaje de Juan XXI, 25 de la siguiente manera: *"Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se quisiera ponerlas por escrito, una por una, creo que el mundo no bastaría para contener los libros que se podían escribir"*.

En vez de "contener" nos parece ahora mejor decir "soportar". Pues el vocablo griego es usado también en el sentido de comprender (Mat. XIX, 11), entender (íbid. 12), admitir o recibir (II Cor. VII, 2) y caber o dar cabida. En el texto citado el sujeto no es la palabra que no cabe sino el mundo que no le daría cabida, es decir, en sentido espiritual, no comprendería, o no aceptaría esas muchas otras cosas de Jesús, las cuales, según añaden algunas variantes coincidentes con Juan XX, 30, fueron hechas "ante los discípulos de El".

Esta interpretación, que concuerda con lo dicho por el mismo Señor en Juan XVI, 12, es tanto más plausible cuanto más difícil resultaría atribuir al

lenguaje tan extremadamente sobrio del Evangelio una hipérbole tan desmesurada, como sería decir que en el mundo entero no cabría materialmente el relato de lo que una persona hizo en sólo tres años. Además, en tal caso el texto diría "en todo el mundo". Pero no dice "todo", por lo cual se ve que alude probablemente al mundo en sentido espiritual, al mundo cuyo príncipe es Satanás, al mundo que es precisamente un tema especial del Evangelio de S. Juan (cf. VII, 7; XV, 18 ss, etc.).

Si el mundo aguantara la Palabra de Dios y el crecimiento espiritual que de ella viene, se vería obligado a dejar de ser mundo, lo que es contra su naturaleza. Es como decir que el diablo deje de ser diablo.

Por eso San Pablo no se cansa de estimular a los fieles a crecer en el conocimiento. Pues en ese conocimiento consiste toda espiritualidad, y de él se forma el varón perfecto (Ef. IV, 13), "para que ya no seamos niños fluctuantes y llevados a la deriva por todo el viento de doctrina, al antojo de la humana malicia y de la astucia que conduce engañosamente al error" (Ef. IV, 14). Cf. Rom. XI, 33; XV, 14; I Cor. I, 5; XV. 34; II Cor. II, 14; IV, 6; X, 5; Ef. I, 8; Filip. I, 9; III, 8; Col. I, 9; II, 3; III, 10; II Tim. III, 7; Tit. I, 1; Hebr. X, 26; II Pedro I, 2ss; II, 20; III, 18, etc.

Los Apóstoles sabían por qué motivo atribuían tanta importancia a la *"espada del espíritu, que es la Palabra de Dios"* (Ef. VI, 17). La esgrimían sin cesar, y confiados en ella consiguieron la victoria sobre un mundo falto de Espíritu; pues "toda la Escritura es divinamente inspirada y eficaz para enseñar, para convencer, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y bien provisto para toda obra buena" (II Tim. III, 16-17).

[Regresar al Índice](#)

LA BIBLIA, MAESTRA DE LA VIDA

I

En la parábola de los dos hermanos (Mat. XXI, 28 ss) vemos que el primero promete y no cumple; y el otro, que se niega, se arrepiente luego y cumple. Jesús muestra aquí que lo que vale no es el acto primero, la reacción del momento; pues ésta puede ser un impulso irreflexivo de nuestro temperamento. Lo que vale es lo que hace uno después, cuando está solo, frente a su conciencia. Y ¡oh misterio! el que dijo que no obedecería, obedeció, y el que dijo que sí, desobedeció, como Pedro cuando prometió dar la vida por Jesús, y a las pocas horas negó conocerlo.

Todos tenemos en nuestro interior dos hombres distintos y contradictorios: *carne y espíritu*. Lo importante no es el extravío del momento, del que luego nos compungimos en nuestro aposento (Sal. IV, 5). Lo grave es tomar en aquellos momentos de extravío, resoluciones definitivas que coarten nuestra libertad ulterior, forzándonos a permanecer en el error. Lo grave es "el estado de pecado", que nos aleja de Dios de un modo permanente. De ahí que en estos momentos de meditación serena y lúcida, no turbada por "la fascinación de la bagatela" (Sab. IV, 12) es cuando hemos de resolver lo que afecta a nuestra conducta futura, y, si es necesario, "quemar las naves", como hizo Hernán Cortés, para que no fuesen ellas una ocasión de volver atrás.

En esto se conoce la recta intención del corazón, y sobre ello estriba el ejercicio de meditación que San Ignacio de Loyola llama de los "tres binarios". Es lo que en la Biblia se llama "preparar el corazón para poder obedecer al Señor" (véase I Rey, VII, 3; Esdr. VII, 10).

Por eso la primera palabra que Jesús decía siempre a todos, sin distinguir entre buenos y malos, era para prepararles el corazón, diciendo: "*La paz sea con vosotros*"; "*no se turbe vuestro corazón*". Porque sabía que ésta es la condición previa para todo lo demás, ya que la gran arma del Maligno es llevarnos o a la soberbia, o a la desesperación, a fin de apartarnos para siempre de nuestro Padre.

El primero que cayó en la trampa de la *desesperación* fué Caín, quien "se apartó del Señor", aunque El le dijo que nadie le haría daño. Nosotros

debemos saber mucho más que Caín: que nuestro Padre divino "es bueno con los desagradecidos y malos" (Luc. VI, 53). Medítese la parábola del Hijo Pródigo (Luc. cap. XV) y se verá con asombro cómo el Padre perdona generosamente al pecador, le da un traje nuevo y le ofrece un banquete. Y aún hace que el más perdonado sea el que más le ame (Luc. VII, 47). Recordemos ante todo que es la muerte redentora de Cristo y los méritos de Él, y no los nuestros, lo que borra nuestras culpas. "La Sangre de Jesús nos limpia de todo pecado" (I Juan 1, 7; Efes. 1, 7, etc.). **Sólo necesitamos apartar nuestro pensamiento de la desesperación, sabiendo que es Dios quien nos da este suavísimo consejo: "No agites tu espíritu en tiempo de la oscuridad"** (Ecli. II, 2).

II

La otra trampa del diablo es la *soberbia*, que quita al hombre la humildad ante Dios y la confianza en su ayuda. Un famoso poeta inglés dice que el hombre digno de ese nombre, es el que tiene una sonrisa en los labios cuando todo anda muy mal. Pero esa doctrina estoica no repara en que tal sonrisa puede ser también de orgullo, en cuyo caso sería como un desafío que dijese a Dios: "No has de doblegarme". ¿Dónde quedaría entonces toda la doctrina bíblica sobre las pruebas que Dios manda para humillarnos saludablemente, sea corrigiéndonos, como a Israel, o santificándonos, como a Job?

En el Rostro de Cristo nunca se nos muestra esa sonrisa, sino las lágrimas por la ciudad culpable (Luc. XIX, 41), y aun por el amigo muerto (Juan XI, 35 y 38), o bien el silencio humilde ante los jueces. Es que El no nos quiere héroes imperturbables, que luego fallan (cf. Juan XIII, 37 s), sino pequeños como niños (Mat. XVIII, 1 ss). El mismo nos da ejemplo de esa infancia espiritual delante de su Padre. Por eso, lejos de ver a Job alardear de fuerte, lo vemos lamentarse como un débil, y Dios no se lo reprocha. De ahí que David anuncie mil años antes, las quejas de Cristo en su Pasión, y le haga decir – ¡a Él!-: "El oprobio ha quebrantado mi corazón y desfallezco" (Sal. LXVIII, 21).

Creemos, pues, que en el dolor nadie puede reír sinceramente si no se lo da Dios en forma extraordinaria, como a ciertos mártires. Aquella otra sonrisa que no es de El, quita al hombre el fruto de la prueba y le da la triste compensación del amor propio satisfecho.

"*En la quietud y en la confianza estriba vuestra fuerza*" (Is. XXX, 15), no en la actitud del hombre que se retira a la caverna del misántropo o al tonel de Diógenes, ni en la del estoico, que con Séneca repite "¡Sé hombre!", apelando con ello a la fanática voluntad de vencer. No hay duda que tal actitud ha producido muchos frutos, pero también muchos fracasos irreparables. Sólida, sólida sin excepción, es solamente la confianza en Dios, porque, como dice el Salmista: "*Los que confían en el Señor, son como el monte Sión, que no será conmovido*" (Sal. CXXIV, 1). No olvidemos que el suicidio tiene por padre al estoicismo, y por madre la desesperación.

III

¿Dónde hallamos tan saludables orientaciones para nuestra actitud frente a la vida? En el libro de Dios, que se llama *Biblia* o Sagrada Escritura. También los mahometanos creen tener un libro divino, el Corán, que ellos toman como base de todas las ciencias, no solamente de la religión, de modo que en los países mahometanos el Corán es el centro de los estudios universitarios. Se narra que el Califa Amr, después de la conquista de Alejandría, quemó la célebre biblioteca que allí había, diciendo: "Si los libros de esta biblioteca concuerdan con el Corán, no son necesarios, y si no concuerdan son malos. En todo caso conviene quemarlos". Si los cristianos tuvieran este mismo criterio, por lo menos en cuanto a los libros malos, se reducirían algunas bibliotecas a un mínimo de su existencia, y habría menos gastos y menos peligros para las almas. Pero, los cristianos somos muy tolerantes, tal vez demasiado tolerantes.

Aun para nosotros la Sagrada Escritura debería ser el *libro de la vida*, porque el que habla en él es el mismo Dios. Dios pudo habernos hablado por medio de la pintura o de la música. Si así fuese, nuestro interés debería estar en todo lo que se refiere a esas artes y las leyes que las gobiernan, debido a que de ellas se habría valido Dios para expresar sus pensamientos. Puesto que Dios ha visto como medio apropiado las palabras, debemos interesarnos por esas palabras depositadas en la Sagrada Escritura y estudiarlas aún en sus matices para descubrir en ellas todo cuanto rinda plenamente y destaque al máximo la fuerza de cada expresión. Esto significa adaptarse el hombre a Dios y no querer adaptarlo a El a nosotros, cosa en que incurrimos quizás más a menudo de lo que suponemos. De ahí que S. S. Pío XII, el "Papa Bíblico", en la Encíclica "Divino Afflante Spiritu" insista tanto sobre el estudio de la Biblia. Hay

para esto, según Pío XII, dos motivos fundamentales. El primero es que el creciente dominio de los idiomas y ciencias auxiliares ha permitido conocer mejor el texto, y en consecuencia el sentido de las Sagradas Escrituras. El segundo es que Dios va dando sus luces en la medida en que El quiere ("*prout vult*") por lo cual, dice el Papa, lo que no entendemos nosotros, pueden verlo nuestros sucesores. Y aún sabemos que hay cosas que sólo "*se entenderán en los últimos tiempos*", como dice el profeta Jeremías (XXX, 24).

Pensemos lo que significa la nueva versión de los Salmos hecha felizmente por nuestro Pontífice, según los textos originales, con lo cual tantos textos de la Vulgata comienzan a entenderse rectamente. E imaginémonos lo que será cuando este progreso, que empieza por el Salterio del Breviario, penetre también en el Misal, donde hay tantos textos de los Salmos: y cuando la nueva versión se extienda a toda la Sagrada Escritura, y especialmente al Nuevo Testamento. Serán inmensas las luces que esos divinos textos han de traer para un más perfecto conocimiento de Dios, de sus misterios y de su Espíritu, en todos los órdenes de la vida cristiana.

IV

En primer lugar han de dedicarse al estudio de la Biblia los que tienen la obligación de *predicar* la Palabra de Dios. Para mostrar la obligación de los ministros de Dios de estudiar la Sagrada Escritura, además de los innumerables textos bíblicos, patrísticos y pontificios (cf. nuestro libro "La Iglesia y la Biblia", Guadalupe, Buenos Aires), podemos invocar el Catecismo de los Párrocos, según el cual se requiere de cada uno de ellos que sepa no sólo aquello que pertenece al uso y administración de los sacramentos, sino también que esté tan instruido en la ciencia de las Escrituras Sagradas que pueda enseñar al pueblo" (II, 7, 32).

Al pie de este pasaje se hallan las tres notas siguientes: la primera es de San Pedro Damiano contra los que, insistiendo temerariamente en el culto de los sacrificios, ignoran el modo cómo debe venerarse debidamente a Dios"; la segunda, de San Jerónimo, dice: "Si ignora la Ley, él mismo demuestra que no es sacerdote del Señor. Pues es propio del sacerdote saber la Ley, y cuando es preguntado, responder sobre la Ley"; la tercera, de Tomás de Kempis, afirma que el que no conoce las Escrituras es "muchas veces causa de error para sí y para los otros. Pues el clérigo sin

libros sagrados es como soldado sin armas, caballo sin freno, nave sin remos, escritor sin pluma, ave sin alas, subida sin escalera, artesano sin instrumentos, rector sin reglas, herrero sin martillo, sastre sin hilo, saetero sin saetas, peregrino sin báculo, ciego sin guía, mesa sin manjares, pozo sin agua, río sin peces, huerto sin flores, bolsa sin dinero, viña sin racimos”.

También el laico, especialmente el culto, si sigue las normas del Magisterio de la Iglesia, leyendo ediciones provistas de notas explicativas, encontrará en la Biblia lo que se llama “*la alegría intelectual del estudio*”. Esto es precisamente lo que en la Biblia se satisface hasta un grado de plenitud inimaginable en ciencia alguna. Porque en toda otra materia se necesita siempre completar la investigación de tal autor con el testimonio de tal otro y con las opiniones de un tercero o las constancias de aquella otra fuente, etc. En la Biblia, fuera de los textos discutidos en su versión o interpretación, que son, prácticamente hablando, unos pocos, uno puede nadar en el océano de la armonía intelectual y del goce de la verdad plena, que jamás se halla entre los hombres. Y cuando quiere efectuar una comprobación, ni siquiera necesita salir del mismo Libro, pues basta con pasar al Antiguo Testamento y ver, por ejemplo, dicha por Isaías, o por David, o por Moisés, tal o cual cosa que Jesús, o San Pablo, citaron o interpretaron al cabo de ocho o diez o quince siglos. ¡Oh! ¿Quién podría describir la alegría intelectual de la Biblia para el que de veras busca en ella la verdad? Puestos en contacto dos o más textos de la Escritura, se iluminan recíprocamente produciéndose entre ellos una divina armonía, simbolizada quizá -“*per ea quae facta sunt*”- por la combinación de las notas musicales o la de los colores, que nos hace descubrir un esplendor nuevo, por el cual ella penetra más hondamente en el espíritu (véase Ecli. XXIII, 32 ss).

Este incomparable placer de la Biblia, está expresado por el mismo David, que llama muchas veces a las palabras de Dios “*más dulces que la miel*” y añade que en ellas mismas encuentra su galardón (Sal. XVIII, 12), es decir, no solamente el premio futuro, sino también el que resulta del trato con ellas y de su observancia. Esto tiene que ser así, pues de lo contrario Dios no sería una cosa maravillosa, estupenda, “el Dios de nuestra alegría” (Sal. XLII, 4). Sería un legislador como los demás.

[Regresar al Índice](#)

BIBLIA Y PSICOANALISIS

I

El grande, el sumo psicoanálisis está en la Biblia, pues ella y sólo ella nos enseña a desnudar enteramente el corazón, y sólo con sus luces de espíritu aprendemos a ser del todo sinceros con nosotros mismos.

Frente a la sabiduría de la Biblia no hay complejos, porque en ella habla Dios que conoce "lo íntimo del corazón" (Salmo XLV, 22). Ella descubre nuestros complejos y los resuelve de un modo definitivo. Ella escudriña el corazón para indicar a cada cual su camino (Jer. XVII, 10). Ella sabe nuestros íntimos pensamientos (Jer. XX, 12); pone a prueba los corazones (I Par. XXIX, 17; Jer. XII, 3); los pesa (Prov. XXI, 2) y luego los inclina a la solución que les conviene (ibid.1): los ilumina como luz que resplandece entre tinieblas (II Cor. IV, 6); los alimenta (Salmo XXVI, 14) y termina su obra renovándola por completo (Salmo L, 12) y dándoles firmeza definitiva (I Tes. III, 13).

Una sola cosa exige este gran maestro, lo mismo que exige todo psicoanalista: sinceridad. Esto le basta. Y hay más aún: así como, según el refrán, el que se excusa se acusa, así también -lo que es mejor—, frente a la Biblia el que se acusa se excusa.

Si alguna vez no encontramos soluciones y consuelo en la Escritura, es porque buscamos estar satisfechos de nosotros mismos y "quedar bien" con nuestro amor propio. En este caso nunca quedamos satisfechos, pues siempre vemos asomar nuestras miserias y errores. En cuanto confesamos eso, en cuanto nos resignamos a saber que no somos buenos, nos vuelve a la alegría, como se ve en el Salmo XXXI, 4 ss.

La Biblia nos dice entonces: ¿Qué importa si no fuiste bueno hasta hoy? ¿No ves que yo tengo la parábola de los obreros de la última hora (Mat. XX, 8) que lo pasan aún mejor que los primeros? ¿No recuerdas el caso de Magdalena (Luc. VII, 43-47), donde yo muestro que el que más ama es aquel a quien más hubo que perdonarle? Si hay quien limpia tus ropas y las deja como la nieve (Salmo L, 9) ¿qué importa que su suciedad fuese mucha o poca?

II

Para arreglar nuestra posición no podemos, pues, hacerlo "quedando bien", sino quedando mal, es decir, previa aclaración de que somos culpables sin disculpa y que nos arrepentimos, como lo enseña el salmo L. Entonces Dios lo arregla todo a base de perdón gratuito y generoso. El queda bien, y nosotros quedamos mal. Pero ¡qué dicha si ese quedar mal ante El es lo que nos hará ser desde entonces amigos verdaderos! Así se entiende el que Jesús viniese para pecadores y no para justos (Luc. V, 51).

Entonces nos transformamos y empezamos a ser justas delante de Dios, siendo en realidad Él el autor de nuestra justicia (Rom. III, 20-28; X, 3; Filip. III, 9), **de modo que no corremos riesgo de soberbia como el fariseo del templo** (Luc. XVIII, 10 ss) porque ya no podremos buscar nunca más la satisfacción de nosotros mismos, sabiendo que sólo podremos tener justicia gracias a El.

Esto es lo que se llama renovarnos en el espíritu de nuestra mente" (Ef. IV, 23) y matar al hombre viejo (Rom. VI, 6; Ef. IV, 22; Col. III, 9); es decir, nacer de nuevo por el espíritu (Juan III, 3 ss), confirmarnos en el hombre interior para tener la plenitud de Dios (Ef. III, 19), o sea vivir plenamente de la vida divina prestada por Cristo, como vive el sarmiento de la vid (Juan XV, 1-5), pudiendo entonces decir que no vivo yo sino que El vive en mí (Gál. II, 20), porque yo he renunciado a mí mismo (Mat. XVI, 24) para no perder mi alma pretendiendo salvarla (ibid. 25), **sino vivir de Él como El vive del Padre** (Juan VI, 57).

Toda esta vida sobrenatural verdadera y sencilla, fundada simplemente en la fe a la Palabra de Dios, sería para nosotros un misterio impenetrable si volviendo a lo antiguo, al puro esfuerzo propio de los paganos, quisiéramos capitalizar virtudes morales para quedar bien delante de Dios, pues *"ningún viviente puede aparecer justo en su presencia"* (Salmo CXLII, 2) sino a trueque de aceptar que no es capaz de serlo, "a fin de que nadie se gloríe" (I Cor. III, 21), y para que sea para El toda la gloria de nuestra justificación, sin lo cual el misterio de la Redención no tendría sentido. En el fondo no hay aquí sino el problema de la humildad verdadera, que es la excavación necesaria para que pueda asentarse el cimiento, que es la fe.

Ya que en vano pretenderíamos no estar en deuda, resignémonos, pues, a ese constante papel de perdonados, sin pretender nunca "quedar bien" con El, como se hace con el mundo, pues tal era el papel del fariseo que

Jesús reprobó (Luc. XVIII, 9 ss; cfr. Luc. X, 29). “Somos, Señor, reos que confiesan. Sabemos que si no perdonases, condenarías con razón (cf. Salmo L, 6). Perdónanos, pues, sin mérito, te lo rogamos, ya que de la nada nos sacaste para que te rogásemos” (San Agustín).

III

Vemos así que el que se gloria no está en la verdad. El hombre bíblico tiene este principio absoluto, una norma simplísima e inapreciable para formarse criterio, ya se trate de individuos o de instituciones: todo lo que se elogia a sí mismo muestra por ese solo hecho que se engaña (Gál. VI, 3) o que nos engaña (Luc. XVIII, 19; Juan II, 24). Todo lo humano está siempre muy por debajo de lo que debiera ser, por lo cual la actitud lógica delante de Dios es siempre la contrición (Luc. XIII, 1 ss; XVIII, 9-14), tanto individual cuanto colectiva (Lam. III, 42), la cual no obsta, por cierto, a la más filial confianza, por lo mismo que no se funda en derecho propio, sino en la dignación del divino Padre (Salmo XCIII, 18), para quien debe ser toda la gloria (Salmo CXIII b, 1; CXLVIII, 13).

Gloria en Cristo tendremos cuanta queramos, recibéndola de su plenitud (Juan I, 16). **Pero icuidado con la gloria de virtudes propias! Pues en cuanto pretendemos que vamos a ser buenos y se lo prometemos como Pedro, le negamos como él, al poco rato** (Juan XIII, 38).

Resignarse a saberse malo, para poder ser bueno: paradoja inmensa, básica, que es la llave de todo el Evangelio, y sin la cual no entenderemos nada. Lo que nos impide vivir así delante del Omnipotente como el niño delante de su madre, **es la falsa espiritualidad sin Evangelio, es el móvil egoísta que no raras veces se disfraza de piedad** (II Tim. III, 5), queriendo evitar el infierno y ganar el cielo a toda costa, como si la salvación fuese exclusivamente obra nuestra y no la obra del amor del Padre y del Hijo, y como si el premio de las buenas obras no se diese por el amor con que están hechas (I Cor. XIII, 1 ss). **Cuando no busquemos nuestro negocio sino que estudiemos a Cristo para conocerlo, admirarlo, y amarlo, entonces El nos hará llenarnos de obras, de esas que no se quemarán cuando El venga** (I Cor. III, 14).

El que de veras quiere ser bueno según la enseñanza de Jesús, ha de renunciar al mérito y a la satisfacción de serlo, y reconocerse siervo inútil (Luc. XVII, 10), porque nadie es bueno, sino sólo Dios (Mat. XIX, 17). Por

eso Santa Teresa de Lisieux quería dilapidar cada día toda ganancia espiritual para estar siempre vacía, como un mendigo delante de Aquel que se complace en llevarnos gratis (Salmo LXXX, 11) y que como enseña María, hace grandeza en lo que somos nada (Luc. I, 48 s.). Pero ¿cómo podremos creer esto si no nos familiarizamos con el Evangelio?

Son cosas demasiado contrarias al criterio humano y comercial del mundo para que podamos descubrirlas en nosotros mismos. El que sólo piensa en los numerosos preceptos de la Ley de Moisés (Ex. XX, 1-7) no puede entender el mensaje nuevo de Jesús, pues toda la doctrina de S. Pablo enseña terminantemente que en Cristo ya no estamos bajo esa Ley (Rom. VI, 14) y que es insensato querer volver a tal Ley como lo fueron todos los que pretendieron salvarse por ella, pues ella no es capaz de salvar a nadie (Gál. III, 11). Y no sólo caeríamos entonces en las faltas que pretendemos evitar, sino que al pretender cultivar virtudes por propia cuenta, cultivaríamos el fariseísmo, mucho más odioso a Cristo que todos los pecados.

La educación farisaica es la doctrina de la suficiencia humana, que olvida la necesidad de la gracia; no sólo es funesta para el soberbio que se cree bueno, sino también para el tímido y aún para todo humilde que se sabe malo, pues éste sentirá que para arrepentirse tiene que mover una montaña, y no comprenderá que si al enemigo que huye se le da puente de plata, al enemigo que vuelve se le da puente de oro. Si un padre ve que su hijo ausente empieza a pensar en volver, ¿querrá acaso presentarle la empresa como difícil o, al contrario, temblará de miedo de que se desanime y no regrese al hogar? ¿No es esto último lo que enseña Dios al mostrarse como el Padre que se anticipa al encuentro del hijo pródigo? (Luc. XV, 20).

IV

La Bondad de Dios, siendo perfecta, no puede ser condescendencia, sino perdón. La bondad de los hombres sí está a menudo en condescender, renunciando a la voluntad propia por ceder a la ajena (Mat. V, 41). Pero si Dios renunciara a su voluntad, —que quiere siempre nuestro verdadero bien con una sabiduría tan infinita, como es su amor— por condescender con los caídos hijos de Adán, sería como reconocer que El había estado equivocado. ¡Y luego lloraríamos con lágrimas de sangre nuestro horrible triunfo sobre El!

Por dicha nuestra la voluntad amorosa del Padre se realiza en nosotros tan implacablemente como cuando un padre arranca a su hijo un arma con que iba a lastimarse, y su condescendencia consiste en perdonarnos tantos errores y culpas y sobre todo en darnos su Espíritu (Salmo L, 13) que nos hace comprender, amar y agradecer, humillados, la suavísima firmeza de esa voluntad divinamente generosa, contra la cual se alza siempre al principio la mezquina insensatez de nuestra carne. ¿Qué mayor luz y fuerza psicoanalítica para traer al campo de la conciencia lo que nos desconcertaba, ocultándose en lo subconsciente?

La Biblia al descubrirnos así los repliegues y las fallas tanto en nuestro hombre corporal o físico (Gál. V, 16-23) cuanto en nuestro hombre psíquico, según lo llama literalmente San Pablo en I Cor. II, 24, nos hace alcanzar al hombre espiritual o “pneumático” (I Cor. II, 10), que sirve a Dios sin la ley (Gál. V, 18) porque su móvil es el amor (ibid. 22). ¿Puede darse un ideal y un fruto más elevado y positivo de psicoanálisis?

[*Regresar al Índice*](#)

DE GRECIA A CRISTO

“Nadie es malo, mientras no se demuestre”.
Derecho Romano (Orden natural).

“Nadie es bueno, sino sólo Dios”.
Jesús (Orden sobrenatural).

I

“Gnothi sautón” (conócete a ti mismo); Aforismo griego y pagano, de muchos admirado. No es esto lo que enseña la Escritura de la divina Revelación. *Poco me importa, dice S. Pablo, ser juzgado por vosotros o por cualquier juicio humano. Ni yo mismo me juzgo. . . El Señor es quien me juzga* (I Cor. IV, 3-4). *“De tu rostro (oh Señor) salga mi sentencia”*, dice David (Salmo XVI, 2), anhelando poder entregar por entero la suerte de su causa a Aquel que es la fidelidad, la luz y la sabiduría, la omnipotencia y sobre todo la bondad y la misericordia que perdona.

Para nosotros hay más aún que para David: la Redención, que justifica por los méritos de Cristo. Aún hallándome yo deudor insolvente, el divino Padre me perdona y para eso sé que mi seguridad es absoluta; pues Jesús *“es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”* (I Juan II, 2).

“Conózcate yo, Señor, y conózcame yo a mí mismo”, dice San Agustín; pero este conocimiento propio, presentado así en parangón con el conocimiento de Dios, no tiene nada de esa "ciencia del bien y del mal", cuya ambición fué lo que corrompió a Adán. Esta oración, pues, del gran Doctor de la gracia, equivale a decir: sepa yo, Señor, vivir este gran dogma de que Tú lo eres todo y yo soy la nada.

Es que Jesús no dice, como el oráculo griego: "conócete a ti mismo", sino: *"niégate a ti mismo"*. La explicación es muy clara. El pagano ignoraba el dogma de la caída original. Entonces decía lógicamente: analízate a ver qué hay en ti de bueno y qué hay de malo. Jesús nos enseña simplemente a descalificarnos a priori, por lo cual ese juicio previo del autoanálisis resulta harto inútil, dada la amplitud inmensa que tuvo y que conserva nuestra caída original. Ella nos corrompió y depravó nuestros instintos de tal manera, que San Pablo nos pudo decir con el Salmista: *"Todo hombre*

es mentiroso" (Rom. III, 4; Salmo CXV, 2). Por lo cual el Profeta Jeremías nos previene: "*Perverso es el corazón de todos, e impenetrable: ¿Quién podrá conocerlo?*" (Jer. XVII, 9). Ese mismo profeta dice también: "Maldito el hombre que confía en el hombre" (Ibid. 5), y de Jesús sabemos que no se fiaba de los hombres, "porque los conocía a todos" (Juan II, 24).

II

La Iglesia católica ha sacado de esta doctrina revelada un conjunto acabadísimo de definiciones dogmáticas sobre la necesidad de la divina gracia, entre las cuales descuella el canon 22 del segundo Concilio Arausicano, confirmado por Bonifacio II, que hablando de la justificación por Cristo dice terminantemente: "*El hombre no tiene de propio más que la mentira y el pecado*" (Denz. 195). Es la misma doctrina que vemos expresada en la Secuencia de la Misa de Pentecostés, en la cual decimos al Espíritu Santo:

*Sine tuo numine
nihil est in homine
nihil est innoxium.*

*Sin tu ayuda,
nada hay en el hombre,
nada que sea bueno*

O sea, todo lo bueno y santo de que nos gloriamos, es vano, **sino es lo que El nos dé**. No otra cosa enseñó Jesús cuando dijo que "*el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*" (Mat. XXVI, 41), por lo cual, para no caer, debernos velar y orar constantemente a fin de recibir ese buen espíritu que no es nuestro sino que nos viene de aquel Padre celestial que "*dará el buen espíritu a quienes se lo pidan*" (Luc. XI, 13).

A la luz de esta doctrina revelada y definida, se comprende ahora bien la suavidad de esa palabra de Jesús, que al principio parecía tan dura: "Niégate a ti mismo". Bien vemos que ella significa decirnos, para nuestro bien: líbrate de ese enemigo, pues ahora sabes que es malo, corrompido, perverso. Si tú renuncias a ese mal amigo y consejero que llevas adentro, yo lo sustituiré con mi Espíritu, *sin el cual nada puedes hacer* (Juan XIII, 5).

¿Y cómo será de total ese apartamiento que necesitamos hacer del auto-enemigo, puesto que Jesús nos enseña que es indispensable nacer de nuevo, para poder entrar en el Reino de Dios? (Juan III, 3). Renacer del Espíritu, echar fuera aquel yo que nos aconsejaba y nos prometía quizá tantas grandezas. Echarlo fuera, destituido de su cargo de consejero, por mentiroso, malo e ignorante.

III

He aquí lo que tanto cuesta a nuestro amor propio: reconocer que nuestro fulano de tal es "mentiroso" (Rom. III, 4), y de suyo digno de la ira de Dios. Oh, el diablo se opondrá terriblemente a dejemos entender esto, porque él –“padre de la mentira” (Juan 8, 44)-, sabe muy bien que aquí está toda la sabiduría y toda nuestra felicidad: en saber vivir de prestado; del valor que se nos da, a falta del propio.

Porque si bien miramos, todo el fruto de la Pasión de Cristo consiste en habernos conseguido esa maravilla de que el Espíritu de Dios, que es todo luz, y amor, y gozo, entre en nosotros, confortándonos, consolándonos, inspirándonos en todo momento. Pero va sin decirlo que para entrar ese nuevo rector es necesario que el anterior le ceda el puesto. Eso quiere decir simplemente el negarse a si mismo.

De ahí que, quien no lo hace, está impidiendo su salvación, rechaza la gracia, está diciéndole de hecho a Dios: yo no te necesito como rector, porque me basto y me sobro. Ese tal *ya está juzgado: la palabra que él no quiso escuchar, esa es la que lo juzgará en el último día.* (Juan XII, 48).

Dígnese nuestro Padre divino hacernos comprender estas luces a un tiempo simples y profundísimas, sencillas y sublimes, para inspirarnos esa fácil humildad que nos lleva sin esfuerzo al desprecio de nuestra opinión, una vez que hemos descubierto su falacia, pues que es Jesús quien lo enseña, y a El hay que creerle, creerle todo cuanto dice. "En esto consiste LA OBRA de Dios: *en que creáis en Aquel que El envió*" (Juan VI, 29). "A *El habéis de escuchar*" (Mat. XVII, 5).

El que abra su alma a esta inmensa luz, sentirá la necesidad de una humillación total, absoluta, delante del divino Padre, que nos dio a Jesús y con El la sabiduría y la gracia. Y se entregará apasionadamente al conocimiento del Evangelio para descubrir en esas palabras de Jesús, lo

que El nos promete de ellas, esto es: *el espíritu y la vida* (Juan VI, 64), *la verdad y la libertad* (Juan VIII, 31-32); *la plenitud del gozo* (Juan XVII, 13).

Entonces verá cuán pobre y cuán falaz era aquella sabiduría sin Dios, que tanto se respeta todavía, entre los hombres más prestigiosos, en nuestra civilización que, aunque se llame cristiana, se inspira en gran parte en "el mundo", enemigo de Cristo.

Decir a un cristiano: "conócete a ti mismo -bien se ve que hablo en el terreno religioso y sobrenatural, único que aquí interesa—, es incurrir en la misma inconsecuencia que Kant (esta vez descendemos al terreno filosófico) al emprender la crítica de la razón pura con el propio instrumento de esa razón que, según él, era incapaz.

Los griegos no podían comprender esa incapacidad del hombre para juzgarse a sí mismo: Era esta una luz reservada a los discípulos del verdadero Dios.

[*Regresar al Índice*](#)

EL CASO DE PEDRO

I

Para un hombre, el ser basura de Dios, el ser su esclavo, el ser su estropajo, es ya sobrado honor y sobrada felicidad. Pero si a Dios se le ocurre otra cosa, si la generosidad de su Corazón sobrepasa a cuanto podemos imaginar de El, y si Jesús quiere sorprendernos llamándonos amigos (Juan XV, 15), y si el Padre quiere hacernos sus hijos (I Juan III, 1) y hermanos de su Hijo (Rom. VIII, 29), ¡cuidado con que una falsa humildad nos haga rechazar el Don de Dios e insistir en nuestra opinión de que hemos de seguir siendo esclavos! (Rom. VIII, 15).

El tener en principio esta opinión es ciertamente bueno, porque ella es exacta desde nuestro punto de vista. ¿Qué otra cosa, sino basura y nada, podremos sentirnos nosotros, frente a nuestro Creador, infinito en la sabiduría, en el poder y en la santidad? Es este un punto de partida indispensable para que el hombre se niegue a sí mismo, es decir, deje de confiar en la virtud propia como si ésta fuese suficiente para salvarnos. Es este el punto de partida, pero no es todo, según lo veremos más adelante.

San Pedro —o mejor Pedro, antes de ser el santo-, reaccionó muchas veces según esa opinión primaria y puramente *humana* de la humildad. De ahí que Cristo lo tomase como campo de experimentación, para darnos, a costa de su apóstol, rectificaciones fundamentales. Decimos a costa de él, por las muchas veces que tuvo que avergonzarse de sus errores aunque de ellos había de sacar su gran provecho.

II

Cuando Pedro descubre que Jesús ha hecho el portento de la primera pesca milagrosa, una reacción honrada de su sinceridad le hace exclamar: “Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador” (Luc. V, 8). Porque estaban, dice el Evangelista, llenos de estupor. Pero Jesús lo tranquilizó como a los demás, con aquella palabra tan suya: “No temáis”; y aún le agregó que desde ese momento se elevaría de pescador de barca a pescador de hombres. Y entonces Pedro *ya no insistió* en aquel temor inicial, que lógicamente lo habría llevado al mayor de los males, esto es, a apartarse de Jesucristo, como sucedió a los gerasenos, cuando le rogaron a

El... que se retirase de entre ellos (!) “porque estaban poseídos de un gran temor” (Luc. VIII, 37).

Otra vez, y otras muchas, se repite en Pedro esa reacción nacida de un sentimiento que podía parecer plausible desde un punto de vista puramente humano, y siempre recibe de Jesús la lección correspondiente: cuando quiere oponerse a que el Maestro sufra su Pasión, merece que El le llame nada menos que Satanás y que entonces sea El quien le diga “Apártate de Mí, que me eres un tropiezo porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres” (Mat. XVI, 21-23); y eso que Pedro acababa de confesar expresamente que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mat. XVI, 16). Es que en aquel maravilloso reproche Jesús quiere enseñarnos, con un vigor insuperable, **que no le interesa nuestra compasión hacia su Persona, sino nuestra adhesión a su causa**, es decir, a los designios de su Padre, cuya empresa, misericordiosa de redención se habría malogrado si triunfaba la compasión de Pedro. **Por donde vemos cómo Satanás disfraza siempre de piedad sus intentos malditos.** El que no medita el Evangelio nunca entenderá estas cosas, ni podrá comprender por qué el espíritu de los fariseos, honorables y ritualistas, es más odioso y repulsivo para Cristo que los más grandes pecados, como el de la adúltera.

Lo mismo sucede cuando Pedro pretende defender al Señor cortando la oreja a Malco (Juan XVIII, 10-11). Y más que nunca se ve confundido ese pobre amor humano del Apóstol cuando pretende que ha de dar su vida por Cristo... ¡y recibe la profecía de sus tres negaciones!

Pero hay una escena especialmente aleccionadora para el tema que estamos estudiando, y es la del *Lavatorio* de los pies de los Apóstoles, hecho por el Señor antes de entregarse a la muerte. La reacción de Pedro es siempre la misma: “¿Tú lavarme a mí los pies? ¡No será jamás!”. Y aquí es cuando Jesús le da la lección definitiva: “Si Yo no te lavo, no tendrás nada de común conmigo”. Pedro se entrega entonces, aceptando que el Señor lo lavase, aun todo entero (Juan XIII, 8 ss.).

Sin embargo, él no había de comprender esta lección hasta después de recibir el Espíritu Santo (en Pentecostés), y la prueba es que después de esto vinieron el abandono de Getsemaní (Mat. XXVI, 56), y las negaciones y la ausencia del Calvario. Por eso el Señor le dijo: "Lo que Yo hago, (al descender hasta lavarte los pies), no lo entiendes ahora. Pero lo sabrás después" (Juan XIII, 7). Pedro llegó a saberlo solamente cuando la efusión

del divino Espíritu, derramando en él la caridad sobrenatural (Rom. III, 5), le hizo comprender que esa caridad de Dios para con nosotros llega infinitamente más lejos de cuanto somos capaces de interés con ese nuestro corazón carnal que tan falazmente le había hecho alardear de generoso. Sólo entonces se operó en Pedro esa "conversión" que Jesús le había anunciado como condición previa para conferirle el Magisterio, cuando le dijo: "Tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos (Luc. XXII, 32).

III

Esto nos muestra cuán difícil es al hombre aceptar ese "escándalo" del excesivo amor con que Dios nos amó. Creer en un Dios justo es cosa razonable. Pero creer en un Padre capaz de empeñarse en darnos su Hijo, tan sólo porque nos amó; creer en un Hijo capaz de entregarse con gozo a la muerte más espantosa y vil, tan sólo porque nos amaba: creer en un Espíritu Santo capaz de regalarnos la santidad, tan sólo porque nos ama, *eso es la cosa más difícil para el hombre*. Y, como vemos, no es que sea difícil a la *humanidad*, sino a la falsa humildad, es decir a la soberbia, a la suficiencia del hombre, que no quiere ser niño aunque así lo manda Cristo como condición *indispensable* para entrar en su Reino (Mat. XVIII, 3-4).

Por eso anunció El mismo que su Cruz sería un gran escándalo y que todos serían escandalizados por El. Y sin embargo, no tenemos más remedio que aceptar ese exceso de felicidad nuestra, y creer en este exceso de misericordia de Dios, so pena de vernos apartados de El para siempre.

Digamos, en abono del buen Pedro, que él tuvo, en medio de tantas fallas de orden sobrenatural, un deseo grande de estar con Cristo glorioso, como lo demostró en el Tabor; y un instinto de que sin Cristo todo estaba perdido, como lo demostró ante otro escándalo análogo al de la Cruz: cuando otros querían abandonar al Maestro a causa del excesivo amor con que El quiso hacerse comida en la Eucaristía. Pedro fué entonces el que le dijo, como un niño: "¿A quién iríamos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna" (Juan VI, 69).

No hay nada tan edificante como las fallas de los santos, porque esto nos muestra que nosotros podemos igualarlos y aún superarlos con ser, no más fuertes, sino al contrario, más niños que ellos. Agradecemos al gran San Pedro las lecciones eternas que Dios nos dio por medio de él, y honrémosle admirando y aprovechando en sus dos cartas y en sus

discursos del Libro de los Hechos la sublimidad del lenguaje con que, inspirado por el Espíritu Santo, nos habla -ya sin sorpresa-, del amor de Aquel que según su gran misericordia "nos regeneró en la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (I Pedro I, 3), y nos anuncia "un júbilo inenarrable y colmado de gloria para el día de la venida manifiesta de Jesucristo" (I Pedro I, 7-8).

[*Regresar al Índice*](#)

LA SABIDURIA CONSIDERADA COMO SERENIDAD

I

La sabiduría que imploró Salomón se sintetiza en el *"saber que ella trabaja con nosotros a fin de que sepamos lo que a Dios agrada"* (Sab. IX, 10). Al iniciar nuestro empeño por buscarla, nos consuela el saber de antemano que la conseguiremos, porque *"el que la necesita no tiene más que pedirla a Aquel que da copiosamente, sin zaherir a nadie"* (Sant. I, 5). Porque *"todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá"* (Luc. XI, 10).

Más aún, la sabiduría *"se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoseles ella misma delante"*. Por tanto, quien la buscare *"no tendrá que fatigarse, pues la hallará sentada en su misma puerta"* (Sab. VI, 14-15). Y esto es porque el Divino Padre, que es bueno, *"dará el buen espíritu a quien se lo pida"*, así como nosotros, *"que somos malos, sabemos dar cosas buenas a nuestros hijos, y no les damos una piedra cuando nos piden un pan"* (Luc. XI, 11-13).

Por donde se ve que *el desear la sabiduría es ya la seguridad de alcanzarla*, y esto lo expone la Biblia en forma de sorites, en un pasaje maravilloso que es quizá la única argumentación silogística en el Antiguo Testamento (más marcadamente que en Rom. V, 2-5 y I Ped. I, 5-7) y que denuncia la procedencia alejandrina del autor del Libro de la Sabiduría.

Dice éste, en efecto: *"El principio de la sabiduría es el muy sincero deseo de instrucción; la premura de instrucción, es amor; el amor es ya guardar sus leyes; la atención prestada a esas leyes, es signo de incorrupción; la incorrupción (inmortalidad) da un lugar junto a Dios. Luego, el deseo de la sabiduría conduce al Reino eterno"* (Sab. VI, 17-20).

II

Vemos, pues, que el desear la sabiduría es ya el comienzo de la misma. Y hay más: *"No pudiendo obtenerse sino como un don, es ya señal de sabiduría el saber de quién viene tal gracia"* (Sab. VIII, 21). Y aquí hemos de señalar una característica que hemos expuesto en la Introducción al Libro de los Proverbios, donde decíamos: *"Casi todos los pueblos antiguos han tenido su sabiduría, distinta de la ciencia, y síntesis de la experiencia que*

enseña a vivir con provecho para ser feliz. Aún hoy se escriben tratados sobre el secreto de triunfar en la vida, del éxito en los negocios, etc. Son sabidurías psicológicas, humanistas, y como tales, harto falibles. La sabiduría de Israel es toda divina, es decir revelada, por Dios, lo cual implica no sólo la infalibilidad, sino mucho más. Porque no es ya sólo dar fórmulas verdaderas en sí mismas, que pueden hacer del hombre el autor de su propia felicidad, a la manera estoica; sino que es como decir: **Si tú me crees y te atienes a mis palabras, Yo tu Dios, que soy también tu amantísimo Padre, me obligo a hacerte feliz, comprometiendo en ello toda mi omnipotencia".**

Esto decíamos para señalar el carácter y el valor eminentemente religioso de los Proverbios, aún cuando ellos no tratan de la vida futura sino de la presente, ni hablan de premios o sanciones eternos sino temporales. Cuánto más no ha de aplicarse tal visión cuando se estudia la sapiencia según el Libro de la Sabiduría, donde se la presenta, no ya como virtud de orden práctico que desciende al detalle de los problemas temporales, ni tampoco —según hace el Eclesiastés—, como un concepto general y antihumanista de la vida en sí misma, sino como una sabiduría toda espiritual y sobrenatural, verdadero secreto revelado por Dios.

Esa sabiduría es tal que *“juntamente con ella nos vienen todos los bienes, y recibimos por su medio innumerables riquezas”* (Sab. VII, 11). Y por ella nos vienen también "las grandes virtudes, por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza, que son las cosas más útiles a los hombres en esta vida (Sab. VIII, 7).

Resulta, pues, evidente que conocer el modo de llegar a la sabiduría, es tener la receta infalible para librarnos de toda imperfección que pueda hacernos olvidar lo que agrada al Padre y alejarnos de la perfecta unión con El, la cual se mantiene conservando la paz. Esa es la paz que Jesús deseaba y comunicaba, al saludar a todos invariablemente con la fórmula hebrea: *"La paz sea con vosotros"*, o *"La paz sea en esta casa"*; o al empezar el mayor de sus discursos (Juan 14, 1 s.) diciendo a los suyos: *"No se turbe vuestro corazón"*.

Esa paz prometió Cristo como un don genuinamente suyo y procedente de El, pues que El se presentó como la Sabiduría encarnada: *"La paz os dejo, mi paz os doy... Que vuestro corazón no se turbe ni tema"* (Juan XIV, 27).

Así se manifiesta que Jesús consideraba la paz como de una importancia espiritual absolutamente básica, condición previa para todo lo demás. El, que no vino a destruir el Antiguo Testamento sino a confirmarlo y perfeccionarlo, acentuaba así la norma que los Proverbios nos dejaron como suma enseñanza: *"sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él manan las fuentes de la vida"* (Prov. IV, 23).

III

Para mejor apreciar el valor de la sabiduría, conviene presentarla en claroscuro o contraste con la ordinaria condición de los mortales, que el hijo de Sirac en el divino libro del "Eclesiástico" nos señala con estas palabras: *"Una molestia grande es innata a todos los hombres y un pesado yugo abrumba a los hijos de Adán, desde el día en que salen del vientre materno, hasta el día de su entierro en el seno común de la madre"* (Ecli. XL, 1).

El *miedo* es la característica de ese estado de naturaleza caída en que nos encontramos normalmente. No se trata del miedo excepcional, característico de la mala conciencia que, como dice Moisés, huye sin que nadie persiga (Lev. XXVI, 17), y, como dice David, tiembla de terror donde no hay motivo (Salmo LII, 6). Se trata del miedo en su acepción más lata, y de él poseemos una definición admirable que nos da el Sabio del Antiguo Testamento.

El Libro de la Sabiduría, según la Vulgata, nos, dice que "no es otra cosa el miedo sino el pensar que está uno destituido de todo auxilio" (Sab. XVII, 17). El texto griego (v. 12) define el miedo como "el abandono de los recursos que nos daría la reflexión", cosa que, según sabemos, puede llegar hasta el terror pánico que casi enloquece.

En contraste con tal situación de ánimo, el Salmista nos muestra, como propia del sabio, esta característica: "No temblará las malas noticias". Y agrega que su corazón es incommovible y no temerá ante sus enemigos, antes bien los despreciará hasta que los vea abatidos (Salmo CXI, 7-8).

¿Es esto el valor estoico? No, pues no se funda en la propia suficiencia, siempre hartamente falible, sino en la seguridad de una indefectible protección. El miedo es, pues, contra la fe, esa fe de la cual sabemos que es la vida del

justo, como expresa el Apóstol de los gentiles en la Epístola a los Romanos (I, 17).

IV

Otro aspecto de la sabiduría considerada como serenidad, estriba en su carácter *universalista* (podría decirse totalista), que no se altera, de alegría ni de tristeza, por acontecimientos cuyo interés sólo es parcial. Su aspiración no tiene límites, busca lo supremo porque vive en lo absoluto.

Así, pues, cuando las propias obras parecen prosperar, ella no se entrega a la complacencia, según suele hacerlo el hombre natural, en tanto sufre la humanidad entera. Ni tampoco se aflige demasiado al ver que desborda lo que San Pablo llamó "el misterio de iniquidad" (II Tes. II, 7), por lo mismo que lo tiene ya previsto según las profecías.

A este respecto, el Salmo XXXVI de David ofrece una gran luz, que se aclara aún más si consultamos el original hebreo. En efecto se nos exhorta a no envidiar a los que obran la iniquidad, aunque nos parezca que los vemos triunfar, porque pronto se marchitarán y secarán como el heno. El texto hebreo precisa más el concepto, diciendo: "No te acalores a causa de los malos". Y lo mismo más adelante (v. 8), en lugar de: "No quieras ser émulo en hacer el mal", el hebreo dice: "No te irrites, pues sería para mal". De ahí que S. Isidro de Sevilla recomiende la lectura y meditación de este Salmo como medicina contra las murmuraciones y contra las inquietudes del alma.

Vemos, pues, que aún la santa indignación que nos lleva a alarmarnos ante la maldad triunfante, es atemperada por la sabiduría.

Muchos otros Salmos, p. ej. el XLVIII, y especialmente el LXXII explican igualmente el problema del mal que se impone y de la prosperidad que suele gozar el malvado, para enseñarnos a no turbarnos y a no temer. Por lo que hace a esta actitud valiente del sabio frente al mal, y aún a la persecución propia, pueden verse muchas otras sentencias —cuya exposición aquí nos llevaría muy lejos,— en los Salmos III, 7; XXII, 4; XXVI, 1; LV, 5; CXVII, 6; Mat. X, 28; Rom. VIII, 31, etc.

V

Pero hay todavía otra enseñanza muy profunda de la Sabiduría, para utilidad de todo hombre deseoso de cumplir esa misión que a todos nos alcanza, de difundir la verdad y el bien entre sus semejantes. Hallamos esa lección en la fórmula lapidaria de San Lucas: "*Semen est verbum Dei*": *la Palabra de Dios es semilla*.

Quiere decir que el sembrador ha de contentarse con dejar caer la semilla. ¿Quién pensaría en golpear la tierra para apresurar la germinación? La vida en germen, la planta, no está en la tierra, sino en el grano, y de ahí el valor inmenso de la palabra, valor que depende de su calidad. Pero la tierra no puede ser forzada, y si ella no es propicia, en vano pretenderíamos cosechar.

Se revela aquí otro aspecto interesante y eminentemente práctico de la sabiduría considerada como serenidad, porque aquí ella nos dice que, aún en la materia más importante, como es el celo por la verdad, no hemos de querer hacer *violencia*. Cuando los fariseos se escandalizan de su desnuda sinceridad, Jesús, lejos de discutir con ellos, dice a los suyos: "Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos" (Mat. XV, 14). Y cuando El envía sus discípulos a evangelizar "como corderos entre lobos", y, les anuncia la persecución como un sello de autenticidad, no les manda imponerse, ni discutir, sino al contrario: "Si no os reciben y no escuchan vuestras palabras, salíos de aquella casa y de aquella ciudad, sacudiendo el polvo de vuestros pies" (Mateo X, 14).

VI

Agreguemos, para terminar, un capítulo más íntimo. El que se refiere a la *felicidad interna*, cuya perennidad nos garantiza la Sabiduría.

Empieza por la paz incommovible de la conciencia, y nos dice: "*Si ves que has sido fiel, don de Dios es esa fidelidad que te llena de gozo. No te gloríes*". "*Después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado (por Dios), habéis de decir: "siervos inútiles somos"* (Luc. XVII, 10).

Si ves que has sido infiel, y estás de ello pesaroso, también es don de Dios esa contrición que te pone tan cerca de El como cuando eras fiel, porque el corazón contrito es el sacrificio grato a Dios (Salmo L). Lo es por

razón de amor paternal, pues El sabe esa gran paradoja de que ama menos aquél a quien menos se le perdona" (Luc. VII, 47).

Sapientia sapida scientia, dice S. Bernardo, esto es: la sabiduría es ciencia sabrosa, que entraña a un tiempo el *saber* y el *sabor*. Es decir que probarla es adoptarla pero también que nadie la querrá mientras no la guste; porque ni puede amarse lo que no se conoce, ni tampoco se puede dejar de amar aquello que se conoce como soberanamente amable.

Hay, pues, que buscarla, porque, "si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos da copiosamente sin zaherir a nadie" (Sant. I, 5). Más aún, la sabiduría, "se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoseles ella misma delante". Por lo tanto, quien la buscare, "no tendrá que fatigarse, pues la hallará sentada en su misma puerta" (Sab. VI, 14-15). Y esto es porque el Divino Padre, que es bueno, dará el buen espíritu a quien se lo pida (Luc. XI, 15).

[Regresar al Índice](#)

BIENAVENTURADO EL RICO...

(Ecli. XXXI, 8)

I

"Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa, y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros" (Ecli. XXXI, 8). Es éste el único caso en que la Sagrada Escritura elogia al *rico*. Y lo explica en seguida: *"porque fué probado por medio del oro y hallado perfecto por lo que reportará gloria eterna; podía pecar y no pecó, hacer mal y no lo hizo"* (Ecli. XXXI, 10). Un caso raro, pero no imposible. Una excepción entre los ricos; pues casi todos sucumben a los halagos del oro.

La Epístola del Común de Confesores que cita este texto dice: *Bienaventurado el hombre*, en lugar de: bienaventurado el rico. Sin embargo, solamente en su forma original se comprende el verdadero sentido del "podía pecar y no pecó", y las alabanzas del Eclesiástico.

De la misma manera es elogiado en la Escritura el patrón, el patrón justo y misericordioso de las parábolas del Evangelio, y una vez un patrón humilde, que se ciñe y sirve a sus siervos (Luc. XII, 37). Ese patrón es figura de Cristo, que de esta manera nos revela uno de los abismales secretos de su humildad redentora. Se refiere que en una casa de insanos se quería saber quién fuese el más demente de todos, y le dieron la palma a uno que declaró estar esperando al rey para que le limpiase los zapatos. Pero mucho más lejos llega, según vemos, la humildad divina en la parábola que acabamos de citar. Y cuidado con querer rechazarla, porque ello sería falsa humildad, como la de Pedro en el lavatorio de los pies (Juan XIII, 8 ss). Jesús tiene derecho a que le creamos esta verdad inaudita que anuncia en la parábola, porque ya nos dijo que El es nuestro sirviente (Luc. XXII, 27), y que no vino para ser servido, sino para servir (Mat. XX, 28).

En el contexto de estos pasajes, Jesús revela ampliamente la superioridad del que sirve sobre el que es servido. ¡Qué luz para el problema social moderno! ¡Jesús obrero, pero no ya sólo como trabajador del músculo, ni como miembro de un gremio, sino como *servidor de todos*! Y por eso nos dice que entre nosotros el primero servirá a los demás (Mat. XX, 26 s; Luc. XXII, 26). En esto estriba sin duda el gran misterio escondido en la Escritura que dice: "el mayor servirá al menor" (Gén. XXV, 23; Rom. IX, 12).

II

Por otra parte, la Sagrada Escritura nos recuerda muchos ejemplos de *apego pecaminoso a los bienes materiales* y nos hace ver sus horrorosas consecuencias. El primer ejemplo es el de la mujer de Lot, la cual Jesucristo alude con las palabras: "Acordaos de la mujer de Lot" (Luc. XVII, 32). Si ella, como dice la Biblia (Gén. XIX, 26), se convirtió en estatua (el hebreo dice columna) de sal, no fué por causa de curiosidad, sino por su apego a la ciudad maldita. En vez de mirar contenta hacia el nuevo destino que la bondad de Dios le deparaba y agradecer gozosa el privilegio de huir de Sodoma castigada por sus iniquidades, volvió a ella los ojos con añoranza, mostrando la verdad de la palabra de Jesús: "Donde está tu tesoro, allí está tu corazón" (Mat. VI, 21). **La mujer deseaba a Sodoma, y Dios le dio lo que deseaba, convirtiéndola en un pedazo de la misma ciudad que se había vuelto un mar de sal, el Mar Muerto.**

Con el mismo criterio dice Jesús de los que buscan el aplauso del mundo: "Ya tuvieron su paga" (Mat. VI, 2, 5 y 16). Y al rico Epulón: "Ya tuviste tus bienes" (Luc. XVI, 25). Es decir, tuvieron lo que deseaban y no desearon otra cosa; luego no tienen otra cosa que esperar, pues Dios da a los que desean, a los hambrientos, según dice la Virgen, en tanto que a los hartos deja vacíos (Luc. I, 53; cfr. S. LXXX, 11).

De igual modo prefiere El a los humildes. Por eso nos advierte que le esperemos ceñidos (Luc. XII, 35 ss), es decir, listos para emprender el viaje, sin lamentar esta Sodoma del mundo (que dejaremos en ruinas cuando El venga), ni pensar en recoger lo que hayamos dejado en casa (Luc. XVII, 31), pues eso demostraría que queremos mezclar los míseros afectos terrenales con el bien infinito con que El nos colmará de felicidad para siempre. Ambas cosas no pueden mezclarse en nuestro corazón.

Por eso añade Jesús que el que entonces quiera conservar esta vida la perderá (Luc. XVII, 33), y nos previene que nos defendamos "a nosotros mismos" contra lo que puede cargar nuestros corazones con los cuidados de esta vida (Luc. XXI, 34), ya que ese día nos sorprenderá "como una red" (Luc. XXI, 35: I Tes. V, 2-11), hallándonos, como a las vírgenes necias, sin el aceite siempre renovado de la esperanza cristiana (Mat. XXV, 1 ss).

Bien hacemos, pues, en amar la pobreza y dejar las riquezas, el lujo, las necesidades ficticias, y todo lo que sea inútil o innecesario. Todas esas cosas se transforman poco a poco en ídolos (cf. Ef. V, 5), es decir, en rivales de Dios, por cuanto tienden a atraer hacia ellos nuestro corazón.

III

La *pobreza* es la virtud predilecta de Jesús y la primera de las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña: “Bienaventurados los pobres en espíritu”. (Mat. V, 5), es decir, aquellos que se desprenden interiormente de los bienes materiales y los usan como si fuesen solamente administradores de Dios, el que es dueño de todo. Es lo que dice el Eclesiástico: pueden pecar y no pecan, hacer mal por medio del dinero, y no lo hacen; son probados por el oro.

La pobreza es el distintivo de Jesús y de sus discípulos. Solamente de uno de ellos sabemos que no despreciaba el dinero, y éste fue el traidor. Vivían de la providencia, como los pajarillos y con todo no perdían la alegría del corazón. Pablo, el pobre, que trabajaba de día como tejedor y predicaba de noche, ganó para el Evangelio un mundo entero; Pablo, rico y soberbio doctor de la ley, no hubiera convertido siquiera a su mucamo. Francisco, el rico hijo del importador Bernardone, fué una carga para su propio padre; Francisco, el “poverello”, alejó de la Iglesia los más graves peligros.

Por eso el cielo pertenece a los pobres en espíritu, a los cuales Jesús promete el Reino. De ahí que Él mismo predicara a los pobres (Mat. XI, 5; Luc. VII, 22) el año favorable o de la reconciliación, que señala en Luc. IV, 18 s, citando a Is. LXI, 1. A continuación (Is. LXI, 2) el profeta vaticinó el día de la venganza, en que los pobres verán el triunfo. No es otro el cuadro que la Virgen describe en el Magnificat (Luc. I, 51 ss). Según Santiago “Dios ha escogido a los que son pobres para el mundo (a fin de hacerlos) ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido a los que le aman” (Sant. II, 5).

No es otra la enseñanza de los Padres. Todos ellos alaban la pobreza y la practican, y la toman como característica del cristianismo auténtico, en tanto que para los paganos la pobreza era una cosa odiosa.

“Ser pobre, dice Minucio Félix, no es una infamia, sino una gloria. El que nada codicia, no es pobre: es rico en Dios”. San Juan Crisóstomo predica a

los ricos: "¡Qué locura, colocar vuestras riquezas en donde no habéis de vivir, y no colocarlas en donde habéis de ir para siempre! Colocad vuestros tesoros en vuestra patria, que es el Cielo". "El que no tiene nada en la tierra, dice San Cipriano, es rico en el cielo; es un ser celestial, angélico y divino. De lo alto del cielo, los bienaventurados ángeles miran con desdén este pequeño punto que se llama tierra, sus bienes y sus riquezas, y les causa risa; porque es propio de un alma grande y generosa no admirar más que a Dios".

Entonces, ¿cuál es la suerte de los ricos? ¿Son ellos los marcados para el fuego eterno? No, por cierto. Se salvará el rico que pudiendo pecar no peca y pudiendo hacer mal no lo hace (Ecli. XXXI, 10) o sea, el rico que es pobre en espíritu (Mat. V, 3) y no apega su corazón a los bienes de este mundo. A la inversa, no todos los que hacen alarde de su pobreza, son pobres en espíritu. Hay una pobreza ficticia que es tal vez peor que el amor a las riquezas. Vivir cómodamente y llamarse pobre es una contradicción en sí mismo.

Para ser pobre en espíritu ayuda mucho la reflexión de que no somos dueños de nuestros bienes, sino administradores de lo ajeno, que felizmente podemos aprovechar para ganar ventajas por medio de la limosna, conforme a lo que dice Jesús en Luc. XVI, 9: "Granjeaos amigos (en el cielo) por medio de la inicua riqueza, para que, cuando ella falte, os reciban en las moradas eternas".

[*Regresar al Índice*](#)

ASPIRAD AL AMOR

(I Cor. XIV, 1)

I

Una parábola oriental refiere que un padre de familia que tenía dos hijos gravemente enfermos, trajo de lejos un bálsamo que devolvió a los dos la salud perdida. Uno de ellos no cesaba de elogiar la eficacia del remedio, en tanto que el otro pensaba en la bondad de su padre que lo había traído. El padre conoció que esa diferencia entre ambos espíritus era Cuestión de amor (en el segundo) y desamor (en el primero). Entonces les descubrió que el bálsamo no era nada en sí mismo, sino agua pura, en la cual él había dejado caer una lágrima de su amor paterno dolorido por el mal de los hijos. La eficacia, que parecía propia del bálsamo, no era sino la fuerza de ese amor.

Precioso ejemplo, lleno de sentido sobrenatural, que nos enseña a no admirar ni amar creatura alguna, sino a glorificar en ellas *la bondad del Padre, "en alabanza de la gloria de su gracia, por la cual nos hizo agradables a sus ojos en su amado Hijo"* (Ef. I, 6). Dios nos da algo más que objetos perecederos. El ama con todo su Ser, que es el amor mismo. De ahí que "mandó" su propia Palabra (Verbo) para sanarnos (Sal. CIV, 20). De ahí que nos da, para santificarnos y movernos, su propio Espíritu (Rom. V, 5; VIII, 12). Véase Amós VIII, 11 s.; Sal. CIII, 29 s.

Para comprender esto, hay que conocer el corazón de aquel Padre admirable "de quien toma su nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef. III, 15). Santo Tomás piensa que El se llamaría Padre aun cuando no tuviera Hijo, pues la paternidad es tan propia de Él como el amor. Por eso Jesús reserva para Él el título de Padre, y nos pide que no llamemos padre a ninguno sobre la tierra, "porque uno solo es vuestro Padre" (Mat. XXIII, 9).

La única oración que Cristo enseñó a sus discípulos empieza con el dulce nombre de Padre y es desde la primera hasta la última petición el más sublime canto de alabanza al "Padre nuestro" en los cielos que nos ama y conoce nuestras necesidades.

San Pablo continúa este canto en las “salutaciones” y “doxologías”, que resuenan como eco de coros angélicos. Oigamos cómo comienza su segunda Epístola a los Corintios: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios” (II Cor. I, 3-4).

Y no solamente el consuelo en las tribulaciones viene de este Padre amabilísimo, sino también esa *misericordia* que le conmueve a compadecerse de nuestras culpas y caídas, pues El sabe de qué estamos formados; recuerda que somos polvo (Sal. CII, 14). El que cree de veras en la paternidad misericordiosa de Dios, vivirá en una amistad íntima y amorosa con Él, la cual no puede ser interrumpida por nuestras miserias. Al contrario, cuanto más débil es nuestra naturaleza, tanto mayor es su ternura y bondad. Por eso Cristo no vino a buscar justos sino pecadores (Luc. V, 52).

Ya en el Antiguo Testamento encontramos retratado el corazón paternal de Dios en las palabras del Salmista. “*Como un Padre que se apiada de sus hijos, así, el Señor se compadece de los que le temen*” (Sal. CII, 13). Pero tan sólo en el Nuevo Testamento este retrato de Dios asume toda su plenitud en la revelación de Jesucristo, quien nos da la total explicación del misterio de la paternidad divina, que no procede de la simple creación, como en todos los demás seres, sino de la regeneración que el Espíritu realiza en nosotros por la gracia en virtud de los méritos de Jesucristo (Juan I, 12; Gál. IV, 4-7; Ef. I, 5; Col. II, 12; Juan III, 9).

II

Al amor paternal de Dios ha de corresponder el *amor filial nuestro*. Tener amor filial a Dios es empezar a creer en esas excelencias de su corazón amoroso, para no seguir mirándolo como a un implacable señor a quien se obedece sólo por miedo. Debemos considerarle como el sumo bien deseable, lo cual nos hace correr hacia El “como el ciervo a la fuente” (Sal. XLI, 2), como el hijo pródigo de la parábola a la casa paterna (Luc. XV, 11 ss).

Jesús enseñó esto con claridad definitiva cuando dijo aquellas palabras (que suelen mirarse, confesémoslo, como cosa de perogrullo, según se hace

con tantas otras de su adorable sabiduría): "Donde está tu tesoro, está tu corazón" (Mat. VI, 21), o sea, que en vano pretenderás seguir a algo o a alguien si antes no lo amas y lo deseas por estar convencido de que en ello está tu felicidad.

El Señor vuelve a confirmarlo cuando dice a San Judas Tadeo que quien lo ama guardará sus palabras, y quien no lo ama no las guardará (Juan XIV, 25 s). Y ya sabemos que guardarlas, o conservarlas, es el camino para cumplirlas, según lo enseña el Espíritu Santo por boca de David, diciendo: "Guardé tus palabras en mi corazón para no pecar contra Tí" (Sal. CXVIII, 11).

Sin amor a Dios se congela la vida sobrenatural y se marchita el amor filial, como una flor sin agua. El hombre sin amor es una máquina sin aceite, un reloj sin resorte, un cadáver viviente. El que no ama a Dios, ni siquiera lo conoce, puesto que Dios es amor (I Juan IV, 8), y negándole el amor muestra que tiene un falso concepto de Dios, pues no lo reconoce como Padre; lo considera como tirano, a quien se debe servir porque no hay más remedio; y así se le apagan los afectos de hijo, sin los cuales no hay vida cristiana.

El que no ama, no es capaz de cumplir la Ley de Dios, en tanto que "del amor a Dios brota de por sí la obediencia a su divina voluntad (Mat. VII, 21; XII, 50; Marc. III, 35; Luc. VIII, 21), la confianza en su providencia (Mat. VI, 25-34; X, 29-53; Luc. XII, 4-12 y 22-34; XVIII, 1-8), la oración devota (Mat. VI, 7-8; VII, 7-12; Marc. XI, 24; Luc. XI, 1-15; Juan XVI, 23-24) y el respeto a la casa de Dios (Mat. XXI, 12-17; Juan II, 16)" (Lesétre).

III

¿Cómo se manifiesta el amor a Dios? Para ello Jesús nos ha dado algunas señales, que son a la vez pruebas de su pedagogía divina. Al anunciar a sus discípulos el mandamiento del amor fraternal les dice: "*En esta reconocerán todos que sois discípulos míos, si tenéis amor unos para otros*" (Juan XIII, 53). Y para que nadie se atreva a ver en el amor al prójimo un simple precepto, le da carácter excepcional, llamándolo "nuevo" (Juan XIII, 34), diríamos inaudito, y combinándolo, en el "gran mandamiento", con el amor a Dios: "Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el mayor y primer mandamiento. El

segundo le es igual: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas". (Mat. XXII, 37-40).

Este *doble Mandamiento*, de la caridad, en el cual están resumidos todos los demás, debería estar grabado en todas las paredes y escrito al comienzo y final de todos los libros. La fusión de los dos grandes amores en uno es tan audaz, tan divino, que ninguno de los sabios paganos pudo imaginarla y mucho menos enseñarla. Pero lo más divino es la vinculación de los dos amores a un amor tercero, que es el más natural, el *amor propio*. Amarás a tu prójimo como a tí mismo, y amando al prójimo como a ti mismo mostrarás tu amor a Dios. En esta unión vital de los tres grandes amores, tomando el amor de sí mismo como medida del amor al prójimo, y éste como prueba del amor al Padre, Jesús nos trazó no solamente una nueva doctrina, sino un nuevo mundo.

Lástima que el *gran Mandamiento* de la caridad haya encontrado tan pocos cumplidores. Y es cada vez más difícil plantarlo en los corazones. Explicarlo al mundo moderno, desgarrado por egoísmos particulares y colectivos, es como predicar ante los mentecatos de un manicomio. La humanidad de hoy parece continuar por su conducta el dicho de aquel escritor que narra **haber visto cómo se enterraba la caridad y nadie lloraba**.

Felizmente resulta que no es imposible reprimir nuestra natural maldad y egoísmo, pero esto no es obra de nuestro esfuerzo, sino, como todo lo bueno, fruto de la gracia que Dios nos dispensa gratuitamente. Apenas dejamos nacer en nuestro corazón la más pequeña flor de un buen deseo, entonces es el mismo Dios quien se pone a obrar, enviando a nuestra alma su Espíritu Santo y haciendo en nosotros grandes cosas, como dice la Virgen en el Magnificat. Y es El, entonces, quien nos da "*el querer y el hacer*" (Filip. II, 13); es Él quien nos prepara las obras para que las hagamos (Ef. II, 10); es Él quien nos consuela para que podamos consolar a los demás (II Cor. I, 4); es también El quien nos da con abundancia para que puedan abundar nuestras buenas obras (II Cor. IX, 10), y quien, además, completa nuestras obras (Sab. X, 10) para que sean perfectas a sus ojos.

Lo malo consiste no solamente en esto que nosotros nos creamos incapaces de cumplir la Ley de caridad, sino que el mal más grande es la propia suficiencia, que se atribuye a sí mismo lo que es obra de Dios. El

más austero ascetismo no alcanza a suplir la caridad, la cual es "el vínculo de la perfección" (Col. III, 14).

[*Regresar al Índice*](#)

COMPASION

I

Cuando vemos en el teatro un drama triste, lloramos con el personaje que aparece sufriendo, y sin embargo sabemos muy bien que todo no es más que ficción. Esto nos muestra que esa compasión no es una espiritualidad, sino que reside en el sentido externo de la imaginación. La contraprueba sobre el valor de tales sentimientos está en que al poco rato ya no nos acordamos de esas lágrimas.

San Pedro es un ejemplo elocuente a costa de cuyos fracasos podemos aprender mucho, como se ha mostrado en el artículo titulado "El caso de Pedro". La *compasión sentimental* del apóstol es la que lo lleva a querer oponerse a la Pasión redentora de Cristo. Y este sentimiento, que los hombres hallarían nobilísimo, es lo que despierta en Jesús la más ruda de sus repulsas: "*Apártate de mí, Satanás. Me sirves de tropiezo, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres*" (Mat. XVI, 25). Y esa misma compasión, que tan hermosa parece, es la que lleva al mismo Pedro a jurar que morirá por su Maestro, y... a negado pocas horas después, delante de una sirvienta inofensiva, es, decir, cuando ni siquiera corría peligro su vida con decir la verdad.

Aquella tremenda sentencia de Cristo, tan humillante para nosotros, según la cual lo que es sublime para los hombres, es despreciable para Dios (Luc. XVI, 15), se ve cumplida en la repugnancia que nos cuesta admitir esta tesis cristiana sobre la *falacia de nuestra compasión*. Porque nos gustaría soberanamente decir que compadecemos mucho a Cristo en sus dolores, y de ello resultaría una agradable conclusión sobre la nobleza de que es capaz el corazón humano. Pero Dios nos enseña que no tenemos motivo para gloriarnos de tal nobleza, porque "no somos suficientes por nosotros mismos para concebir algún pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios" (II Cor. III, 5).

II

La prueba de los ejemplos evangélicos es definitiva. Junto a la Cruz de Jesús brillaban por su ausencia los Apóstoles, discípulos y amigos que tanto lo habían seguido. Y María "stabat", es decir, estaba de pie allí y no desfallecía, ni se dice que antes ni después haya vertido una sola lágrima.

¿Qué había de verterla, si ella, en su corazón, era el altar donde se consumaba la inmolación de su Hijo como acto supremo de la caridad de un Dios Padre y de un Dios Hijo hecho hombre? Y así como el Padre no tuvo esa clase de compasión, y “no perdonó a su Unigénito; sino que lo entregó a nosotros” (Rom. VIII, 32), así también María lo habría matado con su mano, como una sacerdotisa sacrificadora del Cordero divino, si tal hubiera sido la voluntad del Padre. Porque eso es la que la hizo Madre del Verbo Encarnado: “Quien hace la voluntad de mi Padre, he aquí mi madre y mis hermanos...” (Mat. XII, 50).

Si Jesús hubiese querido lágrimas, bien se las habría dado su Madre. No es tal, pues, lo que El quiere, y así lo dijo a las mujeres que lo lloraban: ***“No lloréis por mí, sino por vosotros y vuestros hijos”***, es decir, por el misterio de iniquidad que gobierna al mundo y hace que no aproveche mi Redención. Por donde se ve que derramar una sola lágrima ante Cristo crucificado, y conceder luego un sólo afecto de nuestra vida al mundo, “que está todo entero en manos del Maligno” (I Juan, V, 19), es una aberración grotesca. Y como es verdad que todos hemos incurrido en ella, **he aquí una razón suficiente para huir de lágrimas inútiles, y ocupar ese tiempo en conocer lo que de veras quiere Cristo**. Lo que Él ansía hasta el punto de poner por ello su vida es: que escuchemos las palabras de amor que El nos dice en el Evangelio, porque esas palabras “son espíritu y son vida” (Juan VI, 64), o sea, son capaces de sacarnos de nuestra propia maldad hasta hacernos “renacer del Espíritu” (cfr. Juan III, 5). Y si no recurrimos a ese remedio, sabiendo que es verdaderamente eficaz para hacernos capaces de complacer al Padre, en lo cual está el ansia toda de Cristo, **es porque no tenemos la firme voluntad de amarlo sobre todas las cosas**. Y entonces las lágrimas, francamente, no están lejos del beso de Judas.

Con esto vemos que la queja profética del Salmo: *“Busqué quien me consolara y no lo hallé”* (Sal. LXVIII, 21), no significa pedir lágrimas de compasión; que Jesús no necesita, pues El es siempre el Hijo amado que hace sin cesar lo que agrada al Padre (Juan VIII, 29), y lo hizo más que nunca en su inmolación (Juan VI, 38-40), al punto de que el Padre lo ama de un modo especial porque El se inmola por nosotros (Juan X, 17).

Si el corazón del hombre fuera bueno de suyo, el camino de la compasión sería excelente, y no existiría el *peligro del sentimentalismo*; ni podría haber presunción y escondida soberbia farisaica, en cierta falsa

espiritualidad, o mejor dicho cierta falsa mística, que sólo puede despertarse periódicamente, y que no es sino un desahogo propio, aunque tiene harta boga durante unos días. Cristo resucitó y ya no muere, dice San Pablo; ya no sufre, ni puede sufrir. Su Pasión, si le estamos realmente agradecidos, ha de ser el gran motivo de nuestro gozo, como dice la oración “Obsecro te” después de la Misa. Porque así le mostraremos que apreciamos el regalo infinito de su Cruz, que es el cheque con el que El pagó por nosotros.

III

Miremos, como lección, la sobriedad insuperable de los Evangelistas en sus relatos de la Pasión. Ni un adjetivo, ni una palabra de compasión les inspiró el Espíritu Santo. Y no creeremos que esos autores amaban a Jesús menos que nosotros, porque entonces sí que sería evidente nuestra presunción.

Cuéntase a este respecto de San Felipe Neri, que sabía bien lo que era amor, la anécdota picante y sabia de una señora muy lacrimosa que le había dicho: "Padre, yo quisiera sufrir tanto como Jesús. Yo quisiera sufrir más que Jesús, para consolarlo en su Pasión". El gran Santo la despidió diciéndole que era mejor un poco menos. Y mientras ella salía, llamó él a unos pilluelos y les dijo que la emprendieran con esa señora tirándole del rodete, etc. Pocos minutos más, y San Felipe tuvo que acudir porque la “mártir” estaba estrangulando a los chiquillos. Es de suponer que el Santo le recordase entonces aquellos anhelos de heroísmo. Más no creamos que ella estuvo de acuerdo, pues encontraba “muy justo” el castigo de sus agresores.

Jesús lloró la muerte de su amigo Lázaro. No se trata, pues, de suprimir las lágrimas en nuestra vida de relación. Estamos hablando de espiritualidad sobrenatural. Jesús lloró la iniquidad de Jerusalén. Ahí tenemos el gran motivo para llorar. “¡Bienaventurados los que lloran!”. Recordemos una vez más lo de Jesús a las mujeres. Lloremos por nosotros y sobre nuestros hijos. Lloremos *nuestra* iniquidad propia, rezando el Salmo Miserere, y no sólo en Cuaresma, sino todos los días. Y tengamos *compasión*, no del feliz Jesús, que cumplía una epopeya gloriosa, sino de los infelices por quienes Él la sostuvo hasta inmolarse: compasión de los pecadores, rogando por ellos. Compasión de los que sufren, dándoles un consuelo que Jesús recibe como dado a El mismo. Compasión, sobre todo,

de los que ignoran la luz, pues de éstos se compadeció especialmente el mismo Jesús cuando dijo que andaban *“abatidos y esquilados como ovejas sin pastor”* (Mat. IX, 56).

Jesús es un gran Rey, “todo deseable”, como dice el Cantar. Para poder desearlo, con nuestro corazón mezquino, necesitamos admirarlo y codiciar sus promesas. Porque ya lo hemos dicho: la compasión no dura, y la lástima no está muy lejos del menosprecio. “Hombre pobre hiede a muerto”, dice el refrán. El que pretendiera tener corazón de gigante, no sólo se equivocaría lamentablemente, como enseña San Pablo, sino que se estaría inventando un camino propio de santificación, muy lejano de agradar a Cristo. Porque lo que Él quiere, aunque parezca muy raro a la soberbia estoica, es que tengamos corazón de niño.

El que lo tiene será el primero en el Reino, dice Jesús. Y también dice que no hay otro camino y que el que no lo tiene no entrará de ningún modo (Lc. XVIII, 17).

[*Regresar al Índice*](#)

HACIA EL PADRE

EL PADRE CELESTIAL EN EL EVANGELIO

I

Si preguntamos quién es el Padre Celestial, cualquiera nos dirá que es Dios, porque Dios es nuestro Padre.

Si volvemos a preguntar quién es ese Dios, no faltarán quienes nos digan que es Jesucristo, pero algunos dirán sin duda que es la Santísima Trinidad.

¿La Santísima Trinidad sería entonces nuestro Padre? ¿Ese Padre a quien Jesús nos enseñó a adorar "en espíritu y en verdad"? ¿Ese Padre a quien nos enseñó a dirigir el Padrenuestro? Ese Padre a quien Él llamó "*mi* Padre y *vuestro* Padre, *mi* Dios y *vuestro* Dios", ¿sería la Santísima Trinidad? ¿Entonces Jesús sería el Hijo de la Santísima Trinidad?

Entonces, ¿la Misa y las oraciones de la Iglesia se equivocan cuando se dirigen al Padre, *primera Persona de la Trinidad*? Pues casi todas terminan pidiéndole "por nuestro Señor Jesucristo, *tu Hijo*, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo".

¿Podría haber una ignorancia más grande que la de decir que Jesús es Hijo de la Trinidad? Tal fué exactamente la herejía del P. Harduin y su discípulo el P. Berruyer, que refutó tan claramente San Alfonso de Liguori.

El mal viene de ignorar el Evangelio, pues cualquiera que lo ha leído, aunque sea una sola vez, no puede dejar de admirar la insistencia de Jesús en hablar de su Padre, del Padre que lo envió, es decir de esa *Primera Persona*, cuya gloria es para Cristo una obsesión constante. De ahí que defina los tiempos mesiánicos como aquéllos en que se va a "adorar *al Padre* en espíritu y en verdad, porque tales son los adoradores que *el Padre* quiere" (Juan IV, 23 s.).

"Mi comida es hacer la voluntad de *mi Padre* (Juan IV, 34); "vuestro *Padre Celestial* es misericordioso" (Luc. VI, 56); "el *Padre* hace salir el sol sobre buenos y malos" (Mat. V, 45); "tanto amó Dios (*Padre*) al mundo, que le dió su Hijo" (Juan III, 16); "mi *Padre* es quien os da el verdadero Pan del Cielo" (Juan VI, 32); "si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro *Padre Celestial* dará cosas buenas a quienes se las pidan?" (Mat. VII, 11); "todo lo que pidiereis *al Padre* en mi nombre, Yo lo haré" (Juan XIV, 15). "Yo me voy *al Padre* (Juan XVI, 11); como *mi Padre* me amó a Mí, así Yo os he amado a vosotros" (Juan XV, 9); "Yo vivo por el *Padre*, y (así) el que me come vive por Mí" (Juan VI, 58); "*el mismo Padre os ama*" (Juan VI, 27); "Yo te alabo, *Padre y Señor del Cielo y de la tierra*, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños"... (Luc. X, 21).

II

El que hubiera reflexionado una sola vez sobre estas y otras mil palabras de Jesús, ¿podría decir que ese Padre, ese Dios a quien Jesús llama su Padre, es la Trinidad y no la Primera Persona? A esta divina Persona, cuyo gloria es la preocupación de Jesús, se dirige El en su Oración Sacerdotal para darle cuenta de que ha cumplido su voluntad manifestando a los hombres su Nombre *de Padre*. Y concluye insistiendo en que nos hará *conocer* más y más a *ese Padre*, que nos ama a nosotros como a Él lo amó.

A Él se dirige Jesús en la Cruz al decirle: "*Dios mío*, ¿por qué me has abandonado?" A Él la última palabra: "*Padre*, en tus manos encomiendo mi espíritu". A Él se refiere la sentencia que oiremos de Jesús como Juez de las naciones: "Venid, benditos de *mi Padre*". A Él reverencia el mismo Verbo Encarnado cuando dice "*mi Padre* es mayor que Yo" (Juan XIV, 28), lo cual se explica perfectamente, pues si la Segunda Persona tiene la plenitud de la Divinidad, lo mismo que la Primera, siempre será cierto que la recibe de Ésta, es decir *del Padre* (así como el Espíritu Santo la recibe del Padre y del Hijo), en tanto que *el Padre que la comunica, no la recibe de nadie*. De ahí que Jesús, aunque "Dios le puso todas las cosas en su mano" y "no (le) comunicó su Espíritu con escasa medida" (Juan V, 54-55) y "le dió el tener la vida en Sí mismo" (Juan V, 26), **mantiene siempre esa devoción por la Persona del Padre** (como lo hace todo buen hijo aunque sea adulto y tan rico y poderoso como su padre); y esa devoción, y amor, y celo por la gloria de su Padre, es lo que llena su vida entera, desde que a

los 12 años se queda en el Templo, aún a trueque de dejar a su Madre en la angustia, para “estar en las cosas de *su Padre*” (Luc. II, 49).

Desde entonces y sin perjuicio de dejar perfectamente definida la propia divinidad del Hijo ("*mi Padre y Yo somos uno*", Juan X, 50) y el misterio de la circuminsesión ("*mi Padre es en Mi y Yo soy en mi Padre*", Juan XIV, 10), Jesús va ahondando ese concepto del Padre, y lo llama siempre Dios por antonomasia, como veremos también que se hace en todo el Nuevo Testamento.

En cuanto al *Antiguo Testamento*, en el cual el misterio de las Tres divinas Personas está latente, Jesús lo dice de una manera terminante: “es *mi Padre* el que me glorifica: Aquel que decís vosotros que es *vuestro Dios*” (Juan VIII, 54). Lo mismo hace S. Pedro al hablar del “Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob y Dios de nuestros padres”, para referirse a la Persona del Padre, que “glorificó a su Hijo Jesús” (Heb. III, 13). Por donde se ve claramente que en el Antiguo Testamento Dios es también el Padre, Yahvé, el que se reveló a Moisés en la zarza, Aquel de quien dice David las palabras que el mismo Jesús citó a los judíos como prueba definitiva de su propia divinidad: "*Dijo Yahvé a mi Señor, siéntate a mi diestra*" (Mat. XXII, 44; Salmo, CIX, 1).

En esta misma frase se ve cómo el Padre, que da al Hijo la vida, es también quien le da toda gloria, así como fué El quien lo envió al mundo para que hiciera la voluntad paterna: “*He aquí que vengo . . . debo hacer tu voluntad*” (Salmo XXXIX, 8-9).

III

Por su parte, *San Pablo* acentúa este mismo concepto. Empieza por decirnos que, así como nosotros somos de Cristo, Cristo es de Dios su Padre (I Cor. III, 23). Más adelante dice: “Sin embargo, para nosotros no hay más que *un solo Dios, que es el Padre*, del cual tienen el ser todas las cosas y que nos ha hecho para El; y un solo Señor, Jesucristo, por medio de quien han sido hechas todas las cosas, y por El somos nosotros” (I Cor. VIII, 6). Después en la misma epístola nos dice que el fin último de todas las cosas será “cuando el Hijo entregue el Reino *a su Dios y Padre*, habiendo destruido todo imperio y toda potestad y toda dominación” (I Cor. XV, 24).

Entretanto “*debe reinar hasta ponerle (el Padre) todos los enemigos bajo sus pies*” (I Cor. XV, 25) “porque todas las cosas las sujetó bajo sus pies” (I Cor. XV, 26).

Mas cuando dice: “todas las cosas están sujetas a Él, sin duda queda exceptuado Aquel que se las sujetó todas. Y cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas a Él, entonces el Hijo mismo quedará sujeto al (Padre) que se las sujetó todas, *a fin de que Dios sea todo en todas las cosas*” (I Cor. XV, 27-28).

Esto es tan terminante, que nos asombraría quizá si no fuera el Espíritu Santo quien lo dice. A tal punto, que la herejía de los arrianos, viendo que el Verbo se muestra tan sometido al Padre, se atrevió a sostener que la Persona de Cristo era simple creatura como nosotros, sin comprender que, si Cristo tiene *naturaleza humana*, no tiene dos *personas*, sino una única Persona que es la divina del Verbo, la cual, como dice el Credo, no ha sido hecha a la manera de las creaturas, sino engendrada, y es por lo tanto consustancial a *Dios Padre* de quien procede, siendo esta procesión (generación) desde la eternidad, por lo cual el Hijo o Verbo no es menos eterno que el Padre: “*Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy*” (Salmo II, 7).

Nada más expresivo que esta asociación del pretérito: “*Yo te he engendrado*”, y del presente “*hoy*”. El pretérito significa que la generación de que se trata está ya consumada; el presente denota que es permanente, acto eterno, que no tiene pasado ni presente, ni hoy ni mañana (cf. Sal. CIX, 5).

Bien vemos entonces por qué Jesús dice “mi Padre es mayor que Yo” (Juan XIV, 28), sin perjuicio de decir también que Él es Uno con el Padre (Juan X, 30). Y vemos también que no conviene decir que en aquella frase habló Jesús como persona humana, puesto que, como hemos visto, no hay en Jesús dos Personas, sino una sola, y Esta es divina.

IV

Jesús vino, pues, a revelarnos el Nombre de Padre que tiene la Primera Persona, cuyo conocimiento es, por consiguiente, fundamental en la doctrina cristiana. Y de tal manera nos quiere llevar a ese conocimiento y amor de la Primera Persona, que dice claramente: “Si me conocierais a Mí,

conoceríais también a mi *Padre*" (Juan XIV, 7). Esto lo dice porque El, Jesús, "resplandor de la *gloria del Padre* y figura de su sustancia" (Hebr. I, 3) es el espejo purísimo en cuya faz vemos reflejarse las mismas perfecciones del *Padre*; y también porque el divino Hijo habló tanto de su *Padre*, tanto lo alabó, tanto se humilló (Fil. II, 8) para darle al *Padre* toda la gloria; tanto insistió en que Él era Enviado que nada hacía sin el *Padre*... que realmente es imposible conocer, por poco que fuera, a semejante fiel Enviado, sin conocer a aquella Primera Persona que lo envió y a quien Él tanto se empeñó por dar a conocer a los hombres.

No conocer al Padre de Jesús, es, pues, el mayor desaire que podría hacerse a Jesús, la mayor prueba de no haber prestado atención a sus palabras, sobre todo al Evangelio de San Juan, que es el menos conocido.

El mismo Jesús explica que "*la vida eterna consiste en conocer al Padre y a Jesucristo como enviado por el Padre*" (Juan XVII, 5), es decir, en saber que *ese Padre Dios* fué capaz de amarnos hasta darnos su Hijo como Víctima, además de darnoslo como Mediador, Maestro, Amigo, Hermano, Alimento...

Ahora bien, si la vida eterna estriba en ese conocimiento *del Padre*, parece que la falta de ese conocimiento debe ser muy grave. Veamos lo que enseña sobre ello Jesús. Al anunciar a sus verdaderos discípulos la persecución, no sólo por parte de los incrédulos sino también por parte de los que pretenden agradar a Dios, les dice: "Tiempo llegará en que cualquiera que os quite la vida, creará ofrecer con ello un homenaje a Dios". E inmediatamente nos da la explicación de esta aberración tan monstruosa: "*Y esto harán porque no conocen al Padre, ni a Mí*". Y añade todavía, como para prevenir a los que vivieren en esos malos tiempos: "Os lo he dicho para que, cuando llegue ese tiempo, os acordéis de que Yo os lo he dicho" (Juan XVI, 1-5).

V

Apresurémonos, pues, a sacar la saludable consecuencia de estas lecciones de Jesús: la necesidad urgente de conocer *al Padre*, y esto, mediante el Único que puede revelárnoslo porque es el Único que lo conoce: "A Dios nadie lo ha visto nunca. *Su Hijo Unigénito que está en el Seno del Padre*, Ese es quien le dió a conocer. Así dijo el Evangelista Juan (Juan I, 18), y Cristo mismo confirma: "Nadie conoce... al Padre sino *el Hijo*, y aquel a

quien *el Hijo* quisiere revelarlo” (Luc. X, 22). "Nadie viene al Padre sino *por Mí*" (Juan XIV, 6).

Esta doctrina básica de toda espiritualidad auténticamente cristiana, está sintetizada por San Juan, el discípulo amado, quien en su gran Epístola nos dice que nos ha dado a conocer (en su Evangelio) la *Vida que estaba en el Padre y vino a nosotros*", para que vuestra unión (*ut societas vestra*) sea *con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (I Juan I, 2 y 5).

¿Y el *Espíritu Santo*? dirá alguno. El Espíritu Santo es precisamente quien nos está llevando al conocimiento y amor del Padre y del Hijo, pues Él es el Amor que une a Ambos en la misma Esencia. Pero no es la Esencia distinta de las tres Personas lo que se adora, sino las Personas. Así lo define una importantísima decisión del IV Concilio de Letrán para prevenirnos de que la Divinidad no existe sino en las Personas y en cada una de Ellas, y que por lo tanto hemos de adorar y glorificar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo (la Iglesia oriental dice: "*al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*").

Pretender adorar a un Dios que no fuese el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo, sería, declara el Concilio, introducir una como "*cuaternidad*", atribuyendo personalidad a la esencia divina (Denzinger 432). ¿No es acaso éste el vago concepto deísta que muchos tienen cuando dicen Dios, o "*el Señor*", o *Nuestro Señor*, o *Dios nuestro Señor*, sin saber si hablan de Cristo o del Padre; o cuando oran sin pensar a qué Persona se están dirigiendo?

Concluamos recordando la gravedad que atribuía a esto San Cirilo de Jerusalén al decir que el Anticristo es la apostasía, y que ésta consiste en abandonar la verdadera fe confundiendo el Padre con el Hijo (Cyrillus Hieros. Catech. 15).

[Regresar al Índice](#)

DIOS JUSTO Y MISERICORDIOSO

I

No nos conviene, ciertamente, que Dios sea justo, en el sentido humano de la palabra. El litigante desea un justo juez cuando su causa es buena. Pero cuando la causa es mala, cuando no tiene razón, ¿acaso le conviene un juez justo?

Ahora bien, ¿qué tal es la causa nuestra delante de Dios? Él mismo nos lo enseña por si acaso nuestra ceguera no lo viese: “Ningún viviente puede aparecer justo en tu presencia”, dice el Profeta David (Sal. CXLII, 2); y en otra parte: “Si examinaras, Señor, nuestras iniquidades, ¿quién podría subsistir? (Sal. CXXIX, 5). “Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros” (I Juan I, 8).

¿Qué haríamos, pues, con un juez justo?

Jesús, que es y será nuestro Juez porque el Padre así lo quiso, ha definido su justicia en estos términos: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido” (Luc. XIX, 10). “Que no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo sino para que por su medio el mundo se salve” (Juan III, 17).

¿En qué consiste, pues, la justicia de Dios? ¿Acaso será que el Padre sea más severo que su Hijo en materia de justicia? Parece que debiéramos dudarle cuando vemos que San Pablo lo llama "Padre de las misericordias y Dios de toda consolación" (II Cor. I, 3) y que desde el Antiguo Testamento nos dice el mismo Padre: "¿Acaso quiero Yo la muerte del impío, y no antes bien que se convierta de su mal proceder y viva?" (Ez. XVIII, 22).

Pero donde se ve hasta qué punto llega la justicia de Dios, es en las palabras de su Hijo que nos hace aquella inaudita revelación: "Tanto amó Dios al mundo que no reparó en dar a su Hijo Unigénito..." (Juan III, 16). ¿Es esto justicia, condenar al inocente para salvar al culpable?

II

Se dirá: Bueno, eso lo hizo Dios una vez. Pero ahora será sin duda más severo. Veamos lo que dice San Pablo: "Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que cuando éramos aún pecadores, Jesucristo, al tiempo señalado, murió por nosotros; con mayor razón, pues, ahora que estamos justificados por su Sangre, nos salvaremos por Él de la ira" (Rom. V, 8). "El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habernos dado a Él, dejará de darnos cualquier otra cosa?" (Rom. VIII, 32).

Quiere decir, pues, que ahora el Padre es aún "menos justo" que antes. Entonces ya nos llamaba a su mercado diciendo: "Venid y comprad sin dinero" (Is. LV, 1). ¿Qué "justicia" puede haber donde se vende sin dinero? Ahora Él mismo se ha obligado más aún a no negarnos nada, pues que nos ha provisto de una moneda de valor infinito: la Sangre del Hijo amado en quien tiene todas sus complacencias. Con esa moneda no hay cosa que se nos pueda negar, y Jesús lo ha dicho terminantemente: "Todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre os lo dará" (Juan XVI, 24).

¿De dónde puede sacarse entonces la prueba de que Dios es justo? Así lo supone sin duda la metafísica, pero la Revelación nos dice que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, sino que distan tanto de ellos como el cielo de la tierra (Is. LV, 9). "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del Cielo dará el buen espíritu a los que se lo pidan?" (Luc. XI, 15). ¿Acaso no es El "bueno con los desagradecidos y malos"? (Luc. VI, 35).

Dios no juzga a nadie (Juan V, 22) en esta vida, ni odia a sus creaturas, porque es Padre y ama con un amor de infinita misericordia. No **podemos poner en duda su justicia o santidad, pero ésta ya está satisfecha de un modo superabundante con los méritos de Jesucristo.** Por lo tanto, Dios no necesita tratarnos según nuestro humano concepto de justicia, antes bien, puede dar rienda suelta a su misericordia incontenible que rebosa de su corazón de Padre. Lo vemos obrar así en todas las relaciones con nosotros. Cuando uno peca, dice San Ambrosio, Dios lo mira como una flaqueza propia de lo que somos; mas cuando se arrepiente, Dios se lo cuenta además como una buena obra.

Pero entonces, si Dios es así. ¿Para quién es el Infierno? Simplemente para el que quiere ir a él. Para el que no quiere aceptar que Dios le dé ese buen espíritu que ofrece a todos gratis y que no es sino el Espíritu Santo (Rom. V, 5), el Espíritu de Jesús (Gál. IV, 6). ¿Y quién puede haber tan insensato que se resista a admitir el don gratuito de la misericordia que viene del amor? Precisamente el que no cree en verdad de ese amor. ¿Cómo puede aceptarlo si cree en él?

Ese es el que piensa que Dios es exclusivamente justo y que no puede pedírsele nada más que justicia, y que sería incorrecto acogerse a su misericordia. (Véase la condenación de esta doctrina en Denzinger 1256.) Es, en una palabra, el soberbio, que no quiere dejarse amar, porque le parece que no lo necesita. Y a ese soberbio, Dios lo castiga entonces, no ya por sus pecados, pues que está siempre dispuesto a perdonar, sino por su dureza que no ha querido creer en el amor y aceptar el perdón. Tal es el caso de Paulo, el personaje de Tirso de Molina en su célebre drama “El condenado por desconfiado”.

Entonces sí que aparece el Dios justo, terrible y lleno de ira. ¿Por qué? Por venganza espantosa del amor despreciado. Desde Moisés sabemos que Dios es un fuego devorador y celoso (Deut. IV, 24). El Cantar de los Cantares nos da luego todo su retrato: “El amor es fuerte como la muerte, y los celos son duros como el infierno” (Can. VIII, 6).

El amor del Padre y del Hijo no se detuvo ni ante la perspectiva del Calvario, porque es fuerte como la muerte. Y esto fué para comprarnos el Espíritu Santo, ese “buen espíritu” que hemos visto que Dios da gratis, ese espíritu de hijo, que el Padre nos regala para que nos santifique con sus dones, por los méritos de Cristo.

Pero ¡ay del que rechaza ese Espíritu de amor, porque entonces los celos son duros como el infierno! ¡Ay del que rechaza el espíritu de príncipe (Sal. L, 14) que el Rey divino ofrece en un alarde de amor y generosidad infinita! No será entonces *la Justicia* de Dios la que juzgará sus obras. Será el amor ofendido quien juzgará su desamor. ¿Acaso no es el primero de los diez mandamientos el que nos manda devolver a Dios amor por amor? Por eso se pedirá mucha cuenta al que mucho se le dió. Pero no por pura justicia, pues el Apóstol Santiago nos enseña que Dios no está sometido a más ley que a su beneplácito (Sant. IV, 12). Será por “celos”, según dice el mismo Apóstol: “¿Pensáis acaso que sin motivo dice la Escritura: El Espíritu

de Dios que habita en vosotros os ama y codicia con celos?” (Sant. IV, 5). Esto lo hallamos muchas veces en Jeremías y en Ezequiel.

IV

No es, pues, Dios un juez que condena, sino *un Padre que está siempre deseando perdonar*. El soberbio que rechaza el perdón, es quien se abre él mismo las puertas del Infierno. Si hasta Judas Iscariote habría quedado en un instante, con sólo quererlo, perdonado gratuitamente, y esto por los méritos del mismo Cristo a quien entregó, ¿cómo puede hablarse de justicia? ¡Infeliz!, dice San Martín de Tours hablando a Satanás: Si tú fueras capaz de pedir misericordia, también la tendrías.

Por lo demás, ¿es posible que Dios no use Él mismo la conducta que nos mandó tener a nosotros? Si nos mandó no resistir al mal, y entregar también la túnica al que nos toma el manto, y perdonar siempre hasta cuatrocientas noventa veces por día, y amar al enemigo y devolverle el bien por el mal, ¿cómo es posible que Dios nos mire con aquella justicia que solemos atribuir a los hombres?

Cuando Jesús nos dió esa regla de caridad total y misericordia sin límites, ¿a quién puso por modelo de ella, sino a su Padre Celestial? Sed perfectos —misericordiosos— como vuestro Padre Celestial es perfecto —misericordioso— que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores (Luc. VI, 36; Mat. V, 44 s.).

Si el Padre da este ejemplo; si el Hijo, que es su imagen perfecta, muere implorando perdón por sus verdugos y dejándoles su Madre por herencia, ¿cómo puede un cristiano calumniar a Dios creyéndolo justo a la mezquina manera humana? ¿Fué en vano, entonces, que Cristo enseñó las parábolas del Hijo Pródigo y de la Oveja Perdida? ¿A quién se refieren esas parábolas? ¿No es acaso a la misericordia sin límites con que siempre nos mira el amor de Dios?

Las revelaciones estupendas que nos brinda así cada página de la Sagrada Escritura destruyen, como se ve, ese falso concepto de un Dios justo a lo humano que el hombre se ha formado según su lógica jurídica, como si no existiera el misterio de la Redención.

V

Después de esto, ¿habrá aún quien se preocupe de defender la justicia de Dios en el sentido de que Él nunca da menos de lo que debe? ¡Inútil defensa!

Santo Tomás explica que Dios no obra nunca contra la justicia, pero si *praeter justitiam*, más allá de la justicia, en cuanto da mucho más de lo merecido. Y el mismo dice que Dios es misericordioso porque es justo. En efecto, la Iglesia ha condenado contra Bayo la proposición de que Dios no premia sino según nuestros méritos (Denz. 1014). Cfr. Marc. IV, 24.

¿Cómo explicar entonces ese empeño nuestro en tenerle miedo en vez de confianza? ¿Cómo no repetimos todos con David: “De vultu tuo iudicium meum prodeat: quiero que sea tu rostro el que me juzgue”?

La explicación es clara, aunque asombrosa: Nuestra soberbia prefiere contar consigo misma y no con la limosna de Dios. Nuestra *falta de fe*, nuestra fe deformada, empequeñece a Dios y lo juzga con criterio humano, atribuyéndole sentimientos como los nuestros, en vez de "sentir bien del Señor", según enseña desde su primer verso el Libro de la Sabiduría.

La verdad es que no queremos confiar a Dios un negocio tan importante como el de la salvación. ¡No sea que Él nos juegue una mala partida! No nos bastan las pruebas que Dios ha dado de su amor lleno de misericordia. Y es para esos tales, que quieren salvarse por propia suficiencia y no por los méritos de Cristo, para quienes dijo Él su terrible palabra: “El que quiere salvar su alma, la perderá”. Para esos duros y tardos de corazón, que tratan de mentiroso a Dios, porque no creen en la declaración de amor que Él nos formula y sella con la Sangre de su Hijo, para esos sí será el infierno, no por ser Dios justo, — pues estaba deseando perdonarles todas sus culpas— sino por los celos de su amor desdeñado.

Por eso dijo muy bien el Dante que el Infierno es obra del divino Amor (Inferno V, 6).

[Regresar al Índice](#)

MISERICORDIOSO Y BENIGNO ES EL SEÑOR

(Sal. 102, 8).

I

Alguien que, por una rápida infección en la cara se halló a un paso de la muerte sin perder el conocimiento, ha narrado las angustias de ese momento para el que quiere prepararse al juicio de Dios. Sentía necesidad de dormir, pero luchaba por no abandonarse al sueño, porque tenía la sensación de que éste era ya la muerte y que en cuanto se durmiese despertaría en el fuego del purgatorio si no ya en el infierno. Aunque había hecho confesión general y recibido los sacramentos le faltaba todo consuelo, y la certeza de la futura pena se le imponía como una necesidad de justicia, pues tenía, claro está, conciencia de haber pecado muchas veces, pero no la tenía de haberse justificado suficientemente ante Dios.

Una religiosa enfermera, a quien le confió esa tremenda angustia espiritual, no hizo sino confirmarle esos temores, como si debiera estar aún muy satisfecho si ese fuego no fuese el del infierno.

Salvado casi milagrosamente de aquel trance —agrega—, consulté con un sacerdote, que me aconsejó leer y estudiar el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, y allí encontré lo que asegura la paz del alma, pues al comprender que "nadie es bueno sino uno, Dios" (Luc. XVIII, 19), comprendí que sólo por la misericordia podemos salvarnos y que en eso precisamente consiste nuestro consuelo, en que podemos salvarnos por los méritos de Jesucristo, pues para eso se entregó El en manos de los pecadores.

Maravillosa e insuperable verdad, que nos llena más que ninguna otra de admiración, gratitud y amor hacia Jesús y hacia el Padre que nos lo dió. Ella quedará grabada para siempre en el alma que haya meditado este misterio de la misericordia divina.

II

Es notable la consecuencia que de esta verdad saca el salmista, que conoce tan admirablemente los pliegues del corazón del Padre eterno. Siendo Dios infinitamente misericordioso y nosotros tan necesitados de su continua ayuda, ¿cómo podría ser posible que El nos juzgue fríamente

como un juez cualquiera? De allí que le pida: "Hazme sentir *al punto* tu misericordia" (Sal. CXLII, 8); "escúchame *pronto*" (ibid. v. 7); "Dios mío, *no tardes*" (Sal. XXXIX, 18). Y ante todo: "*No entres en juicio con tu siervo, porque ningún viviente es justo delante de Ti*" (Sal. CXLII, 2).

He aquí, mil años antes de Cristo, la enseñanza fundamental del cristianismo, de que nadie puede salvarse por sus propios recursos, o sea, que todos hemos de aceptar la limosna que sin merecerla, nos ofrece Cristo de los méritos suyos, únicos que pueden limpiarnos y abrirnos la casa del Padre. "Si Tu, Señor, recordaras las iniquidades, ¿quién, oh Señor, quedaría en pie?" (Sal. CXXIX, 3). Pero Tú borras las iniquidades según la grandeza de tus bondades, en la medida de tu misericordia (Sal. L, 3). ¿No es excesiva tanta audacia en boca de David? De ninguna manera. En el mercado de Dios se compra "sin dinero" y sin ninguna otra permuta (Is. LV, 1); pues el Padre no vende sus compasiones, sino que perdona por pura bondad al arrepentido.

Por eso el salmista no se empeña en encubrir sus pecados, como si fuese un hombre justo y bueno. Expone, al contrario, la *humana miseria*, que Dios conoce desde los días de Adán, pues esto es lo que le mueve a la misericordia. El elogio más repetido en toda la Biblia es el de la misericordia divina: "porque su misericordia es eterna" (cf. Sal. CXXXV y notas), por donde vemos que ninguna otra alabanza es más grata a Dios que ésta que se refiere a su corazón de Padre.

El himno a la bondad del Padre misericordioso que entonó David, inspirado por el Espíritu Santo, se convirtió en maravillosa realidad "cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tito III, 4), es decir, cuando Dios movido por su infinita misericordia nos hizo el regalo de su Hijo.

III

Todo esto es cuestión de creer, y más aún, cuestión de *confianza*. El proceso milagroso que Dios obra en la salvación de cada uno de nosotros a costa de la sangre preciosísima de su Hijo, sólo exige de nuestra parte esa disposición inicial que después se deja llevar por los caminos de la divina gracia.

Y aun resulta que ese buen espíritu nos lo da Él mismo y lo promete a todo el que se lo pida. "Si vosotros, aunque malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre dará desde el cielo el Espíritu Santo (Vulgata: espíritu bueno) a quienes se lo pidan" (Luc. XI, 13; cf. Sant. I, 5). Por lo cual sólo carece de ese buen espíritu el que no quiere aceptar ese don de Dios, o el que le opone el único obstáculo que lo impide: la desconfianza, la duda sobre esa suavidad del Padre, que viene de su bondad y del amor infinito con que nos ama. Faltar a esa confianza es fallar en la fe, pues entonces, ya no creemos en el misterio de la Redención, según el cual Dios, el Padre, por puro amor, nos dió su Hijo único (Juan III, 16).

Dudar de la Misericordia de Dios es el pecado de Caín y de Judas. "Mi pecado es demasiado grande para que consiga perdón", gritó el primero hacia las peñas del desierto (Gén. IV, 13), y siguió errando como vagabundo por el orbe desconocido, temiendo que alguien le diera muerte. El segundo devolvió las treinta monedas a los Sumos Sacerdotes y se ahorcó (Mat. XXVII, 3-4), porque su pecado le parecía imperdonable. Los dos desgraciados no sabían o no querían saber que dudar de la misericordia es impedirla, pues el Padre celestial la concede en la medida en que confiamos en ella.

Cristo confirma la extrema bondad del Padre misericordioso en la *parábola del hijo pródigo*. Estando el hijo todavía lejos, lo vió el padre, y se le enternecieron las entrañas de tal manera, que corriendo a su encuentro, le cayó sobre el cuello y lo cubrió de besos (Luc. XV, 20). Jesús revela en esta parábola, más real que cualquier historia, los más íntimos sentimientos de su divino Padre, que lejos de entregarnos al verdugo, sólo piensa en salvarnos.

Perder la fe y la confianza en la misericordia de Dios es propio de los que no quieren salvarse. Su postrer estado será peor que el primero (II Pedro II, 20), porque rechazan la mano del que los ayuda y salva.

No menos peligroso es el estado de quienes miran la misericordia del Padre como una pequeñez. "El alma fiel sabe bien que el Señor perdona; mas lejos de hallar en esa misericordia divina un motivo para dejarse llevar más libremente al pecado, comprende que si el Señor la da a conocer es para estimular o despertar la piedad sincera" (Desnoyers). ¡Ay de aquel que desprecia la bondad de Dios o abusa de ella! ¡Dichosos todos los que

confían en ella con corazón sincero y recto! Porque "misericordioso y benigno es el Señor, tardo en airarse y lleno de clemencia" (Sal. CII, 8).

[*Regresar al Indice*](#)

HACIA EL PADRE POR EL HIJO

I

Uno, el soberano Señor, que tiene derecho a toda nuestra adoración, esa adoración que nunca le damos dignamente, por lo cual no podríamos llegar directamente a Él.

Otro, el aliado nuestro, el confidente a quien confiamos las barrabasadas que hacemos contra el primero.

Al uno lo vemos como Señor y Juez inapelable.

El otro es el abogado, el Salvador, ante el cual recurrimos por miedo al Juez... y a nosotros mismos.

Uno, el que siempre tiene razón contra nosotros.

Otro, el que puede y quiere interponer su influencia para hacernos salir del paso y justificarnos ante el primero.

El uno es el Padre, el gran Rey. El otro es su Hijo Jesús, Príncipe influyente para protegernos y recomendarnos al Rey, y que, siendo hombre como nosotros, conoce nuestras debilidades y nos parece estar más dispuesto a disimularlas. Nuestra actitud es como si dijésemos a Jesús lo mismo que los Israelitas a Moisés: *“Háblanos tú, y no nos hable Dios, no sea que muramos”*.

Hemos, pues, de empezar la vida espiritual por *entender y vivir el misterio de la Redención* y aprovechar en su infinita utilidad la mediación de Jesucristo.

II

Después viene otra “etapa”: ¡Hacia el Padre! Porque ocurre que Jesús, el aliado íntimo a quien le habremos perdido la vergüenza, nos habla al fin “abiertamente del Padre” (Juan XVI, 25), y nos revela al oído el gran secreto, por el cual nos enteramos de que el Soberano Señor y Rey nos ama tan paternalmente (Juan XVI, 27); que todas esas blanduras de Jesús, esas tolerancias y perdones suyos, que vencieron nuestras timideces y nos

hicieron tornarlo por "cuña" ante el Rey... no eran sino características de ese mismo Rey, cuyo Nombre es no sólo Dios y padre de Jesús, sino también *Padre nuestro* (Juan XX, 17), "Padre de las misericordias y Dios de toda consolación" (II Cor. I, 3).

Descubrimos entonces que *Jesús no es sino el espejo que nos refleja el amor y la misericordia del Padre*, que son sus perfecciones supremas; es el espejo-Hombre, hecho para traducirnos a lo humano y hacer inteligibles las maravillas del misterio de Dios (Heb. I, 5), que son maravillas de amor y de misericordia (Ef. II, 4 s.). Entonces comprendemos que el Padre está en Jesús (o mejor dicho: es en Jesús) y Jesús en el Padre (Juan XIV, 10 s.), y que, siendo dos Personas, son un solo y mismo Dios en la Unidad amorosa del Espíritu Santo, que es la Persona del Amor que los une (Juan XVII, 21).

Entonces caemos en la cuenta de que toda la vida humana de Jesús no fué sino un *acto prodigioso y sublime de amor hacia su Padre*, y que lo único que Jesús quiere es llevarnos a ese amor (Juan XIV, 31). Entonces apreciamos, en cuanto nos es posible, con las luces del Espíritu Santo, o sea con el mismo Espíritu de Jesús (Gál. IV, 6), la suprema revelación que El nos hace: que el Padre nos ama la mismo que Jesús (Juan XIX, 25), y que ese amor del Padre por nosotros es tal, y tan sin medida, que fué El mismo quien nos mandó a ese Hijo-Hombre para que nos sirviera de aliado, de mediador, de escala para llegar al Padre (Juan V, 16). Y si consideramos que este Padre nos reveló que en ese Hijo tiene puesto todo su Corazón (Mat. XVII, 5), entenderemos algo mejor que la inmensidad, la generosidad de este Don, es decir, de esta prueba de amor del Padre, en la cual se contiene todo el misterio infinito de la infinita caridad di-vina: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre, que quiso fuésemos sus hijos... Y nos ha dado al Hijo para que fuese nuestra vida" (I Juan III, 1; IV, 9), es decir, el mediador, el perdonador, el pagador... iporque esa vida que El nos da llevándonos al Padre le costó a Él la vida! (Rom. V, 10).

¿Y cómo fué Jesús capaz de dar la vida por nosotros? Simplemente por imitar al Padre que fué capaz de darnos ese Hijo que era toda su vida. Jesús hizo exactamente lo que su Padre le dijo (Juan IV, 34; VI, 38; VIII, 29; IX, 4; XII, 49; XVII, 4), o sea lo que el Padre habría hecho en su lugar: de tal palo, tal astilla, diríamos en lenguaje humano, con el agregado de que la divina Persona del Verbo no era sólo una astilla, pues recibe del Padre toda la plenitud de la Divinidad (Juan III, 34; V, 18 y 26; VI, 58).

Entonces, pues, sin que dejáramos de contar siempre con la mediación de Jesús, empezamos a vivir la *vida de unión con el Padre*, por Jesús, en Jesús y con Jesús. La vida de ofrenda, en que constantemente presentamos al Padre los méritos y los encantos de ese Hijo que El nos dió, pues sabemos ya para siempre que no hay, ni puede haber obsequio que le dé tanta gloria como éste: una Gloria infinita.

III

Apenas necesitamos agregar que, amando así al Padre, nuestra vida se hará semejante a la de Jesús, pues que todas las virtudes de El procedían de su amor al Padre. Por El amó a los hombres y especialmente a los pecadores: porque sabía que el Padre los amaba (Juan X, 17).

Por eso nos dice San Pablo que Cristo es el *autor y consumidor* de nuestra fe (Hebr. XII, 2), porque Él es quien nos lleva al Padre (Juan XIV, 6). De ahí que si miramos solamente a Cristo como Dios y como único fin, suprimiendo al Padre, olvidamos el Misterio de la Trinidad, como si hubiera una sola Persona divina y como si Cristo hubiera venido en su propio Nombre, cuando El no se cansó de repetir lo contrario (Juan V, 30, 36, 43; VII, 29; VIII, 28). Y olvidamos también el misterio de la Redención atribuyendo a Cristo el papel del Padre y suprimiendo su Humanidad santísima, su Mediación y los méritos de su Oblación ante el Padre en favor nuestro.

Incurriríamos así en el mismo error de los quietistas, que predicaban la pura contemplación del Padre con prescindencia del Verbo encarnado, que es quien nos ganó el Espíritu Santificador, y sin el cual no podemos llegar al Padre

La perfecta Gloria de Dios en sus Tres divinas Personas consiste especialmente en atribuir a cada una de Ellas el papel que tienen y que nos ha sido revelado, en forma de plegaria, por S. Pablo: "La gracia del Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo" sean con todos vosotros. Amén" (I Cor. XIII, 13).

[Regresar al Indice](#)

“DA GLORIA A DIOS”

(Juan IX, 24)

I

He aquí un ejemplo de claro pecado contra el Espíritu Santo, un detalle asombroso de la apostasía de los directores espirituales de todo un pueblo. El Evangelio nos lo presenta con la elocuencia divina de su sobriedad única sin parangón en escrito alguno de los hombres.

Lo leemos en el capítulo IX de S. Juan, que está dedicado todo entero a la *curación del ciego de nacimiento*. Tiene más juego de pasiones, más psicología íntima, que mil dramas, pero es psicología espiritual, que hay que desentrañar con amor. El que no tiene su corazón puesto en los sucesos de una narración, la escucha fríamente aunque ella se refiera a una acción de guerra con millares de muertos. En esto, el Evangelio está hecho para poner a prueba la profundidad del amor, que se mide por la profundidad de la atención prestada al relato: porque no hay en él una sola gota de sentimentalismo que ayude a nuestra emoción con elementos de elocuencia no espiritual. Por ejemplo, cuando llegan los Evangelistas a la escena de la Crucifixión de Jesús, no solamente no la describen, ni ponderan aquellos detalles inenarrables, que María presencié uno por uno; ni siquiera la presentan, sino que saltan por encima, dejando la referencia marginal indispensable para la afirmación del hecho. Dos de ellas dicen simplemente: *Y llegaron al Calvario donde lo crucificaron* (Luc. XXIII, 55; Juan XIX, 18). Los otros dicen menos aún: *Y habiéndolo crucificado, dividieron sus vestidos* (Mat. XXVII, 35; Marc. XV, 24). ¡Y cuidado con pensar que hubo indiferencia en el narrador! Porque no sólo eran apóstoles o discípulos que dieron todos la vida por Cristo, sino que es el mismo Espíritu Santo quien por ellos habla.

Pues bien, en la curación de este ciego los fariseos han puesto en juego primero, “honradamente”, todo cuanto era posible para persuadirse de que no hay tal milagro. Cuidadosa indagación ante el público, interrogatorio especial a los padres del ciego, y por fin a éste mismo, el cual afirma el hecho con una insistencia tan terminante, que desconcierta la insistencia con que ellos, los fariseos, deseaban poder negarlo. Queda así establecida la clase de rectitud de los fariseos: Ellos no deseaban pecar, ni querían mentir gratuitamente: tenían un solo inocente deseo: que Jesús no fuera el Mesías. Si se les hubiera concedido esto, no se habrían empeñado

en hacer daño a Jesús ni al pobre ciego. Pero admitir la posibilidad de que aquel advenedizo carpintero viniese a despojarlos de su situación y a burlarse de su teología formulista: ¡eso, jamás! esto era para ellos su propia gloria, es decir, su interés supremo, el único dogma que no podía admitir ni sombra de prueba en contrario.

II

Vemos aquí el estrago que produce en un alma la pasión que domina. Ellos empezaron por admitirla, y luego concluyeron por justificarla. Entonces esa pasión del odio contra Cristo se convirtió para ellos en una virtud, compatible con sus demás creencias y vida de piedad. Porque no hemos de olvidar que los fariseos eran considerados como “justos” y “santos”. No sólo ayunaban y pagaban el diezmo, como el Fariseo del Templo (Luc. XVIII, 12), sino que conservaban con mucho celo sus “prácticas religiosas”, como hoy se suele decir, y una gran dignidad exterior. Recuérdese, por ejemplo, cuando rechazaron la devolución de las monedas que habían dado a Judas: sinceramente no habrían querido, por ningún interés mezquino, manchar el Templo con aquel precio de Sangre. Que esa Sangre hubiese sido comprada por ellos mismos, eso era otra cuestión: era cuestión de aquella pasión dominadora, ante la cual todo se acalla.

Igual dignidad mostraron en no querer mancharse entrando al Pretorio del pagano Pilato, a fin de poder comer la Pascua limpiamente. No importaba que estuvieran conspirando contra el Hijo de Dios, pues ese rechazo de Jesús era de necesidad imprescindible, vital.

La suma prueba de esta piedad hipócrita aparece en el momento culminante del proceso de Jesús, cuando Caifás, Sumo Sacerdote, para poder decir que el enemigo ha blasfemado, lo conjura solemnemente por el Dios vivo, a que diga si es el Cristo, el Hijo de Dios (Mat. XXVI, 33).

¿No tiene esto acaso todos los caracteres de una gran nobleza? Es el ejercicio solemne del Pontificado, y una invocación del Sagrado Nombre de Dios, y es también una abierta, generosa oportunidad para que el Reo, con una simple palabra, pueda salvarse de todo cargo. Bastaba con que Jesús hubiese dicho esta pequeña frase: "No soy el Mesías Rey, ni soy el Hijo de Dios"... Inmediatamente aquellos dignatarios, que en manera alguna se complacían en hacer el mal, lo habrían llenado de atenciones y

favores, y aún tal vez le habrían ofrecido, como compensación de la mesianidad perdida, algún cargo entre ellos, con tal de que moderase su lengua y quedase sometido a la debida obediencia.

Como vemos, en todo habría sido fácil entenderse con estos hombres. Había tan sólo un punto, una verdad que ellos no estaban dispuestos a admitir. Desgraciadamente para ellos, esa verdad era LA VERDAD, a pesar de que iba contra todas las honorables tradiciones en que ellos creían sinceramente y con las cuales habían ido sustituyendo hasta hacerlos írritos, los preceptos de Dios. Véase lo que Jesús les dice sobre esto en Mat. XV, 3.9; Marc. VII, 6-13; y sobre su hipocresía en Mat. XXIII, 1 ss.; Luc. XI, 37 ss. y XII, 1. Compárese también con las apariencias de piedad que, según está anunciado, tendrán los falsos profetas posteriores (II Tim. III, 5; II Cor. XI, 13; Apoc. XIII, 11, etc.).

III

En el episodio del ciego, los fariseos llegan, pues, como íbamos viendo, a hallarse imposibilitados para negar "de buena fe", como tanto lo habrían deseado, la detestable realidad del nuevo milagro, que significaba un nuevo prestigio ganado ante las turbas, ya harto favorables a Él, por aquel revolucionario escandaloso, e impío violador del Sábado. Había, pues, llegado, como a Caifás en la ocasión que antes recordamos, el momento de recurrir a la solemnidad del argumento religioso, en uso de la Sagrada investidura. Con o sin milagro, lo mismo daba: era necesario que Jesús quedase desacreditado, y para esto interponen ellos el peso de su omnímoda autoridad; y al mismo ciego, objeto del milagro, le dicen piadosamente: **"Da Gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es pecador"** (Juan IX, 24).

Es la suma audacia en el argumento. Cuando no se puede dar razones, se dice: Lo digo yo y basta. Lo mismo dijeron a Pilato cuando les preguntó qué acusación llevaban contra Jesucristo: "Si no fuera un malhechor no te lo habríamos traído" (Juan XVIII, 30), como diciendo: ¿Se atrevería alguien a dudar de la altísima santidad e infalible acierto de todos nuestros actos? ¿Cómo pretendes exigirnos pruebas a nosotros los doctores, pontífices y escribas, que somos la flor y nata del pueblo santo?

"Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre (Jesús) es un pecador". He aquí el sumo pecado contra el Espíritu Santo, más terrible

aún quizá que aquel otro que señaló Jesús: pues allí se imputaba a virtud diabólica los milagros del divino Taumaturgo (Marc. III, 29 s.): y aquí, no solamente se dice que El es un pecador; no sólo se compromete la sagrada autoridad sacerdotal para afirmarlo —"nosotros sabemos que es un pecador"—, se quiere imponer, se quiere contagiar a otra alma, a un alma que rebosaba de gratitud hacia el Señor Misericordioso que lo había favorecido; sino que todo eso, toda esa horrenda mentira y blasfemia y corrupción y sacrilegio, todo eso era para dar gloria a Dios.

IV

La Gloria del Padre consistiendo en el insulto al Hijo, en el rechazo de Su Enviado, he aquí algo que agota todas las posibilidades del ingenio de Satanás.

Sólo de paso observaremos que cuando el ciego curado rechaza valientemente esta imposición, confundiéndolos al fin con aquella ironía exquisita que puede saborearse en el Sagrado Texto, ya no les queda más arma que el insulto, y entonces la soberbia se manifiesta en una de sus explosiones más características: a los argumentos del ciego, contundentes como martillazos, responden ellos con acento de noble altivez y santo horror por el pecado: "*Naciste todo entero en el pecado, y nos das lecciones*". A lo cual se añadió la violencia: "*Y le echaron fuera*" (Juan IX, 34).

Nótese, entre paréntesis, la nueva y doble mentira; porque el nacer en pecado no era propio del ciego sino de todos, como bien lo había dicho David en el Miserere; y en cuanto a la ceguera de aquel hombre, Jesús acababa de decir que no era por pecado suyo ni de sus padres, sino para gloria de Dios.

Vemos así la gloria de Dios opuesta a la gloria de Dios. Según Jesús, esa gloria estaba en que Él hiciese el milagro para demostrar que su Padre era misericordioso. Según aquellos hombres de la Sinagoga y del Templo, la gloria de Dios estaba en declarar que Jesús era pecador.

La tremenda lección que esto encierra no es cosa relegada a aquel pasado. Recordemos que el Anticristo se instalará, según San Pablo, en el Templo de Dios (II Tes. II, 4). Y que, según la profecía de Jesús (Juan XVI, 2) llegará un día en que, al quitársenos la vida, por ser sus verdaderos

discípulos, se estará en la persuasión de hacer con ello obsequio a Dios, o sea de *darle gloria*, como los fariseos del capítulo IX de San Juan.

[*Regresar al Índice*](#)

EL MISTERIO DEL HIJO

JESUS, CENTRO DE LA BIBLIA

I

"*Todo lo atraeré a Mí*" (Juan XII, 52). Cuando Jesús dice esta Palabra no parece significar que después de su muerte todos se convertirán a Él. Bien tristemente vemos que no fué así, ni lo es hoy, ni lo será cuando Él venga (Mat. XIII, 30 y 41; XXIV, 24; Luc. XVIII, 8).

Al decir, pues, Jesús: "Cuando Yo haya sido levantado en alto, todo (no todos) lo atraeré a Mí", quiere significar que, consumado el misterio oculto desde todos los siglos" (Ef. III, 9), con su Pasión, Muerte y Resurrección, Él será "el centro hacia el cual convergen todos los misterios de ambos Testamentos".

Desde entonces, toda posible fe es necesariamente fe en Jesús (I Juan V, 10), y por eso los judíos, al no creer en El, que, según Hech. III, 26, había resucitado ante todo para ellos, quedaron desde entonces con un velo que les impide entender aún el Antiguo Testamento (II Cor. III, 14 s.) y que sólo se levantará cuando se conviertan a Él (ibid. v. 16; Mat. XXIII, 39).

¿Cómo podría en efecto entenderse el Antiguo Testamento sin Jesús, siendo el Mesías el fin hacia el cual se encamina toda la Ley (*Torah*), todos los Profetas (*Nebiyim*) y todos los Hagiógrafos (*Ketubim*)?

Oigamos cómo les habla Jesús: "Si creyeseis a Moisés me creeríais también a Mí, pues de Mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Juan V, 45 s.). "Abraham vuestro padre se alborozó por ver mi día; y lo vió y se llenó de gozo". (Juan VIII, 56). Y San Juan por su parte añade: "Isaías dijo esto cuando vió Su gloria, y de Él habló" (Juan XII, 41).

Jesús confirma todo esto de muchas maneras y especialmente cuando a los discípulos de Emaús, "comenzando por Moisés y por todos los

profetas, les hizo hermenéutica de lo que en todas las Escrituras había acerca de El" (Luc. XXIV, 27). Y también cuando dijo a los Once, aún después de su Resurrección: "Es necesario que todo lo que está escrito acerca de Mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos se cumpla" (Luc. XXIV, 44). Y fijé entonces cuando "les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras (ibid. v. 45).

Esto, que les dijo antes de su Ascensión, lo había prevenido desde los primeros días, casi al comenzar el Sermón de la Montaña: "No vayáis a pensar que he venido a abolir la Ley y los Profetas. Yo no he venido para abolir sino para dar cumplimiento. En verdad os digo, hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota, ni un ápice de la Ley pasará sin que todo se haya cumplido" (Mat. V, 17 s.). Es decir que El no aboliría nada, sino que *en Él se cumpliría todo*, como antes vimos en Luc. XXIV, 44: los misterios dolorosos, que ya pasaron, y los gloriosos que aún esperamos para su Parusía. Todo, esto es: "nova et vetera" (Mat. XIII, 52), o sea, todo lo que los Profetas narraron sobre Él y que San Pedro llama "Sus padecimientos y posteriores glorias" (I Ped. I, 11).

El comprender bien estas cosas puede servirnos aún para un posible apostolado entre los judíos, cuya oportunidad quizá se acerca, pues éste es, lo sabemos por experiencia, el argumento que más satisface a los que de entre ellos conservan espíritu bíblico y religioso, a saber: **de cómo la esperanza cristiana se confunde con la de Israel, pues Aquel que ellos esperan en primer Advenimiento es el mismo que nosotros esperamos en su Retorno.**

II

Pero hay más. Las palabras citadas, con que Jesús ha confirmado todo el Antiguo Testamento como endosándolo con su firma, tienen la virtud de convertirlo todo en *Evangelio* a los ojos del cristiano, el cual descubre así una importancia antes insospechada en esos viejos y misteriosos libros que sólo parecerían interesar a la remota historia de un pueblo que fué.

Y de este modo se resuelven para nosotros, con una eficacia definitiva, todos los problemas que plantea la crítica racionalista y que serían graves si los tomásemos en el terreno puramente racional. Porque ¿quién podría garantizarnos que los escribas de la Sinagoga conservaron fielmente las Escrituras durante quince siglos? Y aún así, ¿cómo explicamos que Moisés

supiese y narrase con tanto detalle, no ya sólo las cosas de Abraham y los patriarcas, ocurridas cinco siglos antes, sino aún las de Adán y la Creación, sucedidas millares de años atrás?

Los problemas que nunca podrían tener solución plenamente satisfactoria para el ánimo, mientras tuviésemos que atenernos a testimonios de hombres, Jesús nos los resuelve con infinita suavidad para nuestro espíritu, como diciéndonos con su autoridad divina —única, absolutamente definitiva- todo eso es verdad; más aún, es una verdad que tiene que ver conmigo, por lo cual Yo mismo doy testimonio de ello. Y os lo doy para vuestra entera satisfacción, pues claro está que el testimonio mío es mucho más fácil de creer que el de Moisés.

En efecto, Jesús ha dejado constancia de que Él no pretendió ser creído gratuitamente, sino que vino y habló como nadie (Juan XV, 22; VII, 46), e hizo obras que nadie hizo (Juan XV, 24; X, 57 s.), y desafió a que alguien lo descubriese en falta (Juan VIII, 46), y habló con autoridad propia, y no aprendida como los demás (Mat. VII, 28 s.).

Se explica así que para creerle a Él baste la rectitud, pues Él no sólo se presentó como el Mesías y el Hijo de Dios, -con una audacia divina que nadie más ha tenido en la historia— sino también como la Luz venida al mundo con tal certeza que nadie pudiese rechazarla sino por ciego amor a las propias obras malas (Juan III, 19, s.). Y, consecuente con esto, nos ofreció, más allá de todo testimonio extrínseco, un testimonio interior nuestro que es un desafío a cualquier racionalismo y que encierra toda la apologética del Evangelio, al formular la asombrosa promesa de que todo el que virtualmente esté dispuesto a someterse con sinceridad a Dios, reconocerá por las solas palabras de Jesús, que ellas vienen del Dios verdadero: *"Si alguno quiere cumplir la voluntad de Dios, conocerá si esta doctrina viene de Dios, o si Yo hablo por mi propia cuenta"* (Juan VII, 17).

III

Esta experiencia, —que vemos realizada en el mismo Evangelio por los samaritanos de Sicar, que no necesitaron más testimonio que las palabras de Jesús (Juan IV, 42),- podemos realizarla todos si vivimos en contacto con las divinas palabras del Evangelio. Y a través de él veremos que crece nuestra admiración y nuestra fe, no sólo en lo que solíamos mirar como contenido del mensaje neotestamentario, sino también, con igual

intensidad, en todos los Libros del Antiguo Testamento, puesto que Jesús, centro de todos ellos, se hizo garante de su autenticidad e inspiración, enseñándonos a mirarlos como, si El mismo los hubiera escrito.

Sólo en este limitado sentido nos propusimos tratar el tema que anuncia nuestro título: "Jesús, centro de la Biblia". Pues el señalar en detalle las figuras y profecías que anuncian al Mesías en todo el Antiguo Testamento, es asunto para llenar gruesos volúmenes, que por cierto existen, por lo menos en algunas lenguas.

Concluimos, pues, repitiendo que Jesús es la solución de todos los problemas. Porque si alguien dice que es difícil creer en el Génesis, que lo encuentra ingenuo o duda de la información de Moisés, no podrá, después de lo que hemos visto, decir que es difícil creerle a Cristo. Y es el Señor Jesús quien nos certifica la verdad de todo el Antiguo Testamento, no sólo citándolo a cada paso, sino también diciéndonos expresamente: "Escudriñad las Escrituras" (Juan V, 39) "Ellas dan testimonio de Mí" (ibid.). "La Escritura no puede ser anulada" (Juan X, 35). Con lo cual el divino Profeta hizo también suyo lo que decían los Proverbios: "Toda Palabra de Dios está como acrisolada al fuego; es un escudo para los que en El confían. No añadas una tilde a sus palabras; de lo contrario serás redargüido y convencido de falsario" (Prov. XXX, 50).

[*Regresar al Índice*](#)

PRIMOGENITURA

Vale la pena meditar, a la luz de la Revelación bíblica, sobre el misterio de la condición del Primogénito. Es algo muy grande y muy profundo, muy dulce y muy terrible...

I

El misterio, que tiene su plenitud en Cristo, “primogénito entre muchos hermanos” (Rom. VIII, 29), se anuncia desde el principio de la Biblia. Es un misterio de santidad y amor. Es Dios que pone sus ojos en el primogénito porque es el fruto más deseado de los amores (de esos que El se aplica a sí mismo en el Cantar): “Mío es todo primogénito” (Núm. III, 13). Él es Dueño de todos, pero se digna tener una preferencia: quiere para Él solo a todo primogénito. ¡Qué dulce honor! “Al primogénito de tus hijos me lo darás” (Ex. XXII; 29).

¡Qué honroso!... y ¡qué apremiante! El misterio está ahí. Nobleza obliga. Abraham, bien sabemos cómo corrió a ofrecer al primogénito... ¡y cómo le respondió la bondad de Dios!

Esaú, terrible nombre. Como Satanás es el padre de los mentirosos, así éste es el padre y caudillo de los que renuncian, de los que venden primogenitura por lentejas. "Me estoy muriendo (de cansado), ¿de qué me servirá ser primogénito?... Comió y bebió, y marchóse, dándosele muy poco de haber vendido sus derechos de primogénito" (Gén. XXV, 32 ss.).

Jacob, en cambio, el ambicioso, desde el seno materno se peleaba con el otro, y nació agarrándole el talón. Si hay una primogenitura, si hay un privilegio, si hay un tesoro que poseer, ¿por qué no para mí?... Y Dios aprobó y alabó esta ambición, -como Jesús hizo alabar al tramposo que se hizo amigo con los tesoros de iniquidad-, y aprobó luego el ardid de Jacob y su madre, que arrebataron la bendición destinada para Esaú (Gén. XXVII). Destinada para el *primogénito*, el privilegiado, el preferido gratuitamente, el afortunado... que despreció el don y dijo: ¡a mí qué me importa!

"Los celos son duros como el infierno" (Cant. VIII, 6), los celos del amor despreciado. Y Dios dijo: "Amé a Jacob y aborrecí a Esaú" (Rom. IX, 13; Mal. 1, 2), "para que nadie sea fornicario (que inspira celos al amante) o

profano (que desprecia los tesoros ofrecidos) como Esaú, que por comida vendió su primogenitura (Hebr. XII, 16).

"Que muera todo primogénito" (Ex. XI, 5), dijo Dios en el Egipto del Faraón, como castigo supremo, porque sabía que nada duele tanto, "como suele llorarse un primogénito" (Zac. XII, 10). ¡Terrible papel de los amados! Pero de los amados que no son para Dios: "Al primogénito de tus hijos lo redimirás (Ex. XXIV, 20), es decir, tendrás que rescatarlo si no se lo das al Señor, puesto que El ya ha dicho que los quiere y que son suyos.

II

Jesús, primogénito, según ley judía, de la Sagrada Familia, había de cumplir hasta este punto de la Ley, a fin de que en El "se cumpliera toda justicia", como en el Bautismo. Fué rescatado por "dos palominos", lo más barato, ipues Él nunca valió más de 30 dineros! ¿Para qué rescatarlo? ¿Acaso El iba a ser como los que no se consagraban al Señor? ¿No dijo, al entrar en la vida terrenal: *Ecce venio, ut facerem voluntatem tuam?* (Sal. XXXIX, 8-9). Precisamente por eso lo hizo, para extremar la paradoja de la Redención: El, que "restituía lo que no había robado" (Sal. LXVIII, 5); el único sin pecado, que "se hizo pecado"; el único bendito, que se hizo maldición para que pudiera decirse de Él: "maldito el que pende del madero" (Gál. V, 13; Deut. XXI, 23); Ese, el Primogénito por excelencia (Rom. VIII, 29), de quien estaba escrito que sería llamado Nazareno (Mat. II, 23), es decir, consagrado todo a Dios (Juec. XVI, 17), ¡fué *rescatado!* ¿Cómo habría, entonces, de quedar sin rescate otro primogénito, otro elegido, que huyese del amor del Padre que lo persigue como "el Lebré del Cielo"?

Gozarse amando, o temblar huyendo: es la elección del primogénito que camina entre dos abismos. Israel, el pueblo elegido del Antiguo Testamento, tuvo la suerte de ser llamado primogénito por el mismo Dios (Ex. IV, 22). La historia de su gran caída, que aún perdura, es otro ejemplo terrible como el de Esaú. "El mayor servirá al menor", se dijo de éste (Rom. IX, 12; Gén. XXV, 23), y así también el pueblo hebreo de hoy es perseguido y oprimido, despreciado y odiado por parte de esos gentiles que antes eran "un pueblo necio" (Deut. XXXII, 21; Rom. X, 19), un pueblo que no era su pueblo (Os. II, 24; Rom. IX, 25; I Pedr. II, 10), y a quienes El eligió, sin embargo para dar celos a aquel primogénito que despreció su amor como Esaú. Y los gentiles tienen así, y *para siempre*, con

aquellos pocos judíos que aceptaron a Cristo (Rom. IX, 24), una parte mejor, el Cuerpo Místico, en tanto que de aquel Israel primogénito, ya el mundo no recuerda ni cree que fué el pueblo más ilustre de la tierra, y hasta él mismo parece olvidar hoy, en el descreimiento, la misericordia que al final le espera.

Recordemos que el primogénito Esaú “no consiguió que mudase la resolución (de su padre) por más que lo implorase con lágrimas” (Hebr. XII, 17; Gén. XXVII, 38). Porque su pecado fué contra el amor; y ya vimos que los celos del amor despreciado son duros como el infierno (Cant. VIII, 6).

[*Regresar al Índice*](#)

HERMANA Y ESPOSA

I

Para entender por qué el esposo del Cantar de los Cantares usa estos dos términos (cf. Cant. IV, 9 s.; V, 1), es necesario considerar que Cristo ha empezado por elevarnos hasta El, **haciéndonos sus *hermanos***, es decir verdaderos hijos de Dios como Él lo es (véase Ef. I, 5).

Ahora, pues, al considerar Cristo su amor hacia nosotros bajo este otro aspecto más apasionado de *Esposo a esposa*, tiene el divino Príncipe un gesto de infinita delicadeza, como todos los suyos, y nos recuerda que **ya antes éramos sus hermanos**, como para que nuestro impuro origen y nuestra sangre plebeya no nos avergüencen ni puedan apartarnos de las bodas con El, puesto que el Rey que todo lo puede nos ha llevado al mismo rango de nobleza que tiene el Príncipe heredero. El sentido es, pues, análogo al de Cant. IV, 7, donde el esposo llama a la esposa toda hermosa y sin mancha.

Si es esto verdad, no significa que la esposa no haya tenido nunca mancha, puesto que “fuí dado a luz en iniquidad, y en pecado me concibió mi madre (Sal. L, 7), sino que El le ha comunicado su propia limpieza, que es lo que ella reconoce alborozada cuando dice: "La fuente del jardín (de este jardín que soy yo) es un pozo de aguas vivas, y los arroyos (que me riegan y embellecen y fertilizan) fluyen del Líbano", es decir, de Ti (Cant. IV, 15). Quizás en esto reside también la explicación del ansia que la esposa siente de que el Esposo fuese hermano suyo e hijo de su misma madre (Cant. VIII, 1).

De todos modos, jamás podría pensarse que hubiese aquí en la esposa un deseo de que la madre Eva nunca hubiese caído, y fuese tan pura como la Madre Inmaculada; porque tal deseo, lejos de serle grato al Esposo, implicaría ignorar que Dios supo sacar de aquel mal un bien mayor ("mirabilis reformasti") y que, precisamente gracias a esa "felix culpa", es que la esposa podrá llamarse ahora *hermana del Esposo*, y serlo de verdad (I Juan V, 1), en tanto que Eva, antes de la caída, no había sido elevada a esa filiación divina por la cual el Espíritu Santo nos hace, como hijos del Padre, hermanos y coherederos del Hijo, mediante la fe en Jesucristo (Juan I, 12 s.).

Eva, pues, siempre estuvo muy por debajo de nuestra condición actual - nos referimos a los que tienen fe viva-, pues nunca disfrutó de esa adopción divina que sólo se nos da por la "gratia Christi", por lo cual nuestra vieja madre sólo podía, more franciscano, decirse hermana de las creaturas, más no del Hijo unigénito de Dios.

II

¿No es cosa admirable que la envidiosa serpiente del paraíso contemple hoy, como castigo suyo, que se ha cumplido en verdad, por obra del Redentor divino, **esa divinización del hombre**, que fué precisamente lo que ella propuso a Eva, creyendo que mentía, para llevarla a la soberbia emulación del Creador?

He aquí que -¡oh abismo!,- la bondad sin límites del divino Padre, halló el modo de hacer que aquel deseo insensato llegase a ser la realidad. Y no ya sólo como castigo a la mentira de la serpiente, ni sólo como respuesta a aquella ambición de divinidad, que, ¡ojalá fuese más frecuente ahora que es posible, y lícita, y santa! ¡No! Satanás quedó ciertamente confundido, y la ambición de Eva también es cierto que se realizará en los que formamos la Iglesia; **pero la gloria de esa iniciativa no será de ellos, sino de aquel Padre inmenso, porque El ya lo tenía así pensado desde toda la Eternidad.** *"Pues desde antes de la fundación del mundo nos ha escogido en Cristo, para que delante de Él seamos santos e irrepreensibles, y en su amor nos predestinó como hijos suyos por Jesucristo en Él mismo (Cristo), conforme a la benevolencia de su voluntad, para celebrar la gloria de su gracia, con la cual nos favoreció en el Amado"* (Ef. 1, 4-6).

[Regresar al Índice](#)

LA GRATITUD DE JESUS

Para entrar a fondo en el misterio de Jesús conviene mirarlo tal como El se presentó al principio: simplemente como un hombre -el Hijo del hombre—, enviado para buscar la gloria del que lo envió, dando a los hombres noticia de que Dios tiene corazón de Padre, es decir de amor y misericordia. Ya nos revelará El, al final, el complemento de ese mismo misterio, haciéndonos saber, por los Apóstoles del N. T., que El mismo con su Redención nos convirtió, de simples creaturas que éramos, en hijos verdaderos de ese Padre, exactamente lo mismo que El. **Y esto bastará para que nuestra gratitud le entregue a ese Bienhechor cada latido de nuestro corazón. Pero al principio, antes que la gratitud hemos de buscar la admiración y simpatía, pues el hombre es más capaz de ser ingrato cuando no admira ni ama.**

I

Jesús rebosaba de *agradecimiento hacia su Padre*, que eternamente le da el Ser de Hijo divino. Quería que nosotros también supiésemos las maravillas de ese Padre, para hacerlo amar por nosotros como El lo ama. Desde luego nos hace saber su característica en tal empresa: “Yo no busco mi gloria” (Juan VIII, 50). Es decir, sólo me interesa que vosotros conozcáis, para admirarlo y amarlo, a Ese que me envió. Por eso no le importa a Jesús cuando lo insultan o desprecian a Él. Lo único que quiere es que presten atención a sus palabras para que puedan comprender esas revelaciones que viene a hacer sobre su Padre, para que podamos creerlas, pues son demasiado admirables y asombrosas para creer que son ciertas si no las escuchamos como niños que todo lo creen a su padre, sin ponerlo en duda ni pretender juzgarlo.

De ahí que, para mostrar de antemano su veracidad y su derecho a ser creído así, por su sola palabra, Jesús hace toda clase de milagros, muestra el cumplimiento de las profecías en El y en su precursor que lo anuncia, e invoca el *testimonio visible* del Padre en el Bautismo, en el Tabor y en su propia Resurrección que de antemano anuncia, y el *testimonio invisible* pero interior del Espíritu Santo, el “lumen cordium”, que nos hará comprender que su doctrina es de Dios si la escuchamos dispuestos a aceptarla sin doblez (Juan VII, 17). Si le creemos, nos hará beber de la fuente de aguas vivas (Juan IV, 10), y nos inundará con los ríos de esa agua que brota del corazón de aquel Hombre maravilloso (Juan VII, 58 s.), que

habló como nadie habló jamás según confesaron sus propios perseguidores (Juan VII, 46).

Por eso, habiendo dado así previamente esas pruebas de que Dios estaba con Él, Jesús no se preocupaba ya de buscar “testimonios de hombres” para apoyar sus palabras (Juan V, 34), como hacían los escribas y fariseos, sino que hablaba como quien tiene autoridad (Mat. VII, 29). Es decir que enseñaba como *Maestro por excelencia*, esto es, como uno que sabe más que el discípulo y tiene derecho a ser creído por su sola palabra. Poco a poco va mostrando que El es el Maestro único, la Sabiduría encarnada, hasta que dice claramente que después de El no hay que llamar maestro a nadie más, sino que todos somos hermanos y que sus discípulos han de enseñar a todas las naciones, pero no verdades propias, que son tan mezquinas, sino las mismas cosas que El enseñó (Mat. XXVIII, 20).

Pero esas cosas que El enseñó no eran de El sino de *su Padre* (Juan XII, 49 s.). Jesús quiere anunciar a su Padre como el Bautista lo anunció a Él, es decir, en forma que el heraldo disminuya para que crezca el anunciado (Juan III, 30). Yo no quiero mi gloria... no busco gloria de hombres... Yo glorifico a mi Padre y vosotros me insultáis (Juan VIII, 49).

II

Con este motivo nos enseña Jesús una verdad inapreciable en el orden psicológico y moral, que nos servirá siempre de piedra de toque para descubrir, en nosotros y en los demás, el apostolado verdadero y el falso. Esa verdad profundísima y sencilla a un tiempo, como todas las de Jesús a quien los niños entienden más que los sabios (Luc. X, 21), esa verdad es la que El aplica ante todo a Sí mismo, diciendo que el hombre veraz y sin injusticia *se conoce en que no busca gloria para él, sino para su mandante* (Juan VII, 18). Tal fué el sello con que se presentó también como el pastor bueno, señalando como ladrones y salteadores a los pastores de antes, es decir, a los falsos profetas, cuya característica a través de toda la Biblia es la de robarse para sí esa gloria a que sólo el Padre tiene derecho, y profanar su tremenda misión cosechando simpatía personal o ventajas y diciendo, como de parte de Dios, cosas que El no ha dicho (Deut. XVIII, 20).

En todo esto vamos viendo a Jesús como hombre: en su actitud de apóstol, de enviado, de predicador humildísimo. Era el “*Servidor de*

Yahvé' (Is. XLII, 1 ss.; Mat. XII, 18), que había tomado forma de siervo (Filip. II, 7) y que estaba entre los hombres "como el sirviente" (Luc. XXII, 27). Y así también enseñó a los suyos a que el primero fuese como el más bajo servidor de los demás (Luc. XXII, 24 ss.), hasta el extremo de lavarles los pies como El lo había hecho (Juan XIII, 13 ss.).

¿Por qué toda esta *humildad*? Porque era la condición indispensable para que su predicación tuviese el sello de la sinceridad, sin que su propia gloria o provecho o triunfo del amor propio pudiese mezclarse con la pura glorificación del Padre, que El buscaba con tal ardor que le llama "mi alimento" (Juan IV, 31-34).

Notemos que la *gloria*, exteriormente, consiste en el elogio, el honor, la admiración. Eso es lo que Jesús busca todo entero para el Padre; eso quiere que busquemos todos siguiéndolo a Él. La gloria es el extremo opuesto de la humildad. Y ambas cosas son correlativas. Para poder glorificar al Padre, Jesús recogía para Sí mismo humillaciones y desprecio, y así hemos de hacer nosotros inevitablemente; pues, como tanto lo previno El a sus discípulos, es imposible que el mundo nos acepte y comprenda (Juan XV, 18 s.), porque el mundo busca su propia gloria y no podrá soportar que se le diga que no tiene derecho a ser glorificado, y que tal derecho es exclusivo de Aquel a quien Jesús predicó.

En cuanto nosotros seamos fieles en buscar gloria sólo para el Padre, recibiremos para nosotros descrédito, burla y persecución como la que sufrió Jesús. El que en vez de esto tuviera triunfos debería temblar, porque Jesús dijo rotundamente: "¡Ay de vosotros cuando os aplaudan!" (Luc. VI, 26). ¡Dichosos cuando os persigan y desprecien por Mí! ¡Saltad de gozo! (Luc. VI, 22). Vemos así, al pasar, que el seguir a Cristo no es algo que nos recomiende, como tal vez suele creerse, al respeto, confianza, elogio y simpatía, como un testimonio de buena conciencia. Es todo lo contrario, porque "no es el servidor más que su Señor" (Juan XV, 20), por lo cual está escrito de los discípulos lo mismo que de Él: "Fué contado entre los criminales" (Is. LIII, 12; Marc. XV, 28).

III

Pero volvamos a la idea que queríamos recalcar como noción de inmenso valor para nuestra vida espiritual: Jesús es ante todo, y así se muestra en el Evangelio, *poseído de un agradecimiento sin límites hacia la*

Persona de su Padre, primera Persona de la Santísima Trinidad. De una gratitud tan infinita como explicable, porque a esa Persona le deben el Ser desde toda la eternidad tanto el Hijo como el Espíritu Santo, en tanto que ese Padre, de quien todo procede, no debe nada a nadie: El es el dador que a todos da, y más que a nadie al Verbo eterno y a Jesús Hombre, a quien dice igualmente: "Tú eres mi Hijo" (Sal. II, 7).

Ahora bien, ese Dador, que todo lo da y nada recibe, ¿no merecerá recibir siquiera nuestro *reconocimiento*, nuestra proclamación de sus dones, nuestra admirada alabanza de su generosidad, nuestra amorosa gratitud por su amor y por la misericordia que viene de ese amor? Pues eso es lo que se llama la gloria del Padre, eso es glorificarlo a Él, eso es no solamente el deber y el destino de todas las creaturas, sino también el sumo anhelo de Cristo, que no es creatura pero es engendrado como Hijo único, es decir, que Él tiene al Eterno Padre una gratitud infinitamente mayor aún que la nuestra.

Esta gratitud, y amor, y deseo de alabanza para el Padre, constituye el fondo mismo del Espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo, o sea la unión de Ambos en la Trinidad. No sólo buscó Jesús esa gloria del Padre durante los años que como Hombre vivió en la tierra, sino que desde toda la eternidad el Verbo del Padre no tuvo ni tiene otro anhelo que amar, agradecer o glorificar a ese Padre inmenso. "Cristo es de Dios", nos dice San Pablo, es decir, del Padre. Ahora, sentado a su diestra como Sacerdote, le ruega sin cesar por nosotros, como lo hacía en las noches de su vida mortal (Hebr. VII, 24 s.). Y "cuando haya entregado su reino a su Dios y Padre" (I Cor. XV, 24), ese Verbo Divino, como si hubiese olvidado que El también es Dios, cifrará su felicidad eterna e infinita en estar "sujeto", como dice S. Pablo, a ese Padre que antes le habrá sujetado a El todas las cosas, "para que el Padre sea todo en todo" (I Cor. XV, 28).

IV

Pero si el Padre le había dado a El ser Dios y a nosotros el ser hombres; si El era Hijo y nosotros sólo creaturas, esa diferencia desapareció gracias al mismo Cristo y al Padre que nos lo envió, porque ahora el *Espíritu Santo*, a quien también debemos gracias infinitas como Enviado del Padre y del Hijo, nos ofrece el ser tan hijos del Padre como lo es Jesús, es decir, no adoptivos sino verdaderos" (I Juan III, 1; Ef. I, 5). De Cristo recibimos "la misma gloria que el Padre le dió a El" (Juan XVII, 22-24), de modo que El

ya no es Hijo único, sino "primogénito entre muchos hermanos" (Rom. VIII, 29), y nosotros somos "semejantes a Él" (I Juan III, 2), no sólo en el espíritu, sino también en nuestros cuerpos que, si con El los humillamos (Filip. III, 10 s.), El hará iguales a su cuerpo glorioso (Filip. III, 20-21).

Hemos dicho que el Espíritu Santo nos ofrece esta maravilla de la filiación divina (cf. II Pedro I, 4). Habríamos podido decir "nos da", en vez de "nos ofrece". Pero la distinción es conveniente. Porque esto no se produce sólo de una manera externa como quien trata a un ser inanimado o dormido o muerto. Para recibirlo todo, se nos impone como condición el creer que es verdad.

He aquí, pues, la suprema enseñanza y el supremo ejemplo de Jesús: *la gratitud sin límites de un hijo a su Padre, a quien debe todo*; gratitud que se empeña eternamente en darle honor y alabanza y gloria, y no puede soportar que nadie se la dispute. Y por eso quiere que todos seamos párvulos, como esos niños muy pequeños que aún no han aprendido lo que es desear la gloria propia.

[Regresar al Índice](#)

CRECER EN EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

I

Es en Cristo en quien están escondidos *todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*. Así nos enseña San Pablo en Col. II, 3. ¡Están escondidos! Pues, como dice el mismo Apóstol en otro lugar, la sabiduría de Dios se predica “en el misterio” (I Cor. II, 7). ¡Y pensar que hay hombres que miran a Cristo como un tema cualquiera de investigación! Como si El necesitase someterse de nuevo al interrogatorio de Caifás y Pilato, o fuese un enfermo y nosotros sus médicos. Poco ha, vimos un libro cuyo autor toma a Cristo por un loco, el que sólo gracias a la falta de manicomios en Galilea pudo predicar la "loca idea de un reino de Dios" ¡Y se permite que se impriman tan groseras blasfemias! ¿No se levantarán algún día las mismas máquinas y tipos de la imprenta para matar a tales blasfemos?

Es que no conocen que en Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría, y que el hombre es incapaz de reemplazarlos con las lucubraciones de su falaz inteligencia.

Uno puede llegar a ser un erudito en todo lo que es relativo a la Biblia, en todo lo que es *extrínseco*, pero eso no sacia la sed de aguas vivas. Alguien decía que era como si tuviéramos, cerrado herméticamente, un frasco de exquisitos caramelos y nos preocupásemos, todo el tiempo, del frasco, y de su historia, y de los intentos de los que no supieron abrirlo... pero no llegáramos nunca a comer los caramelos.

Algo semejante ocurre en el estudio demasiado teórico de los *idiomas*, que son cosa viva. Como hace observar un notable vulgarizador del griego y del latín, las lenguas, aún las llamadas muertas, se aprenden más por la práctica que por la teoría. Y añade que la práctica siempre es posible desde el primer día, con citas de versos y textos que fácil y agradablemente aprendemos de memoria y que en dos o tres líneas resumen mayor contenido gramatical aplicado que cuanto pudiera estudiarse en varios fríos capítulos preceptivos. Y así proclama el fracaso de esos sistemas, en que el alumno, sin saber aún la menor palabra del griego, debe aprender, como introducción a la gramática, todo un tratado filológico sobre la formación de las palabras, etc.

No olvidemos que en la Sagrada Escritura, cuya inteligencia está prometida a los pequeños más que a los sabios y prudentes (Luc. X, 21), los caramelos interesan mucho más que el frasco. Nada mejor sobre esto que la explicación de San Agustín respecto de la sexta Bienaventuranza: "Los limpios de corazón son los que ven a Dios, conocen su voluntad, oyen su voz, interpretan su palabra. **Tengamos por cierto que para leer la santa Biblia, sondear sus abismos y aclarar la oscuridad de sus misterios poco valen las letras y ciencias profanas, y mucho la caridad y el amor de Dios y del prójimo**".

II

Ahora bien, el misterio fundamental de la Biblia es el *misterio de Cristo*; por lo cual la vida espiritual depende necesariamente de su compenetración, como lo exige San Pablo en I Tim. V, 16 ("Misterio de la piedad"). En otras palabras, depende del *crecimiento* "en Cristo", sin el cual nada podemos (Juan XV, 1-5); crecimiento que consiste principalmente en tomar conciencia de la posición en que Dios nos ha colocado por amor a su Hijo. Es evidente que, si un hombre que se creía siervo, se entera de que es hijo del Amo, cambiará su posición con la nueva conciencia de su estado, y su conducta ya no será la de un siervo, sino la de un hijo.

Así, pues, dice San Pedro que hemos de desear ardientemente, "como niños recién nacidos", la leche espiritual del conocimiento que es lo que hace crecer nuestra salud (I Pedro II, 2-3). Y la postrera palabra, con que se despide al final de su última carta, es para insistir en ello: "Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (II Pedro III, 18).

También San Pablo habla de este crecimiento y nos enseña que, siguiendo la verdad en el amor, *crezcamos en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo*, (Ef. IV, 15). El sumo bien que el Apóstol nos desea, es que "el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, nos dé el espíritu de sabiduría y de revelación por su conocimiento, iluminando los ojos de nuestro espíritu para que conozcamos cuál es la esperanza a que nos llama" (Ef. I, 17-18). El mismo Apóstol, al disponerse a hablarnos del "Misterio escondido desde antes de todos los siglos" (Col. I, 26), ruega que para ello seamos "llenados del conocimiento de su voluntad con toda la sabiduría y la inteligencia espiritual, para caminar así de una manera digna del Señor,

para agradarle en todas las cosas, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios" (Col. I, 9-10).

El corazón apostólico de San Pablo expresa los mismos anhelos en otras muchas ocasiones, por ejemplo cuando confiesa: "No ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el *conocimiento de Cristo*" (Ef. I, 16-17).

Estos textos sirvan de estímulo para aquellos que beben en los pobres arroyuelos de la sabiduría humana y no en los raudales de la Sagrada Escritura, que, rebosando de sabiduría divina, nos invita a buscar en ella los tesoros del conocimiento que están escondidos en Cristo (Col. II, 3). Esta sabiduría supera inmensamente a todos los conceptos de nuestra inteligencia, pues lleva en sí el germen de la vida eterna: "La vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, Enviado tuyo" (Juan XVII, 3). ¿Quién no quiere alcanzar la vida eterna? Pues bien, aprenda a conocer a Cristo y crecer en su conocimiento.

III

Desde el Antiguo Testamento sabemos que no es difícil llegar al conocimiento de los misterios de Dios que los Libros sapienciales resumen bajo el nombre de *sabiduría*. Desear la sabiduría es ya tenerla, porque "se deja ver fácilmente de los que la aman y hallar de los que la buscan" (Sab. VI, 13). Esta maravillosa revelación divina se confirma a través de toda la Biblia. El que desea la sabiduría ya la tiene, **pues si la desea es porque el Espíritu Santo ha obrado en él para quitarle el miedo a la sabiduría, ese sentimiento monstruoso de desconfianza que nos hace temer la santidad y aún huir de ella, como si el conocimiento de un misterio divino no fuese nuestra felicidad, sino nuestra desdicha.** Vémoslo, pues, claramente: Si yo no creo que esto es un bien ¿cómo voy a desearlo? Por consiguiente, si lo deseo, ya he descubierto que ello es un bien deseable, y ya me he librado de aquel miedo que es la obra maestra del diablo y del cual nadie puede librarme sino el Espíritu Santo, que es el Espíritu de mi Salvador Jesús; y entonces ya soy sabio y crezco "hacia adentro de Aquel que es la cabeza, Cristo" (Ef. IV, 15).

Tengamos, pues, cuidado de no disfrazar, como si fuera obediencia a la jerarquía, nuestra *indiferencia* por conocer a Cristo, nuestra falta de interés

por los misterios y promesas del Evangelio y de San Pablo. ¿Pretenderemos acaso que el Sumo Pontífice nos mande un telegrama cada vez para definirnos el sentido de tal o cual versículo dudoso, o que el Obispo o el Párroco esté junto a nosotros todo el día para decirnos qué pasaje podemos leer en cada instante? ¿Tenemos ese mismo escrúpulo para leer el diario o las novelas? ¿No conocemos acaso los reiterados llamados de los Sumos Pontífices a leer diariamente la Biblia? ¿No hay ediciones de la Biblia con comentarios que guían al lector? ¿Es que acaso se trata de dogmas que hayamos de inventar, y no se trata más bien de creer en la intimidad y el amor de nuestro Redentor, a quien siempre podemos acercarnos? Así como no hay peor sordo que el que no quiere oír, así también no hay peor miedo que el miedo a la luz, el cual, como dice Jesús es propio de los que obran el mal (Juan III, 20).

Dice un proverbio: "Allí donde hay una voluntad hay un camino". Esto, que tomado en el sentido puramente estoico no valdría nada, es aquí verdad sólo en virtud de esa asombrosa benevolencia de Dios que está deseando prodigar los tesoros de su sabiduría y solamente espera que nos dignemos aceptarlos, como si el beneficio fuese para El y no para nosotros. No de otro modo suplica la madre al niño que tome su alimento, y se siente feliz cuando ve que lo acepta, como si fuera ella quien recibe el beneficio.

Sin embargo, aunque Dios ofrece sus tesoros todos muy liberalmente (Sant. I, 5), quiere que se los pidamos. Así también el don más grande, el conocimiento de Cristo, es solamente para los que lo buscan y anhelan, los humildes y pequeños, no para los soberbios que por su conducta demuestran que nada les importa de Cristo, ni de su palabra y obra.

Quien se libra de esta suficiencia y se interesa por crecer en el conocimiento de Cristo, no tardará en experimentar la suavísima verdad de que Dios revela a los pequeños lo que oculta a los sabios (Luc. X, 21). Quien, en cambio, desprecia la palabra divina no crece espiritualmente y pertenece siempre a la categoría de los que son "niños fluctuantes y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, al antojo de la humana malicia y de la astucia que conduce engañosamente al error" (Ef. IV, 14). Nunca alcanzan "el estado de varón perfecto, la estatura propia del Cristo total" (Ef. IV, 15); mueren tan necios como nacieron, **porque prefirieron la luz de la linterna a los rayos del sol.**

[*Regresar al Indice*](#)

LO QUE JESUS DA Y PROMETE

I

Lo que Jesús da y promete no son tales o cuales cosas, sino sus propias cosas, todo lo que El es y lo que El tiene, lo que El mismo recibió por la amable voluntad de su Padre. Y nótese que el Padre se lo da todo absolutamente y desde toda la eternidad, junto con el Ser divino: "todas las cosas me han sido dadas por mi Padre" (Luc. X, 22). De ahí que San Pablo diga que todas las cosas son nuestras, y nosotros de Cristo, y Cristo de Dios (I Cor. III, 22-25), es decir, del Padre que se las sometió todas (I Cor. XV, 28) y que también lo hace vivir de su propia vida (Juan VI, 57); que le da el tener vida en Sí mismo (Juan V, 26), y su Espíritu sin medida; que lo ama y pone todo en su mano (Juan V, 54-55) y le muestra todo lo que hace (Juan V, 20); que le da toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18), el poder de resucitar (Juan V, 21), y el poder de juzgar (Juan V, 27), y le ofrece en herencia las naciones (Sal. II, 8), y sobre ellas una dominación eterna y un reino que no tendrá fin (Dan. VII, 14), y el trono de David su padre (Luc. I, 32).

Pues bien, apenas Jesús ha recibido todo eso de su Padre, nos lo da todo, si así le *creemos*. Le dice al Padre que la gloria recibida de El nos la ha dado a nosotros (Juan XVII, 22) y que quiere para nosotros eternamente la misma gloria que El recibió antes de todos los siglos (Juan XVII, 24); nos promete la realeza como su Padre se la dió a El (Luc. XXII, 29) y sentarnos a su mesa en su reino (Luc. XXII, 30), después de transformar nuestro vil cuerpo, haciéndolo como el Suyo glorioso (Filip. III, 20-21). A los Apóstoles les promete doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, 28); a los demás el compartir su trono y dominar a las naciones (Apoc. III, 21; Apoc. II, 26) y ciudades (Luc. XIX, 15-19), y aún que juzgarán a los ángeles, según lo revela San Pablo (I Cor. VI, 3).

II

Entretanto, y mientras El se va a prepararnos la morada en casa de su Padre para volver y tomarnos (Juan XIV, 2-5), nos deja la paz, pero no cualquiera, sino la suya propia: "os dejo la paz, os doy la paz mía" (Juan XIV, 27). Antes nos ha dado todas las Palabras que oyó del Padre (Juan XVII, 8), para que dejemos de ser siervos y seamos sus amigos (Juan XV, 15), y le dice al Padre que nos ha dado esas palabras para que nosotros

tengamos el gozo cumplido que El tiene (Juan XVII, 13). Ese gozo que es fruto del Espíritu (Gál. V, 22), de la Palabra (I Juan I, 4) que es Espíritu y es Vida (Juan VI, 63; Vulgata VI, 64).

Ese gozo cumplido es lo que Jesús nos enseña a pedir con la seguridad de obtenerlo. Bien se comprende esa seguridad, pues vimos que el gozo es fruto del Espíritu, y ese Espíritu no se niega a nadie que lo pide al Padre, así como nosotros no negamos el pan a nuestro hijo que nos lo pide, ni le damos en cambio una piedra (Luc. XI, 13). De ahí que en el pasaje "pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Juan XVI, 24) algunos prefieren la versión: "pedid y recibiréis que vuestro gozo sea cumplido" esto es: "pedid que vuestro gozo sea cumplido y lo recibiréis". **Con lo cual queda dicho que el gozo pleno, o sea la felicidad, está en nuestras manos si lo pedimos y no desconfiamos.** Y no puede sorprender esto aunque sea cosa tan admirable, pues la misma Escritura nos dice, según la Vulgata, **que el gozo, así como prolonga la vida del hombre, es también un tesoro inagotable de santidad** (Ecli. XXX, 23), por lo cual San Pablo nos dice y repite: "Gozaos constantemente en el Señor" (Filip. IV, 4).

III

Mas no hemos terminado de ver las cosas suyas que nos da Jesús: antes de padecer nos da como "verdadera comida y bebida" (Juan VI, 55; Vulgata VI, 56) su Cuerpo que será partido para nosotros (Luc. XXII, 19) y su Sangre que será derramada para nosotros como Nueva Alianza (Luc. XXII, 20), a fin de que vivamos de su propia vida y recordemos sin cesar su Sacrificio redentor (I Cor. XI, 26).

Antes de morir le entrega a San Juan su propia Madre (Juan XIX, 27), y después de su Resurrección, habiéndonos ganado ya el bien supremo de la filiación divina que se da a los que creen en El (Juan I, 22), nos da eso, es decir, lo más grande de todo, que es su propio Padre divino, de quien El todo lo recibe eternamente y a quien El todo lo debe. Y entonces ya nos llama hermanos, porque tenemos el mismo Padre (y aún la misma Madre) que El: "Ve -le encarga a Magdalena- y di a *mis hermanos* que subo a *mi* Padre y *vuestro* Padre, *mi* Dios y *vuestro* Dios" (Juan XX, 17). Y no nos da ese Padre de cualquier manera, sino para que nos ame con el mismo amor que a Él (Juan XVII, 26), de modo que seamos "consumados en la unidad" con el Padre y con el Hijo (Juan XVII, 23).

A la luz de tan asombrosos dones como los que aquí vemos ¿tendría disculpa quien siguiera pensando que el Evangelio es solamente una colección de mandamientos?

[*Regresar al Indice*](#)

ORAR CON CRISTO

I

Al considerar las características de la piedad cristiana hemos de recordar en primer término que no oramos solos, ni como individuos aislados, ni sólo como representantes de una comunidad o de un pueblo, sino como miembros de un Cuerpo Místico, cuya cabeza es Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre. "Per Christum Dominum nostrum" -por Jesucristo, nuestro Señor- elevamos nuestras oraciones a Dios, y en esto se distingue fundamentalmente la oración cristiana de las preces formuladas por los adeptos de otras religiones.

No es nuestro "yo" el que da valor a la oración, sino la unión del "yo" humano con el divino Mediador, que se hizo sustituto nuestro ante el Padre. Por eso dice El mismo, según San Juan XV, 5: "*Sin Mí nada podéis hacer*"; y San Pablo agrega que el que nos anima y capacita para pronunciar el nombre del divino Sustituto es el Espíritu Santo, quien es a la vez el glorificador de Jesús (cf. Juan XVI, 14): "Nadie puede decir que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo" (I Cor. XII, 5). Es pues, por Jesucristo y su Santo Espíritu, que dirigimos nuestras oraciones al Padre, como el mismo Apóstol lo expresa en la Carta a los Romanos: "No sabemos qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo; el mismo Espíritu hace nuestras peticiones con gemidos que son inexplicables" (Rom. VIII, 26).

Es ésta una gran luz para los flacos en la fe y en la confianza, que no creen en la eficacia de la oración o se creen incapaces de orar sin distracción. ¡Cristo y el Espíritu Santo nos ayudan! Y sus acentos dan gracia a nuestro balbuceo ante el Padre. Todo al revés del mezquino concepto que tal vez nos hemos formado de la parte divina en nuestros actos de piedad, como si Dios, después de la creación del mundo, se hubiese entregado a la pasividad, para que la actividad humana se manifieste sin trabas. En realidad es la oración tanto más perfecta cuanto más parte tiene en ella Dios y menos el hombre.

Orar con Cristo es, por consiguiente, como dijimos en la nota al versículo citado ("Las Cartas de San Pablo", edic. Plantín, pág. 38), "*una actividad más bien receptiva*, pero incompatible con la distracción, pues, está hecha precisamente de atención a lo que Dios obra en nosotros con su

actividad divina fecundante. Esa atención no acusa modificaciones sensibles, sino que es nuestro acto de fe vuelto hacia las realidades inefables de misericordia, de amor, de perdón, de redención y de gracia que el Esposo obra en nosotros apenas se lo permitimos, pues sabemos que El siempre está dispuesto, ya sea que lo busquemos -en cuyo caso no rechaza a nadie (Juan VI, 57),--, o que simplemente le dejemos entrar, porque El siempre está llamando a la puerta (Apoc. III, 20); y aun cuando no le abramos, atisba El por las celosías (Cant. II, 9), y aun nos persigue como un "lebril del cielo". Cuanto más sabemos esto más aumenta nuestra confianza y más se despierta nuestra atención a la realidad espiritual de la oración".

II

Orar con Cristo no sólo significa estar unido con El místicamente, sino también seguir, por decirlo así, su *método*. Si Jesús es nuestro Maestro, ¿nos habrá acaso dejado sin instrucciones sobre el elemento más vital de la piedad? ¿Cómo practicaba El la oración? ¿Tenemos ejemplos de su oración? Sí, los tenemos. Y lo más interesante es que la primera oración de Jesús no está en el Evangelio, sino en el Salterio, lo cual nos muestra una vez más la unión de los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, que se completan mutuamente y se arrojan luz el uno sobre el otro.

Esa *primera oración de Cristo* se halla en el Salmo LIX, vers. 7 y 8, y para que no dudemos de su autenticidad, el Espíritu Santo la hizo citar por San Pablo en la Carta a los Hebreos, donde leemos: ***"Por lo cual dice Jesús al entrar en el mundo: Sacrificio y oblación Tú (oh Dios), no los quisiste, pero un cuerpo me has preparado. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo; así está escrito de Mi en el rollo del Libro, para que haga, oh Dios, Tu Voluntad"*** (Hebr. X, 5-7).

El Apóstol ve en esta oración la de Cristo con motivo de su entrada en el mundo, o sea en aquel momento en que se materializó su existencia humana en el seno purísimo de la Virgen, y en que su alma, bajo los irresistibles impulsos del Espíritu Santo, ofreció al Padre ese santísimo cuerpo que había recibido para el cumplimiento de su misión redentora.

III

¿No es notable y digno de la mayor atención que la primera oración de Jesús sea una palabra del *Salterio*? Si el Hijo de Dios, el "hombre" más inspirado que jamás viviera en la tierra, al elevar su corazón al Padre, ha recurrido a la Escritura como fuente de las palabras más dignas del Altísimo, ¿cuán mal parados quedamos entonces nosotros al pretender crear fórmulas mejores y más acertadas? Del ejemplo que nos ha sido dado por Cristo, **hemos de sacar la enseñanza de que hemos de obrar como Él, y no confiar en nuestra propia inspiración, sino dejarnos conducir por las *Sagradas Escrituras*, por la Palabra de Dios y las fuentes sobrenaturales, como lo hace la Iglesia al formular las oraciones del Misal y Ritual. Imitemos a Cristo y a la Iglesia, bebamos en el manantial inagotable de la Biblia, donde encontramos siempre la mejor inspiración y la expresión más sublime y más adecuada para lo que deseamos decir, pues ese mismo Espíritu que inspiró el Libro Sagrado, inspira también al que ora rectamente, como vemos en Rom. VIII, 26.**

No fué solamente la primera oración la que el Hijo del hombre sacó del Salterio; también sus *últimas palabras* proceden de ese mismo libro divino. Cuando su cuerpo se desangraba bajo horribles tormentos físicos y su alma cargada con los pecados de la humanidad (II Cor. V, 21) apuraba la última gota del cáliz de la amargura, no encontraba palabras más apropiadas para expresar su dolor que las del salmista: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Sal. XXI, 2; cf. Mat. XXVII, 46; Marc. XV, 34). Y en su último aliento escuchamos igualmente palabras de la Sagrada Escritura, pues de los Salmos fueron las que pronunciara al expirar, diciendo con esa amorosa y confiada entrega que hemos de aprender de Él: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Sal. L, 6; cf. Luc. XXIII, 46).

IV

Como Jesucristo, así también su santísima Madre usaba como "devocionario" la Escritura, especialmente los Salmos. El Magnificat de la Virgen (Luc. I, 46 ss.) es un tejido de textos bíblicos, lo mismo que el Cántico de Zacarías (Luc. I, 68 ss.). Esto prueba hasta qué punto aquellos santos se habían compenetrado de la Palabra de Dios, y cómo sabían aprovecharla para sus oraciones e himnos eucarísticos. También San Esteban concluye su glorioso martirio con una palabra de la Escritura (Hech. VII, 59).

¿Es extraño que los apóstoles, que tantas veces presenciaron la oración de Jesús, le pidieran que les enseñase a orar? (Luc. XI, 1). Y Él les enseñó el *Padrenuestro*, la oración que en su sola estructura contiene ya toda la substancia de ambos Testamentos.

Por todo esto vemos la inmensa importancia que en la oración de Jesús y de sus discípulos tiene la Biblia, sin la cual no entenderíamos sus oraciones, como tampoco las de la Iglesia, las cuales rebosan de reminiscencias, ideas y citas literales del Libro sagrado, que no revelan su verdadero sentido sino a los que conocen los textos aludidos, al igual que las vidrieras góticas con sus figuras y escenas sólo son comprendidas por los que conocen los originales bíblicos que ellas representan.

Usando la Sagrada Escritura como texto de su oración Jesús nos ha mostrado también de una manera práctica las íntimas relaciones entre la Antigua y la Nueva Alianza, que hoy todavía son tan estrechas, que un libro del Antiguo Testamento, el Salterio, es la oración oficial de la Iglesia y de todos los sacerdotes del orbe católico.

Orar con Jesús es, pues, no solamente orar en unión con Él y con la Iglesia, su cuerpo, sino también en cuanto es posible, con las mismas palabras que Él consagró en los días de su vida terrena cuando de sus labios brotaron las oraciones del Libro eterno.

[*Regresar al Índice*](#)

ESCATOLOGÍA

LOS CINCO MISTERIOS DE SAN PABLO

El P. Sales hace notar que el Apóstol usa la palabra "misterio" a menudo acompañada de la expresión "no quiero que ignoréis", cuando quiere dar una enseñanza de gran importancia. Se destacan así, en la enseñanza de San Pablo, cinco misterios principales, que podemos llamar: 1) *Mysterium sapientiae*; 2) *Mysterium iniquitatis*; 3) *Mysterium Ecclesiae*; 4) *Mysterium resurrectionis et vitae*; 5) *Mysterium salvationis Israel*.

I

El primero es el que se llama de la *Sabiduría* de Dios, que se predica "en misterio" (I Cor. II, 7), presentando las cosas espirituales para los hombres espirituales (ibid. 13), de modo que no pueda percibir las el hombre simplemente razonable o "psíquico" (ibid. 14) en tanto que, a los espirituales, el Espíritu Santo les hace penetrar "aún las profundidades de Dios" (ibid. 10). Por eso no entienden la Sabiduría los sabios según la razón, sino los pequeños. Es el mismo misterio que revela Jesús al decir gozoso a su Padre que lo alaba porque ocultó a aquéllos *estas cosas* que reveló a los pequeños (Luc. 10, 21).

II

El *misterio de iniquidad* (II Tes. II, 7), que culminará en el Anticristo y su triunfo sobre todos los que no aceptan aquel misterio de la sabiduría, y "ya está operando" desde el principio, en forma de cizaña mezclada con el trigo, a causa del dominio adquirido por Satanás sobre Adán, y mantenido sobre todos sus descendientes que no aprovechan plenamente la redención de Cristo. Es, no sólo el gran misterio de la existencia del pecado y del mal en el mundo, no obstante la omnipotente bondad de Dios, sino principalmente, y en particular, el misterio de la apostasía (II Tes. II, 3) con el triunfo del Anticristo sobre los santos (Apoc. XIII, 7), con la mengua de la fe en la tierra (Luc. XVIII, 8) y, en una palabra, con la aparente victoria del Diablo y aparente derrota del Redentor por la apostasía que nos rodea

hasta que Él venga a juzgar el mundo y triunfar gloriosamente en los misterios más adelante señalados para el fin.

III

El *misterio de la Iglesia*, que el Apóstol llama también misterio del Evangelio, y "misterio grande" (Ef. V, 32) en cuanto contiene la unión íntima de Cristo con su cuerpo místico y las Bodas del Cordero con su Esposa la Iglesia, anunciadas en el Apocalipsis (Apoc. 19, 6 ss.). Es el misterio por el cual Dios resuelve formarse de entre los gentiles un pueblo para su nombre (Hech. XV, 14) derribando, por la Sangre de Cristo, el muro que los separaba de Israel (Ef. II, 14), en su propósito de reunir en uno a todos los hijos de Dios (Juan XI, 52) a fin de que, finalmente hubiese, incluso las doce tribus de Israel, un solo rebaño bajo un solo Pastor (Juan X, 16).

Se llama misterio, porque en vano se habría pretendido descubrirlo en el Antiguo Testamento, ya que sólo a Pablo, "el último de todos los santos", le fué dado "revelar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido en Dios desde todos los siglos" (Ef. III, 9) y desde todas las generaciones (Col. I, 26) y aún para los ángeles (Ef. III, 10) desde los tiempos eternos (Rom. XVI, 25). Esto, no obstante haber existido "antes de la creación el mundo", en la mente del Padre Celestial que, según el deseo de su benevolencia hacia nosotros, nos había predestinado a ser hijos por obra de Jesucristo (Ef. I, 4-5), e iguales a Él (Rom. VIII, 29) en nuestro cuerpo glorificado (Filip. III, 20-21).

IV

El *misterio de la resurrección y de la vida*, según el cual no sólo resucitaremos y seremos transformados, **sino que habrá hombres que serán transformados vivos** (I Cor. XV, 51 ss. texto griego), y que los que vivamos en la segunda venida del Señor "seremos arrebatados al encuentro de Cristo en los aires" (I Tes. IV, 16 ss.) **junto con los hermanos resucitados**. Llama a esto "misterio", porque es la derrota definitiva de la muerte, que entró en el mundo por aquel misterio de iniquidad, y a la cual se le quitará:

- 1) *su victoria* ya obtenida, pues los muertos resucitarán;
- 2) su aguijón, o espada, pues ésta ya no podrá matar a los que serán transformados (I Cor. XV, 54 ss.). Es lo que Jesús dice Marta: El que cree

en Mí, si hubiere muerto vivirá, y todo viviente y creyente en mí, no morirá nunca (Juan XI, 25).

Sobre este gran misterio véase el artículo del P. Latte, S. J., publicado en el núm. 41 de la Revista Bíblica, bajo el título: “La versión Vulgata de I Corintios XV, 51”.

V

El *misterio de la salvación de Israel* (Rom. XI, 25 ss.), que es misterio:

a) porque será obra gratuita de la misericordia, sin mérito alguno de los hombres, y esa misericordia para con los unos hallará motivo en la incredulidad de los otros (Rom. XI, 21 s.), así como la incredulidad de Israel fué motivo para que los gentiles fuesen admitidos (Rom. XI, 30);

b) es misterio porque con esto terminarán los actuales "tiempos de las naciones" (Luc XXI, 24); c) porque se cumplirán las maravillosas promesas de los Profetas acerca de la santidad del reino mesiánico y la sublime glorificación de Jesús (Sal. II, IV, XLIV, LXXI, CIX, etc).

Quien medita en estos Misterios, está cerca de Cristo, porque Él es quien los reveló a su discípulo Pablo.

[Regresar al Índice](#)

¿QUE DICE LA SAGRADA ESCRITURA DEL ANTICRISTO?

I



El vocablo *Anticristo* pertenece exclusivamente a San Juan, quien lo usa tan sólo en sus Epístolas (I Juan II, 18, 19, 22; IV, 3, y II Juan 7), tomándolo a veces en plural y haciéndolo proceder "de entre nosotros", en lo cual coincide con lo que San Pablo llama *apostasía* (II Tes. II, 5) y "*misterio de iniquidad*" (ibid. II, 7). También lo llama San Pablo "*hombre de pecado*" (ibid. II, 5) y "*aquel inicuo*" (ibid. II, 8). De ahí que se discuta si será una persona singular o un fenómeno colectivo. Aun en este menos probable caso parecería una siempre habrá alguien que obre como cabeza de ese movimiento.

Algunos identifican al Anticristo con la *Bestia del Apocalipsis*, o sea, "*la bestia del mar*, que tenía siete cabezas, y diez cuernos y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia" (Apoc. XIII, 1 ss.). Pero será más bien "*la bestia de la tierra*" o el "*falso profeta*" (Apoc. XIII, 11-18). La unión de elementos tan contrarios en las dos bestias significa que las tendencias más opuestas se reunirán para destruir el Reino de Dios. Compárese este capítulo 13 del Apocalipsis con la Profecía de Daniel sobre las cuatro bestias (Daniel cap. VII). En Daniel salen todas las bestias del mar, y entre todas tienen también siete cabezas, igual a la bestia del Apocalipsis. Además le sale a la cuarta bestia daniélica un *pequeño cuerno* que se hace grande. En este pequeño cuerno ven los Padres una figura del Anticristo o a ése mismo.

II

Para estudiar el fenómeno del Anticristo no debe prescindirse tampoco del Misterio de la gran Babilonia, o sea, la ramera sentada sobre el Dragón (Satanás), cuya caída describe el Apocalipsis en los capítulos XVII, XVIII y principio del XIX.

Estos tremendos anuncios escatológicos para los tiempos que precederán a la Parusía o Retorno de Cristo, coinciden con lo que El mismo nos dijo muchas veces, **al revelarnos que a su vuelta no hallará fe en la tierra** (Luc. XVIII, 8); **que su regreso sorpresivo será como en los días de Noé y los días de Lot en que nadie temía ni creía en la catástrofe** (Mat. XXIV, 37; Luc. XVII, 26-30); **que en esos últimos tiempos se enfriará la caridad de la mayoría** (Mat. XXIV, 12, texto griego) **y será tal la iniquidad que aún los escogidos, si posible fuera, se perderían** (XXIV, 24), **si bien los tiempos serán abreviados por amor de los elegidos** (XXIV, 22).

Estos *tiempos calamitosos del fin* son también anunciados por San Pedro (II Pedr. III, 3 s.), por San Judas (18), y por los Profetas Isaías, Ezequiel y Daniel, aunque en la visión escatológica de Isaías aparece *Edom* como representante de los enemigos de Dios. Bien clara y muy citada es la profecía de Daniel sobre el Anticristo: *"Y hablará palabras contra el Excelso, y atropellará los santos del Altísimo y pensará poder mudar los tiempos y las leyes; y (los hombres) serán puestos en su mano hasta un tiempo, y dos tiempos, y mitad de un tiempo"* (Dan. VII, 25).

III

La dominación del Anticristo sobre el mundo, será, pues, de *un tiempo, y dos tiempos, y mitad de un tiempo*, o sea, en total de tres tiempos y medio. Numerosos intérpretes antiguos, entre ellos San Jerónimo, San Efrén, Teodoreto, y muchos modernos sostienen que "tiempo" corresponde aquí al espacio de un año. Con esto parece coincidir el Apocalipsis de San Juan que dice: Diósele asimismo una boca que hablase cosas altaneras y blasfemias, y se le dió facultad de obrar, por espacio de cuarenta y dos meses (XIII, 5), tiempo durante el cual predicarán los dos testigos: *"Entretanto Yo daré (orden) a los dos testigos míos y harán oficio de profetas, cubiertos de cilicio, por espacio de 1260 días"* (XI, 5). En aquel tiempo la mujer misteriosa será llevada y guardada en el desierto: *"A la mujer, empero, se le dieron dos alas de águila grande, para volar al desierto a su sitio, en donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos, y la mitad de un tiempo lejos de la Serpiente"* (XII, 14).

Tres tiempos y medios -42 meses-, 1260 días, significan aparentemente el mismo lapso de tiempo. Sin embargo, aunque esta opinión es muy

plausible hay que observar que en esta materia nada sabemos de seguro (Fillion).

Sobre la *obra destructora* que realizará el Anticristo, léanse los pasajes citados, en primer lugar el capítulo XIII del Apocalipsis. Se le dará: "*potestad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación*"; y lo adorarán "*todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero*" (Apoc. XIII, 7 y 8). Será un dictador como el mundo no lo ha visto nunca, un señor absoluto que reúne en sus manos todos los poderes del mundo, aprovecha todos los progresos e invenciones de la técnica, y avasalla irresistiblemente las masas con el resplandor de sus éxitos.

IV

¿Y cuál será su *fin*? Dice S. Pablo que Jesús matará al Anticristo "*con el aliento de su boca*" y "*con el resplandor de su venida*" (II Tes. II, 8), o como dice el texto griego: con la "*epifanía de su parusía*". Cf. Apoc. XIX, 15, y también Is. XI, 4: "*Con el aliento de sus labios dará muerte al Impío*".

En la gran Biblia con comentario de Dom Calmet y de Vence, se dice a este respecto: "En efecto, ya hemos observado que, según toda la Tradición, el Apóstol habla de la última venida de Jesucristo, cuando, después de haber anunciado la venida del Anticristo, agrega que el Señor Jesús destruirá a ese impío por el aliento de su boca y lo perderá por el resplandor de su presencia, o mejor de su advenimiento; porque el griego "parusía" significa una y otra cosa, y la Vulgata prefiere la última: ille iniquus quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui et destruet *illustratione adventus sui*" (*Disertación sobre el Anticristo*, Tomo 16, p. 85).

Y en la *Disertación sobre la sexta edad de la Iglesia*, la misma erudita obra expresa: "Por consiguiente el tercero y último "ay" (del Apocalipsis) es del advenimiento del soberano Juez, como los santos Doctores lo reconocen. Por tanto, la persecución que precede *inmediatamente*, y en la cual los dos testigos, son matados por la bestia que sube del abismo, *es la del Anticristo*, como toda la Tradición lo ha reconocido. Hay, pues, bien realmente una trabazón íntima entre estos cuatro grandes acontecimientos: la misión de los dos testigos, la venida de Elías que será uno de ellos, la persecución del Anticristo por quien los dos testigos deben ser condenados a muerte, y la última venida de Jesucristo que debe exterminar al

Anticristo por el resplandor de su gloria: Eliam Thesbiten, fidem Judaeorum, Antichristum persecuturum, Christum venturum" (Tomo 16, 11 722).

Más adelante (p. 781) repite este concepto y lo atribuye a San Agustín, diciendo: "Es, pues, verdad que habrá una unión íntima entre estos cuatro grandes acontecimientos, la misión de Elías, la conversión de los judíos, la persecución del Anticristo y la última venida de Jesucristo, como San Agustín lo había aprendido de aquellos que aparecieron antes que él, y como nosotros mismos lo hemos aprendido de todos los que han venido después de él (San Agustín, *de Civitate Dei* 20, cap. último)".

[Regresar al Índice](#)

EL OLVIDO DEL APOCALIPSIS

I

“Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro” dice el Ángel a San Juan Evangelista después de haberle revelado los arcanos del Apocalipsis (Apoc. XXII, 7). De modo que es una bienaventuranza guardar esas palabras. Obsérvese que guardar no quiere decir cumplir, pues no se trata aquí de mandamientos; guardar - o “custodiar” como dice el latín—, quiere decir conservar las palabras en el corazón, como hacía María Santísima con las del Evangelio (Luc. II, 19 y 51). No es otro el sentido de la expresión de San Pablo cuando nos dice: “La Palabra de Dios habite en vosotros abundantemente” (Col. V, 16). Por lo demás, **el secreto de toda Palabra de Dios consiste precisamente en eso: en que el guardarla o conservarla es lo que hace cumplirla, como lo dice claramente el salmista: “Escondí tus palabras en mi corazón para no pecar contra Ti” (Sal. CXVIII, 11).**

Esta bienaventuranza que dan las palabras misteriosas de la Profecía del Apocalipsis, se extiende a todos, como se ve desde el principio (Apoc. I, 3): *“Bienaventurado el que lee y oye las palabras de esta profecía y conserva lo que en ella está escrito; porque el tiempo está cerca”*.

Tal afirmación de que “el tiempo está cerca”, está repetida varias veces en la profecía, y es dada como la razón de ser de la misma: “No selles (es decir, no ocultes) las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca” (XXII, 10). Compárese esto con lo que Dios dice a Daniel en sentido contrario, hablando de estos mismos tiempos de la vuelta de Cristo: “Pero tú, oh Daniel, ten guardadas cestas palabras, y sella el libro hasta el tiempo determinado: muchos le recorrerán, sacarán de él mucha doctrina” (Dan. XII, 4).

Este cotejo de ambos textos impone la conclusión de que si entonces, en tiempo de Daniel, algunas profecías habían de estar selladas, hoy es necesario, al revés, que las conozcamos. Si esto fuera así, si el esplendor de las maravillas de bondad y grandeza que Dios ha revelado al hombre, fuese conocido por todos los cristianos; si ellos se enterasen de que San Pablo nos revela misterios escondidos de Dios que ignoraban los mismos ángeles (Efes. III, 9 y 10), icómo aumentaría su interés y su amor por la religión! Entretanto, hoy se lamentan obispos europeos (Monseñor

Landrieux, de Dijón, Monseñor Girbeau, de Nimes etc.) de la insuficiencia de la enseñanza catequística, por haberse convertido en “una suma de mandamientos y en un catálogo de pecados, vacío del contacto con la persona de Cristo”, que es el Maestro y como tal se muestra en la Escritura.

El Ángel del Apocalipsis compara con los profetas a los que guardan las palabras de esa profecía (Apoc. XXII, 9), y tan insuperable importancia atribuye Dios al conocimiento de esa Revelación, que, además de las bienaventuranzas ya citadas, cierra ese Libro, que es el coronamiento de toda la Revelación divina, con estas terribles amenazas: *"Ahora bien, yo advierto a todos los que oyen las palabras de la profecía de este libro: Que si alguno añadiere a ellas cualquier cosa, Dios descargará sobre él las plagas escritas en este libro. Y si alguno quitare cualquiera cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará a él su parte del árbol de la vida, y de la ciudad santa, que están descritos en este libro"* (Apoc. XXII, 18 y 19, texto griego).

II

Ante estas palabras de Dios, confirmamos claramente lo que ya sabíamos por el Evangelio, esto es: que en el cristianismo no hay nada que sea misterio reservado a algunos pocos. "Lo que os digo al oído predicadlo sobre los techos", dijo Cristo en las instrucciones que dió a los doce apóstoles (Mat. X, 27), y al pontífice que lo interroga sobre su doctrina, le dice: "Yo he hablado al mundo abiertamente... y nada he hablado en secreto... interroga tú a los que me han oído" (Juan XVIII, 20 s.). Por eso al nacer la Iglesia en el instante de la muerte del Redentor, el velo que ocultaba los misterios del Templo quedó roto de alto a bajo (Mc. XV, 58).

Tiempo es, pues, de que caiga de los ojos de nuestros hermanos ese velo que los aparta de conocerlo a EL, que es la Luz; y que desaparezca ese equívoco que aleja a las almas de la fuente de Agua Viva, como si fuese veneno.

Aun hoy, a pesar de tantas y tan insistentes palabras de los Sumos Pontífices que recomiendan la *lectura diaria* de la Biblia hay quien se atreve a decir con audacia que estas cosas son peligrosas, como si la Palabra de Dios, que es “siete veces depurada” (Sal. XI, 7) pudiera contener veneno corruptor cuando el Espíritu Santo ha dicho que ella

“transforma las almas... y presta sabiduría a los niños” (Sal. XVIII, 8), y Cristo enseña que éstos la entienden mejor que los sabios (Mt. XI, 25). **¡Ay de los que apartan a las almas de la Palabra de Dios!** A ellos, a los falsos profetas, aplica San Juan Crisóstomo aquella maldición terrible de Cristo contra los sacerdotes de Israel, que ocultaban la Sagrada Escritura, que es la llave del cielo. **“¡Ay de vosotros, hombres de la Ley, que os habéis guardado la llave de la ciencia! Vosotros mismos no entrasteis, y a los que iban a entrar se lo habéis impedido”** (Luc. XI, 52).

III

Si para muchos la Biblia en general ha dejado de ser el libro de espiritualidad, ¿cuánto más el Apocalipsis? Ya en el siglo séptimo el IV Concilio de Toledo se vió obligado a excomulgar a los sacerdotes que no lo explicasen todos los años en las misas desde Pascua a Pentecostés (*Enchiridion. Biblicum* Nr. 24). **¿Qué dirían los Padres del Concilio si vieran cómo el Apocalipsis ha llegado a ser hoy el libro menos leído y más olvidado de la Biblia?**

“Bienaventurado el que lee y oye las palabras de esta profecía” (Apoc. I, 3). Leamos, pues, sin miedo la tremenda y dulcísima profecía del Apocalipsis. **Tremenda para los traidores de Cristo; dulcísima para “los que aman su advenimiento”** (II Tim. IV, 8) y aspiran a los misterios de la felicidad prometida para las Bodas del Cordero. Sobre ellos dice San Jerónimo: **“El Apocalipsis de San Juan contiene tantos misterios como palabras; y digo poco con esto, pues, ningún elogio puede alcanzar el valor de este libro”**.

Notemos que el no leerlo y el no creer en él es precisamente el síntoma de que esas profecías están por cumplirse, como lo dijo Cristo: “Lo que acaeció en tiempos de Noé, igualmente acaecerá en el tiempo del Hijo del hombre: comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que Noé entró en el Arca; y sobrevino entonces el diluvio que acabó con todos. Como también sucedió en los días de Lot: comían y bebían; compraban y vendían; hacían plantíos y edificaban casas; mas el día que Lot salió de Sodoma llovió del cielo fuego y azufre, que los abrasó a todos”. (Luc. XVII, 26-29).

Leamos el Apocalipsis. Y lo que no entendamos volvámoslo a leer una y mil veces, y estudiémoslo, y busquemos sacerdotes piadosos y libros

buenos que nos lo expliquen, no según las ideas de los hombres, sino según las luces de la misma Sagrada Escritura. Esta ocupación de descifrar los misterios de Dios es la única digna del sabio, dice el Eclesiástico (XXXIX, 1 ss.). No por la curiosidad malsana de los que pretenden hacer adivinanzas sobre los acontecimientos políticos de tal o cual país, sino por el ansia de conocer y admirar más y más los sublimes designios de Dios sobre el hombre, y poder sacar de ellos un fruto creciente de caridad.

Leamos especialmente el Apocalipsis en el tiempo de *Adviento*, en el cual la Santa Iglesia quiere prepararnos, como se ve en toda la liturgia, a ese segundo advenimiento de Cristo triunfante. Desde la primera antífona de Maitines clama la Madre Iglesia, como con trompeta de triunfo: “Al Rey y Señor que va a venir, venid, adorémosle”.

IV

La primera Encíclica de S .S. Pío XII, nos confirma en los conceptos que dejamos expuestos. Empieza el Papa recordando el 40° aniversario de la consagración del género humano al Corazón de Cristo por S. S. León XIII, y declara que quiere "hacer del culto al Rey de los Reyes y Señor de los señores (Apoc. XIX, 6), como la plegaria del introito de este Nuestro Pontificado". Hace luego una manifestación, verdaderamente trascendental con las palabras siguientes: "¿No se le puede quizás aplicar (a nuestra época) la palabra reveladora del Apocalipsis: Dices rico soy y opulento y de nada necesito; y no sabes que eres mísero y miserable y pobre y ciego y desnudo"? (Apoc. III, 17).

Además de estas referencias al Apocalipsis, el Sumo Pontífice expresa su creencia de que estamos “al comienzo de los dolores anunciados por Jesús en el discurso escatológico (Mt. XXIV, 8). Tan vehemente llamado del Papa ha de despertar las conciencias cristianas "para comprender que la Parusía, o segunda venida de Cristo, es verdaderamente el alfa y omega, el comienzo y el fin, la primera y la última palabra de la predicación de Jesús, que es su llave, su desenvolvimiento, su explicación, su razón de ser, su sanción; que es, en fin, el acontecimiento supremo al cual se refiere todo lo demás y sin el cual todo lo se derrumba y desaparece” (Cardenal Billot, *La Parousie*, 9).

El Cardenal Primado de nuestra patria nos ha dado el ejemplo de ese interés por Parusía de Cristo y por el libro escatológico que la explica, al

adopta como lema en su Escudo la palabra que cierra y resume todo el Apocalipsis: "¡Ven, Señor Jesús!".

[*Regresar al Índice*](#)

LA BIENAVENTURADA ESPERANZA

(Tito II, 13)

I

En el mundo moderno hay muchos pseudo profetas, ocultistas, astrólogos y espiritistas, que hacen de la profecía un arte como Simón Mago y engañan a la gente crédula e incauta. En sus ‘profecías’ se ocupan con preferencia de la suerte del mundo, su próximo porvenir y su fin, y no les falta auditorio; con lo cual se cumple lo que Jesucristo y los Apóstoles señalaron como característica de la falsa profecía, mientras los verdaderos profetas siempre serán una voz en el desierto, es decir, desoídos, despreciados y perseguidos, y ninguno de ellos se hará multimillonario como aquel astrólogo de París, del cual dijeron los diarios que supo explotar con la misma habilidad la superstición y los bolsillos de sus clientes.

El mejor medio para librarse de estos pseudoprofetas consiste en leer la Sagrada Escritura, especialmente el Nuevo Testamento y las profecías del Antiguo, donde hay muchísimos vaticinios auténticos, escritos bajo la inspiración divina y destinados a mantener la fe hasta los últimos tiempos; vaticinios tan olvidados, que los mismos judíos que actualmente vuelven al país de sus padres, no saben que con ello dan cumplimiento a las profecías del Antiguo Testamento.

Por eso dice el Eclesiástico: *“El sabio se dedica al estudio de los Profetas”* (Ecli XXXIX, 1), lo cual equivale a decir que los que no se dedican al estudio de las profecías divinas, no son sabios, sino necios que caen en las redes de los falsos profetas, astrólogos y demás explotadores de la credulidad humana.

II

Entre las profecías del Nuevo Testamento la que más nos interesa es la que San Pablo llama *“la bienaventurada esperanza”* (Tito II, 13). Todos sabemos que hay una felicidad eterna que anhelamos en nuestras oraciones. Pero aquí se trata de una cosa en que muy pocos piensan y que en general no es objeto de nuestras plegarias.

¿Qué es, pues, la **“bienaventurada esperanza”** con lo que San Pablo consuela a su discípulo Tito? El padre Bover, S.J., lo explica bien, diciendo

que éste término equivale a la “**manifestación de la Gloria de Jesucristo en su segundo advenimiento**”.

Esta dichosa esperanza es el compendio de ambos Testamentos, la suprema culminación del Plan de Dios, el público y definitivo triunfo de Su Hijo, **nuestro divino Caudillo**. Tal es el deseo, el suspiro de la Iglesia, con que termina toda la Biblia y que puede cumplirse cuando menos pensamos (Apoc. XXII, 20).

La Segunda Venida de Cristo tiene en el Nuevo Testamento el nombre de “*Parusía*”, palabra griega que originariamente significa “presencia”. El término se usaba en la época helenística para anunciar la visita del Emperador a una ciudad. De ahí que los hagiógrafos lo emplearan para denominar la venida del gran Rey Jesucristo.

No hay duda de que los primeros cristianos esperaban ese gran acontecimiento para un tiempo muy temprano; tan temprano que en Tesalónica algunos ya no se dedicaban a trabajar y otros estaban muy preocupados por la suerte de los muertos, que tal vez no pudiesen ver la vuelta de Cristo. San Pablo se ve obligado a consolarlos, diciendo que *“los vivientes que quedamos hasta la Parusía del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron..., porque los muertos en Cristo resucitarán primero”* (1 Tes. IV, 15-16).

También San Pedro consuela a los que se cansaban de esperar y decían: *“¿Dónde está la promesa de su Parusía?”* (2 Ped. III, 4). Les explica que *“para el Señor un día es como mil años y mil años son como un día”* (2 Ped. III, 8) y que por lo tanto la palabra “pronto” que Jesús usó en el anuncio de Su Segundo Advenimiento (Jn. XVI, 16), ha de tomarse en sentido lato. En lo cual se ve cómo también San Pedro insiste sobre la “**bienaventurada esperanza**” de la Parusías, lo mismo que San Pablo. A éste le da el Príncipe de los Apóstoles el título de “nuestro amado hermano Pablo” y confirma que escribió sobre nuestro tema en todas sus cartas.

De veras, *la espera es larga*. Han pasado ya en verdad dos mil años y la profecía no se ha cumplido aún. Entretanto hemos tomado gusto en las cosas del mundo, de tal manera que para muchos la “**dichosa esperanza**” ha perdido su primitivo fervor. Hasta las antiguas “anáforas” (oración que se reza en el Canon de la Misa inmediatamente después de la

Consagración) mencionaban la Parusía; costumbre que se ha mantenido en las Iglesias Orientales.

También en los escritos de los Padres Apostólicos brilla la fe en la Segunda Venida de Cristo como fundamento de la piedad, y los Padres posteriores son igualmente testigos de esa fe y esperanza, la cual, como dice Le Maistre, fue la inagotable fuente de energía de los primeros cristianos en medio de las persecuciones. Los devocionario modernos, en cambio, explotan muy poco tan fecunda idea.

“Si presentáramos el misterio de la Iglesia en esta trabazón, llenándolo con el espíritu de espera del fin, desterraríamos el peligro en el que, a menudo, va a parar nuestro pensamiento sobre la Iglesia, y acerca del cual San Pedro advertía a los fieles en su segunda Epístola, al hablar de aquellos que tienen “por retardo” (2 Ped. III, 9) la increíble paciencia de Dios, y cuando habla de los que comienzan a burlarse de la espera cristiana, *“porque todo vuelve a ser como era desde el principio de la Creación”* (2 Ped. III, 4). Jamás ha sido la Iglesia un cómodo instalarse sobre la tierra. Jamás, tampoco, una de las tantas formas de religión, la cual nos ayuda a explicar el fin de la vida terrena y cotidiana, corresponde a nuestras “necesidades” y nos provee de los consuelos de la Santa Religión al fin de nuestra existencia...”

“Debemos hacer más viva la renuncia a Satanás y a sus pompas, que tan importante sitio tenían en la predicación cristiana” (Rahner, Teología Kerigmática).

III

¿Cuándo aparecerá Cristo de nuevo? No sabemos el día ni la hora (Mt. XXIV, 36 y 42; XXV, 13; Mc. XIII, 32). Nadie puede calcular el día de Su Retorno; al contrario, todos los cálculos fallarán, porque El mismo dice: *“A la hora que no pensáis vendrá el Hijo del Hombre”* (Mt. XXIV, 44). En muchos otros pasajes de la Sagrada Escritura se nos enseña que Cristo vendrá tan sorprendentemente como un ladrón (1 Tes. V, 2; 2 Ped. III, 10; Apoc. III, 3; XVI, 15, etc.). San Pablo inculca aún más este punto, diciendo: *“Cuando todos digan que hay paz y seguridad”* (1 Tes. V, 3); y en el mismo capítulo nos advierte gravemente: *“No despreciéis las profecías”* (1 Tes. V, 20).

Se ha tentado de referir la muerte de cada uno lo que el Nuevo Testamento dice de la Parusía, especialmente lo que predice Jesús en San Lucas: *“En aquella noche (de Su Venida) dos hombres estarán reclinados a un misma mesa; el uno será tomado, el otro dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, la otra dejada. Estarán dos en el campo; el uno será tomado, el otro dejado”* (XVII, 34ss.). Tal identificación de la muerte con la Venida de Cristo no es propia ni del Evangelio ni de las Cartas de los Apóstoles. No quitemos a los Misterios su contenido, y no confundamos a Cristo con un verdugo o sepulturero.

Los que no creen en la posibilidad de una pronta Venida de Cristo, se excusan diciendo que no se han cumplido todavía todas las profecías que han de cumplirse antes de Su Advenimiento: la predicación del Evangelio en todo el mundo, la Apostasía de las masas, la aparición del Anticristo, la conversión de los Judíos, las guerras y terremotos, etc. Es interesante que las primeras generaciones cristianas, que conocían muy bien esas profecías, las consideraban como cumplidas ya en aquel tiempo y esperaban ansiosamente la Parusía del Señor. ¿No dice el mismo San Pablo que ya en su época el Evangelio fue predicado a toda la creación debajo del Cielo? (Col. I, 23). El Apóstol San Juan nos revela que los Anticristos siempre están entre nosotros (1 Jn. II, 18), y la Apostasía de las masas es tan conocida que no necesitamos describirla.

No tan visible es la conversión de Israel, pero también para ella la Providencia ha preparado los caminos, y es muy posible que se realice de un modo inopinado. ¿Quién sabe si no hay profecías que tan sólo se cumplirán en el día de la Parusía? Y si ese día no es un día de 24 horas, sino uno de aquellos de que habla San Pedro (2 Ped. III, 8), caben en él todas las profecías que no se han cumplido anteriormente. Esto quiere decir que todas las opiniones privadas sobre el orden de las postrimerías son muy arriesgadas.

IV

Nuestra actitud frente a la Parusía debe ser la que recomienda el mismo Señor en Mt. XXIV, 44; XXV, 13; Mc. XIII, 33-36: “Velad”, para que aquel gran Día no os sorprenda como un ladrón. Y más aún, debemos *amar* la Venida de Cristo, como nos exhorta San Pablo en la segunda Carta a Timoteo (IV, 8).

¿Nos parece acaso extraño amar y anhelar la llegada de nuestro Rey y Señor? He aquí la piedra de toque de nuestro amor a Cristo. No desear Su Venida es propio de aquellos que le tienen miedo, porque no aprecian lo que significa Su Parusía para nuestra alma y nuestro cuerpo. Pues en aquel día no sólo aparecerá la Gloria de Cristo, sino también la nuestra. Unidos a Él (Jn XIV, 3; Apo. XIX, 6ss.), asemejados a Él (Rom. VIII, 29; Filip. III, 20; 1 Jn. III, 2) entraremos con Él en la Jerusalén Celestial donde Él mismo será la lumbrera (Apoc. XXI y XXII). Y para que no olvidemos tan consoladora Profecía, nos la recuerda Cristo en Mateo: *“Mirad que os lo he predicho”* (XXIV, 25).

[Regresar al Índice](#)

EL PROBLEMA JUDÍO A LA LUZ DE LA SAGRADA ESCRITURA

I

En general la Historia mide al Pueblo Judío con la misma medida que a las otras pequeñas naciones y razas; y como para dejar constancia de su insignificancia, le dedica en sus copiosos volúmenes apenas unas pocas páginas. Nada más comprensible que esto, pues comparado con las demás pueblos de la Antigüedad, el de Israel se mostró tan inactivo y falto de poderío, que muchos escritores no tuvieron conocimiento de su existencia, o por lo menos no lo mencionan en sus libros. Los modernos sí lo conocen, pero debido a su modo de juzgar a todos los pueblos con el mismo criterio, les escapa la posición singular de aquel pueblo, cuya fuerza vital está por encima de todo criterio humano y cuyo destino es como "el reloj de Dios a través de la historia".

Es muy fácil considerar el problema judío exclusivamente desde el punto de vista económico, nacional o político, y señalar los peligros que la actividad comercial y financiera de los Judíos implica para los pueblos cristianos; mas fácil aun es instigar los sentimientos nacionales contra un pueblo que goza de las ventajas del internacionalismo y vive entre todas las naciones sin asimilarse a ninguna; pero con tal método no se resuelve la Cuestión Judía, ni siquiera se da comienzo a su solución.

La solución está en otro plano. Los judíos del Antiguo Testamento fueron el "Pueblo elegido", la "porción escogida", "La Nación santa" (Ex 19, 5-6), "el hijo primogénito" (Ex 4, 22), portadores y transmisores de la Revelación (Rom. 3, 2), no a causa de sus meritos, sino en virtud del libre beneplácito de Dios que elige a quien quiere (Rom. 9, 11 y 18); pero una vez escogidos, no están ya sometidos a las leyes ordinarias de la historia, sino que andan por los caminos extraordinarios de la divina Providencia, que los ha mantenido hasta hoy en evidente contraste con lo que pasa con otros pueblos.

II

Todos sabemos que el Pueblo Elegido se convirtió en El Reprobado, primero a consecuencia de sus continuas apostasías, y después por su formulismo religioso que le ofusco los ojos de tal manera que no reconoció al Mesías, a quien esperaba.

El hecho de la *apostasía* es tan manifiesta, que todos los Profetas, desde el primero hasta el último, la denuncian y el mismo Jesucristo la llora (Mat. 13, 37-39). También San Pablo, citando a Isaías (6, 9-10), atestigua la incredulidad judía en los Hechos de los Apóstoles (28, 28): "*Os sea notorio que esta salud de Dios ha sido transmitida a los gentiles, los cuales prestaran oídos*". En vista de tan tremendos juicios, es una provocación si el judío Max Kahn nos dice: "La judeidad es el Pueblo que en los albores de la evolución ética de los hombres descubrió los valores imperecederos de la vida. Y que fue desangrándose por ellos durante más de dos mil años" (Rev. de la Universidad Nacional de Colombia, Abril 1948, página 9). Los judíos no "descubrieron" esos valores sino que Dios se los enseñó, y no fueron desangrándose por su fidelidad; al contrario, porque no cumplieron la Ley vinieron sobre ellos todas las calamidades hasta el destierro y la destrucción (cfr. Lv. cap. 26; Dt. cap. 28 y la profecía de Cristo sobre la ruina de Jerusalén en Mat. cap. 24, etc.). Kahn olvida que los judíos tenían que ser la luz, es decir, misioneros de los paganos, deber sagrado que cumplieron muy insatisfactoriamente. Tampoco corresponde a la verdad la observación del mismo autor sobre los judíos como joyeros religiosos de humanidad. "A los judíos, afirma Kahn, les gusta ser orfebres y joyeros, porque les gusta ser eso mismo en la vida religioso-espiritual". ¡Ojala hubieran sido joyeros religiosos en la antigua Grecia y Roma! En los Apóstoles no encontramos nada de esa afición a la orfebrería, y sin embargo influyeron inmensamente más en la vida religioso-espiritual del mundo, en tanto que, como dice San Pablo, por causa de los judíos fue blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom. 2; 24; cfr. Ez. 36, 20).

III

La apostasía de Israel tuvo por consecuencia la transmisión de la salvación a los *gentiles*, proclamada definitivamente por San Pablo (Hech. 28, 28) y muchos siglos antes anunciada por los profetas. Citamos por testigos solamente a los más grandes, *Moisés e Isaías*. En Deuteronomio (32, 21-22) leemos: "*Yo (Dios) esconderé mi Rostro y ahora veré el fin cierto de ellos (es decir, de los judíos), pues son hijos desleales, una generación perversa. Me provocaron con no-dioses, me irritaron con vanos simulacros. Por eso Yo también los provocaré con un no-pueblo y los irritaré con gente insensata*". Bover-Cantera añade aquí la siguiente nota: "Por medio de estos barbaros, que no merecen el nombre de pueblo, Dios dará a Israel

pena adecuada a su culpa de adorar a quien no merecía el nombre de Dios". La interpretación autentica nos la da San Pablo en Rom. 10, 19-11, 12. El "no-pueblo", la "gente insensata", somos nosotros, los cristianos, hijos de pueblos gentiles, que para Israel no eran más que una masa insensata.

En *Isaías* dice el Todopoderoso: *"Déjeme buscar por los que antes no me preguntaban; déjeme hallar por aquellos que no me buscaban. Dije: Heme aquí, heme aquí, a una nación que no invocaba mi nombre. Mantuve mis manos siempre extendidas hacia un pueblo rebelde, hacia aquellos que no caminaban por el buen camino"* (Is. 65, 1-2). San Pablo explica este pasaje en el sentido de que la salud ha sido transmitida a los gentiles que antes no conocían a Dios (Rom. 10, 20-21), de modo que *"por la caída de los judíos vino la salud a los gentiles"* (Rom. 11, 11).

Pero no nos engriamos por ser sustitutos del pueblo escogido, pues también a nosotros nos eligió El *"conforme a la benevolencia de su voluntad, para celebrar la gloria de su gracia"* (Ef. 1; 5-6), no en atención a nuestros meritos. "Si algunas de las ramas (del pueblo judío), dice San Pablo, fueron desgajadas, y tu (¡oh gentil!), siendo acebuche, has sido injertado en ellas y hecho participe con ellas de la raíz y de la grosura del olivo, no te engrías contra las ramas; que si tú te engrías, (sábetete que) no eres tú quien sostienes la raíz; sino la raíz a tí" (Rom. 11, 17-18). **Si no seguimos esta regla de humildad; nos acarreamos el mismo castigo que los judíos.**

IV

Lo extraordinario en el pueblo hebreo no es su reprobación sino la solemne promesa de la *futura anulación de la misma*. Es esta una de las más estupendas verdades, que *San Pablo* nos revela con toda su autoridad apostólica en la segunda carta a los Corintios (3, 16), donde habla de la vuelta de los judíos al Señor, y especialmente en el cap. 11 de la Carta a los Romanos, donde dice que los judíos serán injertados de nuevo en el propio olivo (Rom. 11, 24) y agrega: *"No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis sabios a vuestros ojos, el endurecimiento ha venido sobre una parte de Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrada en la Iglesia y de esta manera todo Israel será salvo"* (Rom. 11, 25 ss.).

El Apóstol de los Gentiles anuncia en éste capítulo un "misterio", la

conversión de Israel, y para aumentar nuestro asombro, nos hace vislumbrar que tal acontecimiento será de gran provecho para el mundo, pues “*si el repudio de ellos es reconciliación del mundo, ¿qué será su readmisión sino la vida de entre muertos?*” (Rom. 11, 15); y “*si la caída de ellos ha venido a ser la riqueza del mundo, y su disminución la riqueza de los gentiles, cuánto más su plenitud*” (Rom. 11, 12).

Palpamos aquí el misterio de la infinita Misericordia que un día perdonará a Su Pueblo, “*porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables*” (Rom. 11, 29) y los judíos, respecto a su elección, siguen siendo “muy amados a causa de los padres”, los Patriarcas.

De desobedientes e incrédulos, serán fieles y obedientes a la fe. **Entonces será quitado de sus ojos el velo que produjo su ceguera (2 Cor. 3, 13ss.), y el endurecimiento de su corazón, será ablandado por los golpes de la divina Misericordia.** Sobre éste punto no hay divergencias entre los exégetas, tampoco sobre la fecha en que la Cristiandad tendrá el gozo de presenciar tan fausto acontecimiento. Se cumplirá cuando “la plenitud de los gentiles haya entrado” (Rom. 11, 15), es decir, **terminado el tiempo destinado a la conversión de los gentiles (cfr. Luc. 21, 24)**

V

Mucho más difícil es la explicación de los *vaticinios referentes a Israel como Pueblo*. El primero de los Profetas que en nombre de Dios se pronunció sobre el futuro destino de Israel, fue *Moisés*. En los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio promete el gran Profeta al Pueblo fiel las más maravillosas bendiciones: “*Yahve te abrirá su rico tesoro, el Cielo, concediendo a su tiempo la lluvia necesaria a tu tierra y bendiciendo toda obra de tus manos; de suerte que prestarás a muchas naciones, y tú mismo no tomarás prestado. Yahve te constituirá cabeza y no cola, y estarás siempre encima y nunca debajo, si obedeces al mandato de Yahve, tu Dios, que hoy te intimo para que cuides de practicar; y no te apartarás ni a la derecha ni a la izquierda de ninguno de los mandatos que hoy te ordeno*” (Deut. 28, 12-14; cfr. Deut. 30, 3).

No faltan quienes buscan en éstas palabras una predicción del domino mundial de la raza hebrea, y la ven cumplida en la posición actual de los judíos como banqueros del mundo, lo que les da enorme influencia y –prácticamente- la superioridad sobre otras naciones, pues con el dinero se

puede estar “siempre encima y nunca abajo”. Y hasta se ganan las guerras. Sin embargo no hay fundamento exegético para tal interpretación. Su realización depende, según Moisés, del fiel cumplimiento de la Ley antigua, de la cual, todos sabemos, los judíos de hoy cumplen solamente una parte. Si es que la cumplen; pues les falta el centro del culto mosaico, el Templo y los Sacrificios.

Moisés no olvida la otra eventualidad, a saber, la apostasía de Israel, y le predice como castigo la dispersión entre otros pueblos: *“Yahve te desparramará por todas las naciones, de un extremo a otro de la tierra, y allí servirás a dioses extraños que no conoces tú, ni tus padres, a leño y a piedra. En aquellas naciones no lograrás descanso ni tendrá punto de reposo la planta de tu pie. Yahve te dará allí un corazón trémulo, desfallecimiento añorante de ojos y congoja de espíritu. Tu vida te parecerá a lo lejos como pendiente de un hilo, y de noche y de día temerás, sin estar seguro de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién me diera fuerza en la tarde! Y a la tarde exclamarás: ¡Quién me diera fuerzas en la mañana!”* (Deut. 28, 64ss.).

El Profeta Isaías se refiere más de una vez al porvenir de Israel, por ejemplo en Isaías (10, 21ss), donde dice: *“Un resto volverá, un resto de Jacob, el Dios fuerte, pues aunque fuera tu pueblo Israel como la arena del mar, (sólo) un resto volverá”*. La interpretación de ésta profecía está asegurada por San Pablo, que la cita en Rom. 9, 27, en conexión con la conversión de Israel. En Is. 59, 20-21 habla el profeta de un futuro Redentor y sigue: *“He aquí mi alianza con ellos, dice Yahve: Mi espíritu que esta sobre ti, y las palabras que Yo he puesto en tu boca, no se apartaran de ella...”*. Felizmente poseemos la interpretación autentica de este lugar en Rom. 11, 26; donde el Apóstol de los gentiles lo relaciona con la futura salvación de Israel. Encontramos aquí la idea de un nuevo pacto, distinto de los pactos anteriores hechos con Abraham y Moisés. Será un pacto espiritual, idéntico con la Nueva Alianza, a la cual los judíos convertidos se asociaran y con ello recobrarán sus prerrogativas antiguas (Rom. 11, 29).

También por boca de Jeremías (cap. 31) y Ezequiel (cap. 37) promete Dios hacer una nueva alianza con su pueblo. Dice el profeta Jeremías: *“He aquí que vienen días, afirma Yahve, en que pactare con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva... Este será el pacto que Yo concertaré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Yahve: Pondré mi ley en su*

interior y la escribiré en su corazón y seré su Dios y ellos serán mi Pueblo. Y no necesitarán instruirse los unos a los otros, ni el hermano a su hermano, diciendo: 'conoced a Yahve'; pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño hasta el mayor, dice Yahve; porque perdonaré su culpa y no recordaré más sus pecados" (Jer. 31, 31-34).

Nótese ante todo que este vaticinio se dirige a ambos reinos judíos, el de Israel y el de Judá, no obstante la ruina total de aquel y la situación desesperada de este, y que su fin es consolar a todas las tribus de Israel, no solamente a las dos que formaban el reino de Judá. Los que entienden por Israel a la Iglesia, han de reconocer que no se ha cumplido aún, o solo muy imperfectamente, **pues se necesitan todavía instrucción, catequesis, predicación y estamos muy lejos de aquel estado feliz en que no habrá más necesidad de enseñanza religiosa.** Tomarlo en sentido hiperbólico es igualmente peligroso, pues es Dios quien habla en el pasaje citado, y El no exagera como lo hacen los hombres. Además, aplicar exclusivamente a la Iglesia todos los vaticinios que hablan de un glorioso porvenir de Israel significaría acusar a la Iglesia de las iniquidades a que ellos aluden, como por ejemplo en el vaticinio citado, que no solamente habla de la nueva alianza con Israel, sino también de su "culpa" y sus "pecados" (Jer. 31, 34).

Más peligroso aun es el método de reservar, para los judíos todas las profecías desagradables, y para nosotros todas las agradables, aunque el profeta las dirige expresamente a las tribus de Jacob, a Israel, Jerusalén, Sion, etc. En el último número de "Estudios Bíblicos", enero-marzo de 1949, pag. 99, el P. José Ramos García C.M.F., critica este sistema con las siguientes palabras: "Si en lugar de conceder a cada uno lo que es suyo como piden de consuno la justicia y la Hermenéutica, se emplea el arcaduz de la espiritual alegoría para escanciar de buenas a primeras el contenido de los magníficos vaticinios en la Iglesia de la primera etapa, mientras Israel no está con ella, es obvio que al Israel converso no le han de quedar más que las esculladuras de las divinas promesas, no obstante mirar a él primera y principalmente. Y de pasar la cosa así como esa interpretación pretende, habría razón para aplicar a las grandiosas promesas, tan repetidas, ponderadas y precisas, hechas por Dios a ese pueblo, el dicho del poeta Venusino: "Parturient montes, nascetur ridiculus mus", lo que haría de la mayor parte de ellas algo así como una broma pesada."

Como se ve, las profecías del Antiguo Testamento respecto del porvenir de Israel son muy complicadas. Parecen referirse no solamente a su *conversión*, sino también a su *restauración* como nación. Claro está que, como dice San Pablo, las promesas de Dios en favor de su pueblo son irrevocables (Rom. 11, 29), es decir, se cumplirán indefectiblemente. Pero, ¿tenían ellas realmente carácter incondicional o solo condicional? Si eran incondicionales, no faltará su cumplimiento; si en cambio eran condicionales, su cumplimiento debe estar vinculado a la conversión de Israel. Realizándose esta, han de realizarse también las promesas. Ahora bien, San Pablo nos dice que la futura conversión de los judíos es cosa segura; no hay, pues, ningún obstáculo que se oponga al cumplimiento de las demás promesas y vaticinios acerca de Israel.

Más luz arrojan sobre nuestro problema las profecías que citamos a continuación. Leemos en Jeremías (30, 3): *"He aquí que vienen días, dice Yahve, en que haré volver a los desterrados de mi pueblo de Israel y Judá, y lo haré tornar a la tierra que di a sus padres, y la poseerán"*. El lector piensa tal vez en la vuelta de los judíos del cautiverio, mas el hecho es que del cautiverio volvieron solamente las dos tribus de Judá y Benjamín, mientras que el profeta se refiere también a las diez tribus de Israel, que nunca volvieron. Debe, pues, tratarse de un acontecimiento futuro relacionado con la salvación de los judíos. Así lo explican entre los modernos el P. Paramo S.J., y el P. Reboli S. J. en sus ediciones de la Biblia de Torres Amat. Cf. Jer. 23, 3 y 8s. 11, 11ss.

Ezequiel completa la profecía de Jeremías, anunciando a su pueblo no solo la vuelta, sino también la posesión perpetua de Palestina. Dice Dios por boca del profeta: *"He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde emigraron, y los congregaré de todo alrededor, y los introduciré en su territorio. Los salvaré de todos los lugares donde pecaron, y los purificaré, y serán mi pueblo, y Yo seré su Dios. Y habitarán sobre la tierra que Yo di a mi siervo Jacob, donde moraron sus padres; y habitarán sobre ella ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos por siempre"* (Ez. 37, 21-25).

Lo mismo promete Dios por Amós: *"Los plantaré en su tierra; y ya no serán arrancados de su territorio, dice Yahve, tu Dios"* (Am. 9, 15); y por Miqueas: *"En aquel tiempo, dice Yahve, reuniré a la (nación) que cojea y congregaré a la extraviada, a la que Yo había dañado. Y convertiré los restos de la que cojea y formaré de la alejada un pueblo fuerte, y reinará"*

Yahve sobre ellos en el monte Sion desde ahora y para siempre" (Mi 4, 6-7), Zacarías añade a este cuadro Consolador algunos rasgos nuevos: "Vendrán a Jerusalén muchos pueblos y naciones poderosas para buscar al Señor de los Ejércitos y orar en su presencia y sucederá que diez hombres de cada lengua y de cada nación tomaran a un judío, asiéndole de la franja de su vestido y diciéndole: 'Iremos contigo, porque hemos conocido que con vosotros esta Dios'" (Zac. 8, 22-23).

¿Cómo explicar tan estupendas profecías? ¿Hay que decir simplemente que todo se cumplió en los primeros cristianos que en parte eran judíos y maestros de los gentiles? Santiago no lo explica así, sino que ve en ellas un acontecimiento futuro, cuando cita a Amós en el Concilio de los Apóstoles: *"Después de esto volveré y reedificaré el Tabernáculo de David que está caído; reedificare sus ruinas y lo levantaré de nuevo, para que busque al Señor el resto de los hombres y todas las naciones, sobre las cuales ha sido invocado mi nombre, dice el Señor que hace estas cosas"* (Hech. 15, 16-17). El exegeta francés Boudou observa sobre este pasaje: "Según la profecía de Amos, Dios realzará el Tabernáculo de David; reconstruirá el reino davídico en su integridad y le devolverá su antiguo esplendor. Entonces Judá e Israel conquistarán y poseerán el resto de Edom, tipo de los enemigos de Dios, y todo el resto de las Naciones extranjeras, sobre quienes el nombre de Dios ha sido pronunciado".

Plena seguridad exegética nos proporciona el discurso escatológico del Evangelio de San Lucas, donde Jesucristo revela que los judíos *"serán deportados a todas las naciones y Jerusalén será pisoteada hasta que el tiempo de los gentiles sea cumplido"* (Luc. 21, 24). Este último término es a la vez el tiempo de la conversión de Israel, según nos dice San Pablo en Rom. 11, 25, de modo que la conversión de los judíos está conectada con el fin de su dispersión, o sea, con su restauración como pueblo.

Con esto quedan definitivamente descartadas las soluciones de aquellos que creen que los vaticinios referentes al porvenir de Israel se han cumplido ya, sea en la mezquina restauración después del cautiverio de Babilonia, sea en forma alegórica en la Iglesia (numeral V).

VII

¿Sera restaurada también Jerusalén y el Templo? Es esta una pregunta ociosa. Los profetas predicen tanto la restauración de Israel como la de

Jerusalén. Oigamos solamente al profeta Isaías: *"La luna se pondrá roja y se oscurecerá el sol cuando Yahve, Dios de los ejércitos reinare en el monte Sion y en Jerusalén y fuere glorificado en presencia de sus ancianos"* (Is. 24, 23). *"Sera Jerusalén mi alegría, y su pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán mas en ella llantos ni clamores, y los días de mi pueblo serán como los días del árbol, y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos largo tiempo"* (Is. 65, 19-22). *"Congratulaos con Jerusalén y regocijaos con ella todos los que la amáis; rebosad con ella de gozo cuantos por ella estáis llorando, a fin de que chupéis la leche de sus consolaciones y quedéis saciados, y saquéis delicias de la plenitud de su gloria"* (Is. 66, 10-11). Cambiando el estilo nos dicen lo mismo los demás profetas. Ezequiel nos trazó el plano de un nuevo Templo que no se ha realizado hasta ahora. (Ez. 40-46). **En caso de realizarse se convertirá en un centro principal de la Cristiandad, previa la conversión del pueblo judío a Cristo.**

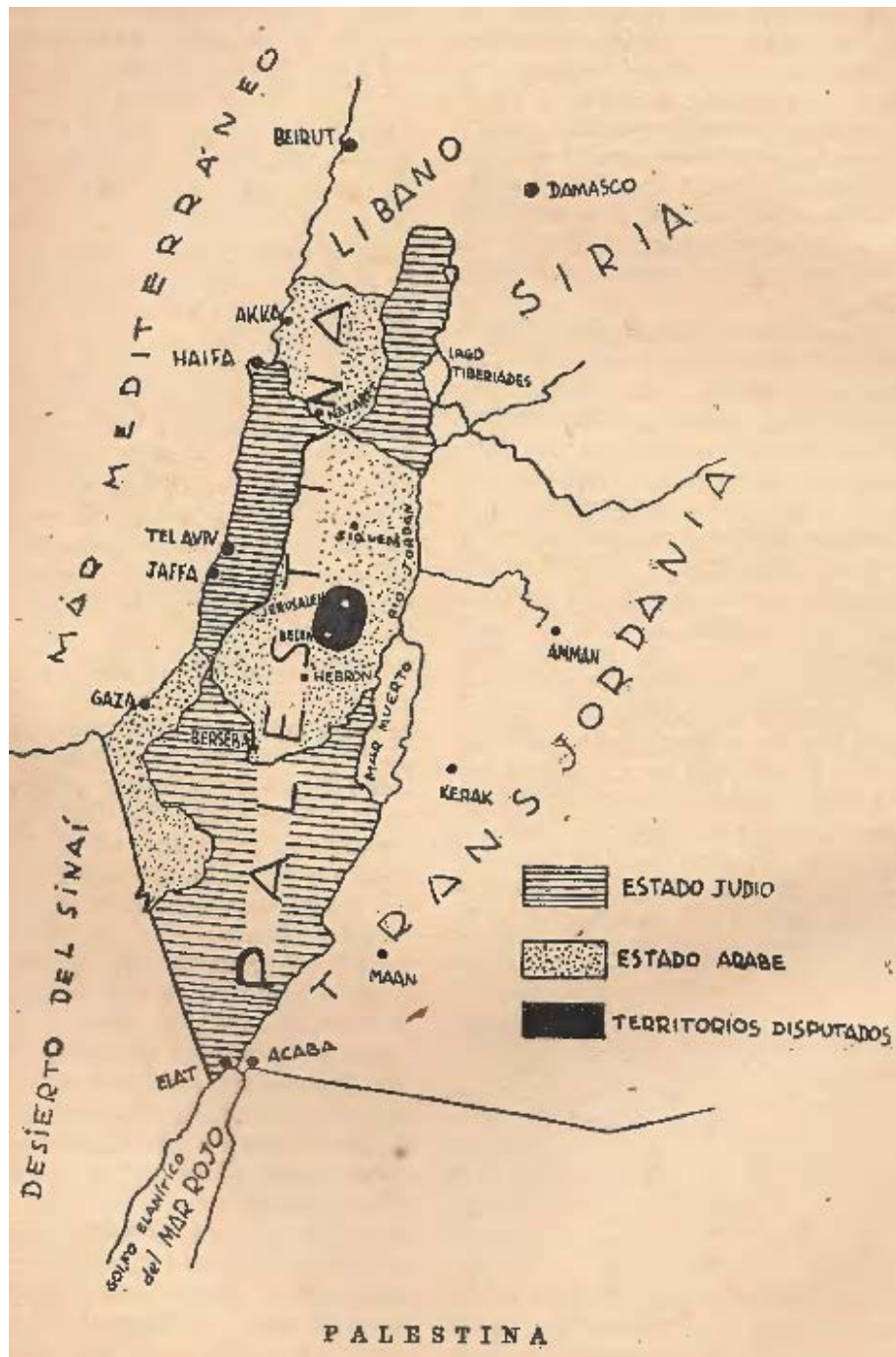
Recién después de la restauración de Israel en el país de sus padres y su incorporación al Cuerpo místico de Cristo tendrán su pleno cumplimiento las magnificas profecías sobre la gloria de Jerusalén. Léase al respecto el misterioso Salmo 86, donde se dicen de ella casas tan gloriosas que necesariamente ha de considerarse como "la metrópoli espiritual de todos los pueblos" (Prado, Nuevo Salterio, p. 502). (cfr. Is. 2, 2-4; 54, 1-3; 60, 3-9; Ez. 37, 28; Am. 9, 11-14; Miq. 4, 1-3; S. 47, 2-5; 67, 29; 86, 4ss.; 101, 5ss.; Tob. 13, 11). En todos estos y muchos otros pasajes contemplamos a Sión bañada en la luz lejana de las esperanzas Mesiánicas e inundada de gentes de todas las naciones y razas, rebosantes de Jubilo y trayendo regalos. "La misma gloria divina, dice Calés, está interesada en la restauración de Israel. **Naciones y reyes temerán y honrarán a Yahve cuando comprueben que El ha reedificado a Sion y ha desplegado su magnificencia; que ha escuchado las plegarias de aquellos a quienes los enemigos hablan despojado y que parecían perdidos sin esperanza**".

Los que toman en sentido escatológico la última de las setenta semanas de Daniel (cap. 9), tienen en la Jerusalén cristiana y su templo también un escenario para las fechorías del Anticristo y la victoria final de Cristo (II Tes. 2, 4 y 8; Is. 11, 4).

VIII

Se oye frecuentemente la pregunta: *¿Qué dicen los profetas a cerca de la*

vuelta de los judíos a Palestina? Nada impide ver en este hecho el cumplimiento de los vaticinios citados, aunque su plena cumplimiento esta en conexión con la conversión de Israel. Cfr. las notas que pusimos en la nueva versión del Salterio (Edit. Desclée), especialmente las notas a los Salmos 105, 47; 106, 3; 124, 3; 125, 1 y 2; 147, 1.



Es verdad que según el derecho internacional ningún pueblo puede reclamar la posesión del país donde sus antepasados habitaron hace dos o tres mil años. ¿Qué sería del mapa de Europa si quisiéramos restablecer el arden demográfico de los tiempos de Jesucristo? ¿Y qué dirían, por ejemplo, los norteamericanos si los pieles rojas les reclamasen los territorios que hoy ocupan los blancos y negros? **Los judíos son el único**

pueblo que no está sometido a la regla general, porque Palestina les corresponde por ley divina, mejor dicho, por misericordia divina, lo cual testifica el mismo Dios (Dt. 9, 4-6).

Es interesante que el Sionismo, que no se inspira en ideas religiosas, sino nacionalistas y racistas, parece ser el instrumento mediante el cual Dios empieza a dar cuerpo a los planes que tiene reservados para Israel. Y no menos interesante es el hecho de que los pueblos cristianos, por medio de las dos Guerras Mundiales, han contribuido a llevar a cabo los proyectos del Sionismo. En reconocimiento de los servicios que los judíos prestaron a Inglaterra en la Primera Guerra Mundial, Lord Balfour dirigió a Rothschild el siguiente mensaje: "El gobierno de S. Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objeto...". Y después de la Segunda Guerra Mundial les pagó Norteamérica su deuda, ayudándolos con su enorme influencia en la ocupación de la mayor parte de Palestina, incluso el Négueb (Edom) de modo que el nuevo Reino de los judíos se extiende de mar a mar, del Mar Mediterráneo hasta el golfo de Akaba, como en los tiempos de Salomón. Triunfaron sobre siete reinos árabes y su próximo objetivo es ocupar también el resto del país, incluso su capital, Jerusalén. Antes de la Primera Guerra Mundial había en Palestina 35.000 judíos; hoy su número es veinte veces mayor y en breve pasara de un millón.

En todo esto vemos el dedo de Dios. Pero no es todavía el fin. Los judíos que bajo la bandera del Sionismo inmigraron al país de Abrahán, Isaac y Jacob, no piensan en adherirse a la Iglesia. Su conversión a Cristo es un misterio y es muy posible que no se realice así como soñamos nosotros. Será una de las grandes obras que solo Dios puede hacer, y si lo hace con la pedagogía que hasta ahora ha aplicado, los judíos, y especialmente su nuevo reino palestinense, han de pasar por una catástrofe decisiva que les abrirá los ojos.

Entonces se verificará lo que dice San Pablo: *"Si la caída de ellos ha sido la riqueza del mundo, y su disminución la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plenitud?"* (Rom. 11, 12). El Apóstol quiere decir que los judíos, una vez partícipes del Reino de Jesucristo, serán la riqueza espiritual del mundo, quizás sus nuevos misioneros, en aquellos tiempos de apostasía que San Pablo predice en II Tes. 2, 5, y el mismo Cristo en Mat. 18, 8. No nos atrevemos a ahondar en este tema, que contemplado en toda su

profundidad, es tan difícil como la explicación del Apocalipsis. Con todo queremos hacer notar, con Bover-Cantera (Sagrada Biblia pag. 996), que es "tradición fundada", que "la restauración de Israel tendrá por coronamiento la conversión de los pueblos gentiles a la Verdadera religión".

Temas muy poco tratados son también: *la santidad prometida a Israel, la restauración del trono de David, la reunión de Israel y Judá.*

A estos hechos se refiere tal vez la misteriosa pregunta de los Apóstoles el día de la Ascensión: "*Señor, ¿es este el tiempo en que restableces el Reino para Israel?*" (Hech. 1, 6). Para muchos esta pregunta es tan incomprensible, que la toman como prueba de la poca inteligencia de los Apóstoles y de su falta de espíritu. Sin embargo, dice la Escritura que Jesús fue visto por ellos después de la Resurrección por espacio de cuarenta días y habló con ellos del Reino de Dios (Hech. 1, 3). ¿Eran los Apóstoles realmente faltos de espíritu? ¿No lo son más bien sus críticos, que quieren negar a los judíos la futura gloria después de su sumisión a Cristo? Cfr. Jer. 31, 33-34; Zac. 8, 22-23; 12, 10; 14, 8-11; Hech. 3, 21; Apoc. 10, 7.

El presente trabajo no pretende resolver el problema judío; su único fin es mostrar que, según las Escrituras, los judíos son un pueblo extraordinario, al que Dios mantiene para cumplir su Promesas. Si hoy reclaman el país de sus Antepasados y lo ocupan poco a poco, obedecen, sin darse cuenta, a la voz de Dios, que los congrega de nuevo en aquel pequeño territorio, para obrar en ellos el misterio predicho por San Pablo y los Profetas del Antiguo Testamento. Nada sabemos sobre el modo de su realización, pero estamos seguros de que será la obra más estupenda entre la Primera y la Segunda Venida de Cristo, y probablemente el acto preliminar de ésta última.

[Regresar al Índice](#)

ANTICREACIÓN

I

La *bomba atómica* parece ser un fenómeno del Apocalipsis opuesto al primer capítulo del Génesis.

No solamente es, como las otras y más que ellas, arma de destrucción, y en tal sentido resulta un instrumento del mal y del rencor contrario a la caridad entre los hombres, sino que constituye también, en sí misma, un producto de la disgregación y desintegración, o sea de *Anticreación*.

Dios, al crear *ex nihilo* (de la nada), con la Omnipotencia de Su Palabra, encerró la fuerza en la materia, según lo descubrieron los físicos. Ahora esa energía cambia el signo, y, en vez de congregar, disgrega. Y al disgregar, produce la más increíble fuerza de destrucción. Cristo, el Verbo, “*por quien fueron hechas todas las cosas*” (Rom. I, 3) podría aplicarle Su Palabra: “*El que no recoge conmigo, dispersa*” (Lc. XI, 23).

En la naturaleza, aunque caída mal de su grado junto con el hombre (Rom. VIII, 20ss.), y en la tierra, aún maldita a causa del pecado, subsiste en la esencia misma de las cosas ese principio de atracción que es la cohesión de los átomos, sin la cual nada podría existir. Las cosas, parece, que se aman en cierta manera, decía San Agustín. Y he aquí que ahora hemos llegado a destruir ese principio, que llamaríamos vital de la materia. Antes se descubrió la destrucción de la vida, y no ya sólo en los actos de guerra, imitación perfeccionada de Caín y fruto de rivalidad como los de éste, sino la supresión de la vida humana en su mismo germen, gracias al anticoncepcionalismo neomaltusiano, que hoy ya parece una virtud social a fuerza de difundido y confesado sin rubor, y que permite deshacerse de los hijos que Dios manda, sin necesidad de arrojarlos al fuego de Moloc (cfr. Lev. XX, 1ss.). Pero recordemos, en honor de aquellos idólatras, que esto lo hacían con la idea de purificarlos, no de suprimirlos (cfr. Deut. XVIII, 10).

II

Volviendo a la bomba atómica, observamos que más bien podría llamarse antiatómica, porque la voz griega *a-tomos* quiere decir precisamente lo que no se puede dividir, y he aquí que ahora no sólo se lo divide, sino que

se lo desintegra, para que, a su vez, sea la mayor fuerza de destrucción y devastación. Se la ha definido solemnemente como “la dominación del poder básico del universo, la fuerza de la cual el sol extrae su poder”.

Según esto, el descubrimiento no sería menor que la realización del mito de *Prometeo*, quien intentó robar el fuego del Cielo. Pero subsiste la diferencia fundamental en el terreno del espíritu, y es que la bomba, manejada por el hombre, trae la muerte, en tanto que el sol, manejado por el Creador, trae la vida. La Biblia lo llama “*ese admirable instrumento, obra del Excelso..., una fragua que se mantiene encendida para las labores que piden fuego muy ardiente*” (Eccl. XLIII, 2s.). Y dice también que “*no hay quien se esconda de su calor*” (Sal. XVIII, 7).

No dudamos que, en cuanto al progreso industrial, el asombroso invento podrá brindar en el tamaño de un dedal, energía suficiente para que una locomotora de varias veces la vuelta al mundo. Pero no podemos menos de recordar las palabras de León Bloy, que ante otra gran conquista de la ciencia, el *avión* (que es quien hoy arroja las bombas), trató de ‘imbécil’ a un escritor que veía en ello el triunfo de la fraternidad que suprimiría las fronteras entre las naciones, y previó claramente, aunque no en todo su horror, que los hombres harían todo lo contrario y convertirían el avión en el más mortífero auxiliar de la guerra. Los acontecimientos han justificado el pesimismo de Bloy, como lo muestran las ciudades destruidas en el corazón de la cultura europea.

III

Aunque hoy pudiéramos prescindir del momento histórico candente de pasiones, en que aparece el nuevo invento, sirva tal antecedente para no soñar que el poder de la bomba, por ser tan grande, *hará imposible las guerras*. El Apocalipsis que es muy poco “humanista” porque es totalmente “divinista”, nos muestra varias veces que los hombres sufrirán las plagas más atroces, pero no cambiarán, porque “*el resto de los hombres, los que no fueron muertos con esas plagas, ni aún así se arrepintieron de las obras de sus manos..., ni de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus latrocinios*” (Apoc. IX, 20); “*y se mordían de dolor las lenguas y blasfemaron del Dios del Cielo a causa de sus dolores y de sus heridas, mas no se arrepintieron de sus obras*” (Apoc. XVI, 10-11)

La filosofía materialista no podrá menos de batir palmas ante este tiempo de la materia vivificada en energía. Pero es energía de muerte. También Satanás es un gran poder, y su agente, el Anticristo, hará toda clase de milagros y falsos prodigios para engañar *“a los que se pierden por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”* (2 Tesal. II, 9s.).

Aparentemente podría significar un progreso de la material inerte, esta monstruosa transformación en energía, que es más que un supervolátil pero no es, en manera alguna, una espiritualización de la materia, un triunfo del espíritu sobre la carne según lo que enseña la Escritura. Es un fenómeno que, no sólo se mantiene en el puro orden físico, sino que, aun como tal, tiene ese sello terrible de antireación, como si fuera, a manera de la rebelión de los Ángeles, un supremo esfuerzo nihilista del Anti-Dios para que el mundo dejase de ser como Dios lo hizo.

[*Regresar al Indice*](#)

APENDICE

EVANGELIO Y CATEQUESIS

I

Reimplantada la enseñanza religiosa en nuestro país, los catequistas prestarán singular actualidad al nutrido estudio bíblico doctrinal que nos complacemos en ofrecer a continuación:

El conocimiento del Evangelio es indispensable en toda verdadera catequesis católica, simplemente porque no puede haber crecimiento en las virtudes sin crecimiento en la gracia y en la fe; **y la fe consiste en conocer a Dios tal como El se ha revelado en los dos Testamentos, especialmente en el Evangelio de Jesucristo.**

Muchos católicos, y tal vez no pocos catequistas, descuidan el uso del *Evangelio*, porque desestiman la importancia del Libro de la Revelación divina como base de la catequesis y de toda vida cristiana. ¿Acaso podría ser dura la sublime doctrina del Crucificado que por el precio de su Sangre nos hizo capaces de la santidad?

Este miedo se explica por la propaganda protestante de los Libros Santos, a cuyo contacto se suele atribuir las herejías, siendo precisamente que ellas sólo pueden mantenerse por la ignorancia de las Escrituras. El día en que todos los católicos, obedeciendo a las reiteradas enseñanzas de los Sumos Pontífices, usen el Evangelio, "fuerza divina para la salvación de todos los creyentes" (Rom. I, 16), y empuñen la espada de la Palabra de Dios, eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos (Hebr. IV, 12), la Verdad traída por Jesucristo al mundo triunfará sobre todos los errores.

Sería insensato dejar un remedio y más aún si es de vida eterna - porque alguno lo haya adulterado culpablemente, ya que el mal nunca puede atribuirse al remedio, sino que el mal está en la perversa adulteración.

II

Para mayor claridad de lo dicho añadimos aquí algunas palabras de los *Sumos Pontífices*, las cuales nos ayudan a entender qué valor trascendental tienen las Sagradas Escrituras en la formación del cristiano:

"Que el ejemplo de Cristo Nuestro Señor y de los Apóstoles haga entender a todos, principalmente a los soldados nuevos de la milicia sagrada, cuánto han de estimar las Divinas Letras, con qué afición, con qué culto se han de acercar a este, llamémosle así, arsenal de armas. En efecto, los que deben defender la verdad católica, sea entre los doctos, o entre los ignorantes, no encontrarán en ninguna parte enseñanzas tan amplias y tan copiosas acerca de Dios, sumo y perfectísimo bien, y acerca de sus obras que manifiestan su gloria y su amor. Y en cuanto al Salvador del género humano, nada existe sobre El tan fecundo y tan expresivo como los textos que uno encuentra en toda la Biblia, y S. Jerónimo tuvo razón en afirmar "que ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo" (Enc. "*Providentissimus Deus*" de León XIII).

"Jamás cesaremos de exhortar a todos los cristianos a que hagan su lectura cotidiana de la Biblia, principalmente en los Santísimos Evangelios de Nuestro Señor, así como en los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas, esforzándose en hacerlos savia de su espíritu y sangre de sus venas". (Enc. "*Spiritus Paraclitus*" de Benedicto XV).

"Fuera del santo Evangelio no hay otro libro que pueda hablar al alma con tanta luz de verdad, con tanta fuerza de ejemplos y con tanta cordialidad" (Pío XI).

"El Evangelio es principio, fuerza y fin de todo Apostolado". (Pío XII — siendo aun Cardenal, al Card. Gomá).

La consecuencia es clara y fácil: buscar apasionadamente *la Palabra de Dios*; buscarla apasionadamente en el *Evangelio* (y el Concilio de Trento llamó Evangelio a toda la Sagrada Biblia). Escuchando la Palabra de Dios, encontramos la fe (Rom. X, 17), esa fe viva que nos lleva a obrar por la caridad (Gál. V, 6); pero esa caridad no es una beneficencia sentimental, sino una vida de amor sobrenatural a Dios y al prójimo, vida que nace de la fe, o sea, del conocimiento sobrenatural de Dios, como lo reveló Jesús en su Oración Sacerdotal: "En esto consiste la vida eterna: en conocerte a Ti sólo Dios verdadero y a tu Enviado Jesucristo" (Juan XVII, 3).

Esa obsesión de la caridad nos llevará ante todo a conocer a Cristo en la Eucaristía para unirnos a Él, para nutrirnos con Él, para vivir de Él, y entonces sí que el divino Sacramento, haciéndonos vivir de Jesús como El vive del Padre (Juan VI, 58), nos hará cumplir plenamente el "Mandamiento Nuevo": amarnos entre nosotros del *modo* como El nos amó (Juan XIII, 34; XV, 12); amarnos entre nosotros porque El nos amó (I Juan IV, 11). "Yo en ellos y Tú en Mí" dijo Jesús al Padre, "*para que sean consumados en la unidad...*"; esto es para que sean todos los cristianos un solo corazón y una sola alma, como Cristo y el Padre son uno solo. De aquí saca el Señor el fruto supremo del apostolado, la conversión del mundo, que solamente podrá obrarse por el espectáculo de nuestra caridad, que es la apologética por excelencia. Así "*sean consumados en la unidad, a fin de que el mundo crea que Tú me has enviado y que los has amado como me amaste a Mí*" (Juan XVII, 23).

III

El que no haya adquirido estas luces, buscándolas en el Libro de Dios, no puede aspirar a la *dignidad de catequista*, que lo hace partícipe del sacerdocio de la Iglesia docente. ¿Cómo va a ser un buen mayordomo de Jesucristo el que no lee sus instrucciones para poder obedecerle? ¿Cómo va a poner a Jesucristo en las almas el que no lo conoce?

Descuidando el Evangelio, incurriríamos inevitablemente en deformaciones de la doctrina, asimilando la divina doctrina de Jesús a la simple lógica humana, por falta de luces sobrenaturales, es decir, convirtiendo, como dice San Jerónimo, el Evangelio de Dios en el evangelio del hombre.

Así se cumpliría tremendamente en nosotros la sentencia del Salmo: "Disminuidas han sido las verdades por los hijos de los hombres" (Sal. XI, 2). Y entonces la catequesis perdería su eficacia sobrenatural, y aún llegaría a grabar en el alma de los niños la imagen de un falso Dios: de una especie de funcionario que premia y castiga como cualquier otro (en vez de ser el que "no perdonó a su propio Hijo" por perdonamos a nosotros); que nos deja abandonados a nuestro propio esfuerzo en la lucha por cumplir una ley superior a las fuerzas de la naturaleza caída (en vez de habernos dado el Espíritu Consolador que nos santifica mediante la fe por los méritos de la Sangre de Cristo); que nos deja abandonados, a las vicisitudes de la vida

(en vez de obligarse El a darnoslo todo por añadidura con tal de que busquemos su reino), que en fin, siempre parece tener un látigo levantado sobre nosotros como esclavos (en vez de habernos dado el espíritu de adopción de los hijos por el cual le llamamos *Abba*, esto es Padre (Gál. IV, 6)).

Sin el Evangelio, el Catecismo es, pues, instrumento insuficiente en la instrucción religiosa. Sobre este tema tan delicado publicó una pastoral Mons. Landrieux, Obispo de Dijón, quien, entre otras cosas, dice:

"Nuestros catecismos son casi mudos acerca de la Historia Sagrada y del Evangelio que otrora los niños aprendían en el Colegio; de ahí viene una gran laguna. Tres o cuatro páginas lacónicas sobre la Vida de Nuestro Señor; dos o tres fechas vagas, imprecisas; algunos episodios apenas indicados, una corta y seca enumeración de milagros, una palabra sobre la Pasión, dos líneas sobre la Resurrección, y se acabó. Si, pues, se pone en manos de los niños desde el primer día el catecismo, y si durante tres, cuatro o cinco años se retorna el mismo texto en el curso primario, en el mediano y en el superior, se quedan los niños sin conocer ni el Evangelio ni a Nuestro Señor. En las Parroquias urbanas, en los pensionados y los patronatos, se trata de suplir esto por las instrucciones de perseverancia. Pero en la mayoría de las poblaciones de campaña, por falta de tiempo, y porque el libro apenas lo menciona, el Evangelio pasa desapercibido, y esto es para toda la vida. ¿Puede concebirse un católico práctico que no haya leído nunca el Evangelio? Pues tal es el caso de la enorme mayoría. Se podría ser perfectamente instruido en religión con sólo conocer el Evangelio, porque en él está toda la substancia del catecismo; pero la recíproca no es verdadera, porque en el catecismo no está todo el Evangelio".

IV

Concluamos exponiendo un caso ocurrido -entre mil—, como enseñanza de experiencia: Un joven de 28 años, israelita, quiere convertirse, y a juicio del catequista está preparado para el bautismo y la comunión. El candidato a padrino, lo interroga:

- ¿Quién es Jesús?
- Es... Dios.
- Sí, pero ¿de quién era Hijo?

- De "Santa María Virgen".
- ¿Y de quién más?
- De nadie más.
- ¿Cómo es eso? Jesús tenía Padre. Este no era ningún hombre, pero era su Padre.

El catecúmeno se queda absorto, y entonces el presunto padrino le dice:

- A ver, dime el Credo.
- Creo en Dios *Padre...* y en Jesucristo su *único* Hijo.
- ¿Ves? ¿Hijo único de quién?

Y el pobre muchacho repite:

- ¡De santa María Virgen!

Entonces se le habla de la Santísima Trinidad para enseñarle a distinguir las tres Divinas Personas, eso que en el Evangelio se aprende sin darse cuenta:

- ¿Qué hizo Cristo por nosotros?
- Tomó el pan y el vino y dijo: este es mi cuerpo y esta es mi sangre.
- Muy bien, pero ¿qué se hizo Cristo por nosotros? Era Hijo de Dios y sin dejar de serlo se hizo hombre, ¿no es cierto?
- Sí, señor.
- Y el Espíritu Santo, ¿se hizo hombre?
- Sí señor...

Aquí el candidato a padrino renunció naturalmente a ese honor y a esa responsabilidad mientras el catecúmeno no conociese a Dios. Le dió un Evangelio y le habló largamente de lo que en él aparece: Jesús como don del Eterno Padre; Jesús encarnado y Hermano nuestro; Jesús Maestro y legislador; Jesús Redentor; Jesús que nos revela los secretos del Padre; Jesús, que con el Padre nos envía su Espíritu Santo, el que nos aplica los méritos de la Redención y nos da la gracia y los dones para salvarnos gratis...

El muchacho se entregó con fervor a descubrir en el Evangelio esas noticias sublimes que habían dilatado su corazón, y no tardó en ser bautizado; pero entonces ya tenía fe y amor. Porque no se limitaba a saber de memoria cuántos son los sacramentos y cuáles son los pecados y los diez mandamientos: había adquirido mediante la Revelación divina, ese conocimiento de Dios y de su Hijo Jesucristo en el cual consiste la salvación (Juan XVII, 3).

Es que a Dios nadie lo vió nunca, dice San Juan. Y agrega: su Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, Ese nos lo dió a conocer (Juan I, 18).

Nada podrá, pues, darnos el conocimiento de Dios sino son las *palabras del Hijo* que vino expresamente para eso (Mat. XI, 27; Juan VI ,46; VIII, 19; XVII, 26, etc.) y que nos trajo como Enviado las palabras mismas de su Padre (Juan XII, 49; XV, 15).

Por eso El mismo se sacrificó "para que fuésemos *santificados por la Verdad*" (Juan XVII, 19). Y para que tuviésemos en nosotros todo el gozo cumplido que Él tuvo, dijo a su Padre estas palabras, que por siempre bastarían para acudir apasionadamente al Evangelio como instrumento de santidad: **"Santifícalos en la Verdad: la Verdad es Tu Palabra"** (Juan XVII, 17).

Tomado así, el ministerio altísimo del catequista, que cautiva los corazones de los niños, es una verdadera bienaventuranza, según lo promete la misma Sabiduría, diciendo: "Dichoso aquel que explica la justicia a oídos que escuchan" (Ecli. 25, 12).

[Regresar al Índice](#)

UN DOCUMENTO BIBLICO TRASCENTAL

*La Encíclica "Divino Afflante Spiritu"
del 30 de septiembre de 1943.*

I

La Radio Vaticana, al anunciar la aparición de esta Carta Encíclica de Pío XII sobre la Biblia, anticipaba que habría de producir una honda impresión en los ambientes culturales del mundo entero.

La Biblia, en efecto, sigue siendo, aún para las inteligencias ajenas al movimiento religioso, el acervo más rico y el monumento más alto de la sabiduría universal, según lo proclamaba no ha mucho un ilustre delegado argentino en una de las últimas conferencias internacionales.

La reciente Encíclica que, más que las anteriores, hará época en los anales escriturísticos de la cristiandad, destaca de un modo decisivo el valor de la Sagrada Escritura *como libro de espiritualidad por excelencia*; valor que hemos de apreciar más que nadie los que, teniendo el privilegio de haber sido llamados al estudio y enseñanza del divino Libro, podemos descubrir y admirar cada día nuevos tesoros de su sabiduría, insondable como un mar sin orillas.

Lo que desea el Sumo Pontífice es "que la Palabra de Dios, dirigida a los hombres por medio de las Sagradas Escrituras, sea cada día más total y perfectamente conocida y con más vehemencia amada"; y "que los fieles, especialmente los sacerdotes, tienen la grave obligación de usar copiosa y santamente de ese tesoro reunido a lo largo de tantos siglos por los más altos ingenios".

Más aún, Pío XII exhorta con todo ardor apostólico, como sus predecesores Pío XI y Benedicto XV, a la *lectura diaria de la Sagrada Escritura en las familias cristianas*: "favorezcan pues, dice el Papa a los Obispos, y presten ayuda a aquellas piadosas asociaciones que se proponen difundir entre los fieles las ediciones de la Biblia y en especial de los Evangelios, y procurar con todo empeño que su lectura diaria se haga en las familias cristianas recta y santamente"; lo que sin duda, y cien veces más, ha de servir de directiva a las familias de religiosos y religiosas, a los

conventos, colegios, seminarios, todos los cuales, sin excepción alguna, harán de la Escritura su lectura diaria.

II

Ante tan alentadora voz, los amantes de la Sagrada Escritura se sentirán movidos a continuar la obra del *renacimiento bíblico* que los Sumos Pontífices han iniciado en las Encíclicas "Providentissimus Deus", "Spiritus Paracitus" y "Divino Afflante Spiritu", las cuales fueron ensanchando progresivamente los horizontes hasta romper, de una manera categórica, con la reserva otrora impuesta por motivos circunstanciales y extraordinarios a raíz de la Reforma.

Desde entonces los Sumos Pontífices no se cansan de fomentar de todas maneras el *estudio de la Palabra de Dios*, erigiendo un Instituto Bíblico en las dos Capitales de la Cristiandad: Roma y Jerusalén; instituyendo la Pontificia Comisión Bíblica, compuesta de los más célebres escrituristas del orbe católico; inculcando sin cesar al clero el grave deber de predicar todos los domingos el Evangelio; aprobando asociaciones para la difusión del Evangelio y de la Biblia en general; concediendo indulgencias a los que lean el Evangelio, insistiendo sobre su lección diaria en los hogares cristianos; promoviendo Congresos del Evangelio y Semanas Bíblicas; alentando la publicación de Revistas Bíblicas, etc., etc.

Y después de todo eso, ¿puede haber todavía católicos que crean que la Biblia es un libro protestante que no le es permitido leer a un hijo de la Iglesia católica? ¡Qué daño tan inmenso para la espiritualidad resultó de ese infundado temor!

Además de esta preciosa norma espiritual que acabamos de ponderar, la nueva Encíclica brinda al mundo aclaraciones sobre importantes *temas discutidos en el ambiente exegético*. Así, por ejemplo, estimula de un modo singular a emprender nuevas traducciones conforme a los originales hebreo y griego, según el caso.

Señala también el Papa cómo los teólogos escolásticos no poseyeron suficientemente el griego ni el hebreo para aprovechar el texto original, y afirma que éste tiene sin embargo "mayor autoridad y peso que cualquier traducción antigua o moderna por buena que sea"; por lo cual merece llamarse ligero y descuidado" el que hoy se cierra el acceso a los *textos*

originales. Confirma el Papa que la declaración de la Vulgata como "auténtica" en modo alguno disminuye la autoridad y fuerza de esos textos originales; pues esa elección de la Vulgata fué hecha "entre las versiones latinas que en aquella época circulaban", no con respecto a los originales. Aclara, en fin, que esa 'auténticidad de la Vulgata "más bien merece el nombre de jurídica que el de crítica".

"Por eso —así dice la Encíclica— esta autoridad de la Vulgata en cosas de doctrina no impide —más aún, casi exige en el día de hoy—, que esta misma doctrina se compruebe y confirme por los mismos textos originales y que se invoque continuamente el auxilio de los mismos textos, con los cuales se aclare y patentice cada día más la recta significación de las Sagradas Letras".

Concluye este capítulo expresando el anhelo de que se realicen, al alcance de todos, "versiones a las lenguas vivas" y "*directamente de los textos originales*, como sabemos que se han hecho ya laudablemente en muchas regiones, con la aprobación de la autoridad eclesiástica".

III

Aquellos que tienen el grave cargo de intérpretes y la vocación de estudiosos de la Biblia agradecerán asimismo las directivas que el Papa establece sobre la investigación del *sentido literal*, el primero de todos, y únicamente en base al cual se puede, según Santo Tomás, extraer argumentos dogmáticos: "Omnes sensus (Scripturae) fundantur super unum, scilicet litteralem, ex quo solo potest trahi argumentum". La Pontificia Comisión Bíblica, en una carta fechada el 30 de agosto de 1941 y dirigida a todos los Obispos de Italia, recalca ese mismo principio contra un autor anónimo que intentaba desacreditarlo (véase Rey. Bibl. n° 20, p. 293-296).

Claro está que no se prohíbe investigar, como alimento de la piedad, otros sentidos que pueda ofrecer la Palabra de Dios, pero siempre y ante todo hay que averiguar cuál fué el sentido que quiso expresar el hagiógrafo. La nueva Encíclica dice al respecto: "Así, pues, deduzcan (los exégetas) con toda diligencia la significación literal de las palabras con su conocimiento de las lenguas, acudiendo al contexto y comparando con otros pasajes semejantes: subsidios todos de que suele echarse también mano en la interpretación de los escritores profanos, con el fin de que se

aclare hasta la evidencia el pensamiento del autor. Pero los exégetas de las Letras Sagradas, recordando que en este caso se trata de la palabra inspirada por Dios, cuya custodia e interpretación fué encomendada por ese mismo Dios a la Iglesia, han de tener en cuenta con no menor diligencia las explicaciones y declaraciones del Magisterio de la Iglesia e igualmente las explicaciones dadas por los Santos Padres y también la "analogía de la fe", como advirtió sabiamente León XIII en la Encíclica "Providentissimus Deus".

Del inmenso trabajo que aguarda a los expositores católicos, nos da una idea el mismo Pío XII hablando de lo que queda por hacer y añadiendo que puede "tener la exégesis, como los tienen otras disciplinas, sus secretos propios, insuperables por nuestras mentes e incapaces de abrirse por esfuerzo alguno".

Y con qué cariño tan paternal anima el Papa a los exégetas, "estos valientes obreros en la Viña del Señor", a que continúen su difícil tarea, porque "sólo muy pocas cosas hay cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, y no son muchas más aquéllas en las que sea unánime la sentencia de los Santos Padres. ¡Quedan, pues, muchas otras y gravísimas, en cuya discusión y explicación se puede y debe ejercer libremente la agudeza e ingenio de los intérpretes católicos!" ¡Y cómo los defiende y pide para ellos no solamente "imparcialidad y justicia", sino también "suma caridad" de parte de quienes creen que todo lo que es nuevo es por ello mismo sospechoso! "Van, pues, fuera de la realidad algunos, que no penetrando bien las condiciones de la ciencia bíblica, dicen sin más que al exégeta católico de nuestros días no le queda nada que añadir a lo que ya produjo la antigüedad cristiana; cuando por el contrario estos nuestros tiempos han planteado tantos problemas, que exigen nueva investigación y, nuevo examen, y estimulan no poco el estudio activo del intérprete moderno".

IV

No nos extrañe que el Sumo Pontífice toque también el problema del *estudio de la Sagrada Escritura en los Seminarios*, en los cuales muchas veces la Introducción ocupa más clases que la exégesis y la lectura del sagrado texto. Los sacerdotes no pueden cumplir con el deber de repartir al pueblo cristiano el pan de la Palabra de Dios "si ellos mismos mientras

moraron en los Seminarios no se empaparon de activo y perenne amor hacia las Sagradas Escrituras".

"Conviértanse así las Letras divinas para los futuros sacerdotes de la Iglesia en fuente pura y perenne de la vida espiritual de cada uno y en alimento y fortaleza del oficio sagrado de la predicación que van a recibir. Si llegaran a conseguir esto los profesores de esta importantísima asignatura en los Seminarios, persuádanse con alegría de que han contribuido notablemente a la salvación de las almas, al progreso de la causa católica, al honor y la gloria de Dios y que han llevado a cabo una obra en estrechísima relación con su oficio apostólico".

Otro punto no menos fundamental que enseña Pío XII, confirmando elocuentes palabras de Benedicto XV en su Encíclica "Humani Generis", se refiere al uso de la Biblia como *fuentes de la predicación*. Aquella "Palabra de Dios, dice el Papa, viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos, y que llega hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas, no necesita de afeites o de acomodación humana, para mover y sacudir los ánimos; porque las mismas Sagradas Páginas, redactadas bajo la inspiración divina, tienen por sí mismas abundante sentido genuino; enriquecidas por divina virtud, tienen fuerza propia; adornadas con soberana hermosura, brillan por sí mismas y resplandecen, con tal que sean por el intérprete tan íntegra y cuidadosamente explicadas, que se saquen a luz todos los tesoros de sabiduría y prudencia en ellas ocultos".

V

Gracias a la Encíclica que estudiamos se despeja también definitivamente el horizonte en la cuestión de *intercalar notas* dentro del Sagrado Texto. Resulta así igualmente confirmada por la Autoridad Eclesiástica la depuración que en nuestra edición de la Sagrada Escritura hemos hecho del texto de Torres Amat, y principalmente la eliminación de los agregados en bastardilla, que a veces han pasado, sin bastardilla, a los Misales para los fieles y a otros libros litúrgicos, dando así ocasión a falsas interpretaciones. El Papa señala respecto a los Códices la necesidad de "restablecer lo más perfectamente que se pueda el texto sagrado... librándolo en lo posible de glosas, lagunas, inversiones de palabras, etc."; regla que sin duda alguna hemos de aplicar también a las ediciones modernas.

No puede ser, pues, si no muy grande nuestra esperanza en los frutos que producirá la grandiosa Encíclica de Pío XII; esperanza que será compartida, lo sabemos, por cuantos cultivan en el Cuerpo Místico de Cristo esa fraternidad especialmente íntima y espiritual que nace del común amor a la Palabra, según enseña el Salmista cuando invita a reunirse con él a cuantos conocen los testimonios de Dios (Salmo CXVIII, 79).

[*Regresar al Índice*](#)